

2

3743

~~1-344 (2^o f)~~

~~1402~~





1870

1870

1870

1870

1870

1870

1870

1870

1870

1870

1870



CUADROS

DE LA

HISTORIA DE LOS ARABES,

DESDE

MAHOMA HASTA LA CONQUISTA DE
GRANADA.

POR JOSE JOAQUIN DE MORA.

TOMO I.



LONDRES:

LO PUBLICA R. ACKERMANN, STRAND;

Y EN SU ESTABLECIMIENTO EN MEGICO:

ASIMISMO

EN COLOMBIA, EN BUENOS AYRES, CHILE, PERU,
Y GUATEMALA.

1826.

LONDRES: 7

IMPRESO POR CARLOS WOOD,
Poppin's Court, Fleet Street.

PREFACIO.

EL interes que exita en los tiempos modernos la historia de los pueblos que nos han precedido, depende de las relaciones mas o menos intimas que nos ligan con su memoria, con sus instituciones, con sus usos y con su suerte politica. De aqui nace la curiosidad con que las naciones cultas se aplican al estudio de la historia de los Griegos y de los Romanos. A estos dos pueblos debemos en efecto los germenés del saber que tanto han fecundado las generaciones siguientes; el gusto artistico y literario; las leyes que nos rigen; los goces intelectuales que nos re-

crean; los idiomas de que nos servimos; enfin, puede decirse que somos sus herederos y sucesores, y que ellos fundaron el edificio social que nos sirve de morada.

Por la misma razon los pueblos que hablan la lengua Española, no pueden mirar con indiferencia ni estrañeza aquella grande y valerosa nacion que impulsada por el celo religioso, y por la sed de conquistas, traspasó sus limites naturales, y vino a establecer su imperio, y a fundar un estado poderoso en la peninsula. Los Arabes fueron dueños y legisladores de España; pisaron por dilatado tiempo su suelo; rigieron sus destinos; egercieron un poderoso influjo en su suerte; nuestra historia, nuestro idioma, nuestra literatura, nuestros habitos civiles y domesticos conservan profundas trazas de su existencia, y estinguida por la accion del

tiempo toda causa de odio y rivalidad, no podemos menos de considerarlos como parte de nuestra familia, y bajo muchos aspectos, como nuestros maestros y reformadores. Las revoluciones politicas separan a los pueblos que componen un estado; pero a estos trastornos sobrevive la unidad moral y literaria. Sea cual fuere la suerte de los Italianos, Dante es el poeta de Venecia, de Roma, y de Toscana; y los republicanos de Megico y del Peru, por odioso que les sea el yugo que tan injustamente sufrieron, no podran mirar sin interes a la nacion cuya catastrofe se liga con la epoca en que Colon dio un nuevo mundo a Castilla.

Faltaba en la literatura Española una historia completa del pueblo que fue realmente Español, y que dejó tan nobles vestigios en el territorio de que supo hacerse

dueño. La obra inmortal del Señor Conde no comprende mas que una epoca de su existencia, y la epoca anterior no es menos importante que la que abrazó aquel infatigable erudito. Al empezar su lectura nos hallamos en la misma situacion que los Godos cuando vieron desembarcar en Andalucia las huestes de Taric. Poco o nada sabemos acerca de los arrojados estrangeros que tan de pronto se ofrecen a nuestra vista. Lo que dice el Señor Conde sobre el fundador del Mahometismo, y sobre la propagacion de su religion entre las naciones mas poderosas de la tierra, excita vivamente la curiosidad, pero no basta a satisfacerla.

Nuestro obgeto ha sido ligar la narracion de aquel historiador con la de las epocas anteriores. Empezamos por el hombre extraordinario que convirtió unas tribus

barbaras y desunidas, en un estado inmenso, floreciente, rico y conquistador: seguimos los progresos de los Muslimes sobre las ruinas del imperio de Roma, y en su establecimiento en la parte occidental del mundo antiguo; referimos las alteraciones de su suerte durante su mansion en ella, y los perdemos de vista cuando, privados de la mas bella joya de su diadema, se pierden ellos mismos en la barbarie y en la oscuridad en que todavia yacen.

Este rapido bosquejo ofrece un espectaculo tan variado, tan movil, tan poetico, que si lo manejára una pluma mas diestra, ninguna otra historia presentaria cuadros mas interesantes ni lecciones mas utiles. El lector que solo busca recreo y distraccion hallará una serie no interrumpida de caracteres extraordinarios, de portentosas vicisitudes, de rasgos nobles y generosos,

de revoluciones memorables. El observador atento y filosofico podra estudiar las transformaciones sucesivas que experimentan las sociedades humanas, a impulso de las pasiones que las agitan, de los hombres que las manejan, de los intereses que las dividen; vera como se ligan y amalgaman los enemigos mas encarnizados, cuando la combinacion de los sucesos es mas poderosa que los odios nacionales y las preocupaciones religiosas; estudiará las causas que contribuyen a la formacion de los cuerpos politicos, a sus progresos, a su decadencia y a su ruina; descubrira en fin en el orden de cosas que tiene a la vista, los vestigios del que le ha precedido, y los secretos resortes que han preparado desde lejos la caida de los tronos, y la destruccion de los estados.

Pero el caracter peculiar de la historia

de los Arabes es el colorido poetico de que estan revestidas todas sus partes. En ella la verdad se presenta con la gracia y el interes de la novela, no solo en los sucesos mismos, si no en las circunstancias que los acompañan; en las costumbres orientales transplantadas a la mansion de los barbaros del Norte; en el arrojo de los caudillos; en la exaltacion de los sentimientos; en la fuerza de las pasiones; en la grandeza de los personajes que aparecen en tan animada y curiosa escena. Una poderosa monarquia aniquilada en pocos meses por un puñado de aventureros, pone en movimiento el interes, desde el principio del drama; mas este interes crece a medida que se ensancha el dominio de los extranjeros, discordes, revueltos, indomitos en su primeros triunfos; unidos despues en un cuerpo solido, incontras-

table; organizados en nacion culta, prospera, opulenta; destrozados mas tarde por la ambicion; derrocados en fin de su poder por los esfuerzos del entusiasmo y del patriotismo.

Los limites que hemos fijado a nuestra tarea no nos han permitido coger todas las flores que tan ameno campo nos ofrecia. Si este ligero trabajo sirve de indicar a otros las riquezas literarias e historicas que la historia de los Arabes encierra, habremos desempeñado el fin que nos hemos propuesto.

INDICE DEL TOMO I.

CAPITULO I.

	Pagina
<i>Origen de los Arabes. Descripcion de Arabia.</i>	
<i>Mahoma</i>	I

CAPITULO II.

<i>Caracter de Mahoma. El Koran. Ali. Abubeker.</i>	
<i>Othman. Moawiyah</i>	34

CAPITULO III.

<i>Conquistas de los Arabes. Persia</i>	55
---	----

CAPITULO IV.

<i>Conquista de Siria</i>	62
---------------------------------	----

CAPITULO V.

<i>Conquista de Egipto por los Arabes. Menfis, Babilonia, y Cairo. Toma de Alejandria</i>	100
---	-----

CAPITULO VI.

<i>Conquista de Africa. Cartago. Adopcion de los Moros</i>	115
--	-----

CAPITULO VII.

Invasiones de los Arabes en España. Taric. Batalla del Guadalete. Progresos de los Arabes. Abdelaziz. Retirada de Muza, y de Taric..... 132

CAPITULO VIII.

Abdelaziz. Alsama. Abderahman. Othman. Batalla de Poitiers. Guerra civil..... 150

CAPITULO IX.

Revueltas en Africa. Fin de la Dinastia Ommiyah. 170

CAPITULO X.

Segunda Epoca del Dominio de los Arabes en España. Abderahman 174

CAPITULO XI.

Higem. Batalla de Bulche, y de Lorca. Rebelion de la España Oriental. Guerra Santa. Caracter de Higem..... 193

CAPITULO XII.

Alhakem. Disturbios en España. Guerra con los Cristianos. Revueltas en Cordoba 200

CAPITULO XIII.

Abderahman ben Alhakem. Conmociones Populares. Entrada de los Normandos..... 209

CAPITULO XIV.

Sucesos de Oriente. Conquista de Sicilia. Invasion

<i>de Roma. Muhamad. Guerras en España. Al-</i> <i>mondhir</i>	217
---	-----

CAPITULO XV.

<i>Abdala. Guerra civil. Abderahman III. Revuel-</i> <i>tas en Africa</i>	232
--	-----

CAPITULO XVI.

<i>Fundacion de Azahra. Guerra con los Cristianos.</i> <i>Conspiracion de Abdala. Fin del reinado de Ab-</i> <i>derahman</i>	241
--	-----

CAPITULO XVII.

<i>Alhakem II. Guerras en España y en Africa.</i> <i>Proteccion a las Letras. Gobierno Interior</i>	252
---	-----

CAPITULO XVIII.

<i>Higem II. Expediciones de Almanzor. Disturbios</i> <i>en Africa. Prision de D. Garcia</i>	261
---	-----

CAPITULO XIX.

<i>Guerra de Africa. Batalla de Calat Anosor. Mu-</i> <i>erte y Caracter de Almanzor. Gobierno de Ab-</i> <i>delmelic</i>	268
---	-----

CAPITULO XX.

<i>Gobierno de Abderahman. Reinado de Muhamad.</i> <i>Conjuracion de los Africanos. Guerra contra Su-</i> <i>leiman. Batalla de Guadiaro. Muerte de Muha-</i> <i>mad</i>	279
---	-----

CAPITULO XXI.

<i>Cerco de Cordoba. Entrada y Reinado de Sulei-</i> <i>man. Guerra civil.</i>	291
--	-----

CAPITULO XXII.

<i>Ali ben Hamud. Abderahman Almortadi. Alca-</i> <i>sim ben Hamud. Yahie ben Ali.</i>	297
--	-----

CAPITULO XXIII.

<i>Muhamad el Moctafi Bila. Yahie ben Ali. Higem III.</i>	306
--	-----

CAPITULO XXIV.

<i>Estado de las Ciencias y de la Literatura entre los</i> <i>Arabes. Influxo de las Guerras de España en sus</i> <i>Costumbres</i>	317
---	-----

<i>Cronologia de los principales Sucesos referidos en</i> <i>el primer tomo de los Cuadros de la Historia de</i> <i>los Arabes, y su correspondencia con los de la His-</i> <i>toria General de la misma epoca</i>	323
---	-----

CUADROS

DE

LA HISTORIA DE LOS ARABES.



CAPITULO I.

*Origen de los Arabes. Descripcion de Arabia.
Mahoma.*

LA nacion que, elevandose sobre las ruinas del Imperio Romano, ocupó sus conquistas Orientales, y dominó por espacio de muchos siglos una de sus mas bellas posesiones de Occidente, y la religion que sacó a este pueblo de su infancia, estableciendolo como arbitro de los destinos de una gran parte del universo, tubieron su origen en un rincon oscuro del globo, al que la naturaleza ha negado las ventajas que hacen feliz y comoda la mansion del hombre en la tierra. La peninsula Arabe es un triangulo, de dimensiones vastas pero irregulares, situado en-

tre Persia, Siria, Egipto, y Etiopia. Los lados de este triangulo, se ensanchan gradualmente, y presentan una costa de 300 leguas al Oceano Indico. La superficie entera de este pais abraza una estencion cuatro veces mayor que Alemania y Francia: una parte de ella ha recibido el epitetto de *Petrea*, o pedregosa, por la aspereza y esterilidad de su suelo. Este se compone de una inmensa llanura de arena, cortada a trechos por rocas asperas y desnudas. En lugar de halitos frescos y benignos, los vientos no traen sino soplos furiosos y ardientes, que agitan las colinas de arena como las olas del mar, y sepultan bajo su peso numerosas caravanas. Arabia carece de corrientes mansas, que fertilcen su terreno, y lleven sus productos a otras regiones. La tierra sedienta embebe los torrentes que se desprenden de las alturas. El tamarindo y el acacia, que fijan sus raices en las peladas cimas de las peñas, no reciben otra humedad, que el rocío de la noche. La parte inmediata al Oceano Indico goza de un clima mas templado, y de los beneficios que este trae consigo. El terreno se eleva en blandas undulaciones, y su fertilidad recompensa los trabajos del que la cultiva. Alli crecen el incienso y el café, que desde tiempo inmemorial le han atraído gran

parte de las riquezas de Oriente. Llamase Arabia Feliz, y merece este nombre, si se compara con la miseria y desnudez de su vecina. El reino de Yemen ocupa casi el todo de la Arabia Feliz; el terreno interior es llamado Neged por los habitantes.

La poblacion de esta peninsula no debe calcularse segun la que ocupa otros paises mas civilizados, o mas favorecidos por la naturaleza. A lo largo de las playas del Golfo Persico y del Mar Rojo, vagan las tribus embrutecidas de los que solo se alimentan de pescado, raza degradada y debil, sin artes, sin leyes, casi sin lenguaje y sin sentidos, y que se distingue muy poco del resto de la creacion animal. De esta precaria existencia, se alzó, en los primeros siglos del mundo, la nacion Arabe, y rompiendo los limites del desierto, que no podia bastar a un pueblo de cazadores, buscó regiones mas felices en que establecerse y constituirse. El Beduino de nuestros tiempos es el Arabe cazador de los tiempos de Moises y de Mahoma. El caballo, que forma su principal riqueza y todo su poder, es, en el sentir de los naturalistas, originario de este pais, cuyo clima favorece en alto grado, si no el desarrollo de sus formas, la nobleza de su indole, y la rapidez de sus movi-

mientos. Este animal se cria en la tienda del Arabe, y al lado de sus hijos, y los cariños y atenciones que su amo le prodiga, contribuyen en gran manera a perfeccionar su inteligencia y su docilidad. Sus movimientos ordinarios son el paso y el galope; pero en los momentos de peligro apenas siente el impulso del freno, o el toque del estribo, cuando parte con la velocidad del viento, y desaparece a los ojos de su perseguidor. El camello es otro de los utiles compañeros del Arabe. Este fuerte y paciente animal puede caminar muchos dias sin bebida, ni alimento. La naturaleza lo ha provisto de un quinto estomago, donde conserva el agua fresca, en cantidad suficiente para el mantenimiento de su vida, y el juego de sus musculos. Muerto o vivo, es de gran utilidad al habitante del desierto. La leche de la hembra es sabrosa y abundante; su carne, en edad tierna, delicada y nutritiva; de su orina se estrae una sal preciosa; su estiercol sirve de combustible, y de su crin que se renueva de año en año, se tegan las ropas, la alfombra, y la tienda del Beduino.

Desde tiempos remotos, una parte de la nacion Arabe conocio las ventajas de la vida sedentaria, y se reunio en numerosas poblaciones. Sin embargo, consagraban gran parte

del tiempo al manejo de sus rebaños, y conservaban relaciones con los Beduinos, suministrandoles articulos de primera necesidad, y comunicandoles algunos rudimentos de industria. Las cuarenta y dos ciudades mas populosas y fuertes de Arabia, estaban en Yemen: pero su esplendor y preponderancia cedieron en breve a las glorias profeticas de Medina y Meca, situadas a orillas del Mar Rojo. Sus fundadores tubieron sin duda motivos de supersticion y fanatismo, para escoger un terreno tan triste y tan desnudo. Medina está en una llanura estrecha, al pie de tres montes aridisimos, en un suelo de piedra, con aguas amargas e impuras, y a gran distancia de los pastos y de la vegetacion. Meca, aunque no mas favorecida por la naturaleza, debio al comercio largos siglos de prosperidad. Sús habitantes unieron la destreza en el trafico al valor militar, y al amor de la gloria.

La perpetua independendencia de los Arabes ha dado lugar a la admiracion de los historiadores, y a los comentarios de los filosofos: y no ha faltado quien convirtiera tan estraordinaria circunstancia en el cumplimiento de una profecia, en favor de la raza de Ismael. Es cierto que el reino de Yemen ha sido sometido por los

Abisinios, los Persas, los sultanes de Egipto, y los Turcos; que las santas ciudades de Meca y Medina han cedido repetidas veces a los tiranos Escitas, y que la provincia Romana de Arabia abrazaba el desierto en que plantaron sus tiendas los hijos de Ismael: pero estas exepciones han sido locales y momentaneas. El cuerpo de la nacion ha resistido a la fuerza de las mas poderosas monarquias. Las armas de Sesostris, Ciro, Pompeyo, y Trajano no pudieron jamas humillar su fiereza. La actual soberania de los Turcos no es mas que una sombra de jurisdiccion, y si se buscan las causas de este fenomeno politico, no sera dificil encontrarlas en la naturaleza del pais, y en el caracter de los habitantes. La vida pastoral es buena escuela de las virtudes activas y pacientes del soldado. En tanto que las mugeres de la tribu cuidan de las ovejas y de los camellos, la juventud belicosa pasa la vida a caballo, y se egercita, bajo la bandera de un emir, en el manejo de la lanza, del arco, y de la cimitarra. Las armas y los desiertos del Beduino no solo sirven de salvaguardia a su propia libertad, sino de barrera al aislamiento de la Arabia Feliz, cuyos habitantes, lejos del teatro de la guerra, viven enervados en las delicias de un clima suave, y de un suelo

frondoso. Cuando el reino de Yemen era una provincia Persa, aun existian siete principados independientes, que residian en las montañas, y que jamas cedieron al yugo del vencedor.

La libertad del Arabe no es lo que entendemos en Europa por la espresion pomposa de independencia nacional, que muchas veces significa la independencia personal del dueño de una nacion. El Arabe es realmente libre, y goza, hasta cierto grado, los beneficios de la sociedad, sin abdicar las prerrogativas de la naturaleza. En cada tribu, la supersticion, la gratitud, o la fortuna, han depositado la autoridad en una sola familia. El mando está vinculado en aquella raza favorita: pero el orden de sucesion es precario, y suele depender de un concurso variado de circunstancias. A veces un pariente sabio y valeroso es preferido al heredero legitimo en los importantes cargos de administrar justicia, y guiar los valientes a la victoria. La union momentanea de muchas tribus componen un egercito; su alianza sedentaria constituye una nacion, y el gefe supremo, el Emir de los Emires, goza en cierto modo la elevacion y los privilegios de la dignidad real.

Pero el abandono y la fuga de sus subditos suelen ser el castigo de su injusticia y de su tirania; porque los pactos del Arabe son libres como su espiritu; el desierto es su patria y la autoridad no tiene mas apoyo que la sumision voluntaria de los que obedecen.

Las ciudades de Meca y Medina presentaban, en el corazon del Asia, la imagen de una republica. Los abuelos de Mahoma reinaban alli, como Pericles en Atenas, y como los Medicis en Toscana; por el influjo de su sabiduria y de su integridad. En ocasiones solemnes reunian la asamblea del pueblo, y la dirigian a su arbitrio, con las armas poderosas de la elocuencia. El poder legislativo de la nacion no consistia en la artificiosa armazon de las republicas antiguas, en que cada miembro poseia una parte individual de derechos politicos y civiles. Los del Arabe consistian en su odio a la voluntad de un dueño. En su alma residian el valor, la paciencia, la sobriedad, y el habito de dominarse y de arrostrar con impavidez el dolor, el peligro, y la muerte. Todavia conserva el Arabe la gravedad y la reserva, que jamas fueron compañeras de la esclavitud. Habla con lentitud, y con concision; raras

veces se ve en sus labios la risa destemplada, y el convencimiento de su importancia le enseña a tratar a sus iguales sin ligereza, y sin temor a sus superiores.

El robo y la venganza fueron desde el principio sus vicios nacionales, pero suavizados en el curso de los tiempos, por el influjo del comercio, y del cultivo de las letras. Rodeada de las naciones mas cultas del mundo antiguo, la peninsula Arabe recibio los germenos del saber con las mercancías de Egipto, y de Persia. De aquí nacio la perfeccion de su idioma, su destreza en la dialectica, y sobre todo su vehemente afición a la poesia, la cual egercia una especie de ministerio publico, y se consagraba a solemnizar las ocasiones notables de la vida del hombre; el nacimiento, el matrimonio, la muerte, las acciones de los heroes, y los triunfos de la gloria nacional. En la epoca anterior al Mahometismo, naciones enteras se reunian, para adjudicar la corona poetica. Treinta dias duraba esta noble lucha, en que tomaban parte los bardos de los pueblos mas distantes. El poeta Arabe era el historiador y el moralista de su siglo, y si algunas veces contemporizaba con las preocupaciones dominantes, jamas aduló el vicio ni el crimen; jamas negó el tributo de sus

elogios a la virtud, por humilde que fuera su condicion.

Pero la prenda mas recomendable del Arabe, la que se conserva en toda su pureza desde los tiempos de Abraham hasta nuestros dias, es la hospitalidad, tan escrupulosamente observada por el pastor inocente, como por el feroz Beduino. El extranjero que llega a la tienda de un Arabe, aunque sea su mayor enemigo, aunque haya vertido la sangre de su padre, es un objeto tan sagrado a sus ojos como la misma Divinidad. No solo le da abrigo y alimento, sino que lo defiende, y a veces lo despide, dandole alguno de los obgetos mas preciosos que posee.

La religion de los Arabes, como la de los Indios, consistia en el culto del sol, de la luna y de las estrellas, que parecen haber sido los obgetos primeros de la adoracion de los hombres. Las brillantes antorchas del firmamento representan a los ojos del hombre inculto la imagen visible de la Divinidad; su numero y su distancia inspiran la idea de un espacio sin limites. La solidez de sus globos, incapaces de corrupcion y de decadencia, llevan el caracter de la eternidad; la regularidad de sus movimientos indican una razon sublime, y su influjo real o imaginario estimulan la creencia de que la tierra y sus habi-

tantes estan sometidos a su poder y a su vigilancia. La ciencia de la astronomia florecio en Babilonia : pero el observatorio del Arabe era un cielo sin nubes, y una llanura sin termino. Las estrellas guiaban sus peregrinaciones nocturnas. La esperiencia le habia enseñado a dividir el zodiaco de la luna en veinte y ocho partes iguales, y la gratitud a bendecir la constelacion benefica que refrescaba con lluvias saludables la sed del desierto. Sin embargo, la supersticion multiplicó los ritos y las creencias en las tribus y las naciones ; cada cual tubo sus idolos y sus ceremonias particulares, aunque los dogmas esenciales eran los que se creian en los muros de la Caaba. La antigüedad de este famoso templo esta consignada en los escritos de los historiadores Griegos. Su forma era un cuadrangulo, rodeado de un portico grandioso, junto al cual estaba el pozo sagrado de Zemzem, defendido por un domo, de toda profanacion y accidente. La tribu de Koreish se habia apoderado, por artificio o por fuerza, de la custodia de aquel santuario ; y las funciones sacerdotales habian recaido, por derecho de sucesion, en el abuelo de Mahoma. La familia de los Hashemitas, de que descendia, era la mas respetable a los ojos de sus compatriotas. El recinto de Meca tenia los derechos

de un lugar santo, y consagrado por un favor especial del cielo. En el ultimo mes de cada año acudian a la ciudad y al templo, millares de peregrinos que iban a presentar sus oblaciones a la casa de Dios. Los idolatras observaban en aquella epoca los mismos ritos que hoy practican los Musulmanes. Desnudabanse a una distancia respetuosa del lugar santo; siete veces giraban en torno de la Caaba, y besaban la piedra negra; siete veces visitaban y adoraban las montañas vecinas; siete veces echaban piedras al valle de Mina, y la romeria terminaba, al concluir el dia, con el sacrificio de ovejas y camellos, y con la ceremonia de enterrar cabellos y uñas en la tierra sagrada. Cada tribu introdujo en la Caaba sus ritos particulares, y el templo estaba adornado de trescientos sesenta idolos, en figuras de hombres, aguilas, leones y antelopes. Los Arabes practicaban los sacrificios humanos, y el padre de Mahoma hubiera perdido la vida en el altar, a no haberla rescatado con el don de cien camellos. Como los Judios y los Egipcios, se abstenian de la carne de puerco, y circuncidaban a sus hijos, usos que sin la espresa prohibicion ni mandato del Koran, se han transmitido a la posteridad, despues de la mudanza de Religion.

De resultas de las revoluciones y trastornos

que experimentaron las grandes naciones que rodeaban la Arabia, esta dio abrigo a los extranjeros perseguidos en ellas por sus opiniones religiosas. Los Sabeanos, los Magos, los Judios y los Cristianos, arrojados de Siria, de Egipto y de Persia, hallaron amigos y proselitos entre los Arabes. Las dos ultimas sectas hicieron mas progresos que las otras, y aunque no llegaron a arraigar entre sus huespedes la totalidad de los dogmas que profesaban, consiguieron a lo menos que la nacion entera adoptase por base de las creencias que la dividian, el gran principio de la existencia de un solo Dios, superior a los poderes del cielo y de la tierra, que se revela a los hombres por el ministerio de los angeles y de los profetas, y cuya gracia o justicia interrumpe con prodigios y milagros el orden de la naturaleza. Llamaban a los Judios y a los Cristianos, *Pueblos del libro*, aludiendo a la Biblia, que tradugeron en su propio idioma, deleitandose en reconocer a los patriarcas Hebreos, como fundadores de su nacion. Celebraban el nacimiento y las promesas de Ismael; reverenciaban la fe y las virtudes de Abraham, y adoptaban con igual credulidad la historia del Genesis, y las patrañas con que la desfiguraban los rabinos.

Tal era la situacion politica, moral, y religiosa de la nacion Arabe, cuando vino al mundo el hombre portentoso que debia sacarla de su oscuridad, y darle el dominio de tantos pueblos.

Mahoma no era de origen bajo y plebeyo, como lo ha propagado un ciego e ignorante fanatismo. Su descendencia de Ismael fue sin duda una fabula inventada por él mismo, o por sus aduladores; pero es innegable, como ya hemos dicho, que su familia era una de las mas ilustres de Arabia, y que en ella estaba vinculada la custodia del templo, y el principado de la Caaba. Su abuelo fue Abdol Motalleb, hijo de Hashem, hombre rico y generoso, que socorrio a sus compatriotas en los horrores de un hambre general, abriendoles sus almacenes y graneros. Meca, que habia recibido tan importante auxilio de las beneficas manos del padre, debio su seguridad a la intrepidez del hijo. El reino de Yemen estaba sometido a los principes Cristianos de Abisinia. Abrahah, vasallo poderoso de aquellos monarcas, recibio un ultrage de los Arabes, y quiso vengar la Cruz ofendida. Un ejercito poderoso se acercó a los muros de la santa ciudad: propusose un armisticio, y en la primera entrevista de los gefes contrarios, Abdol Motalleb pidio la restitution de los ganados

que habian caído en manos de los Abisinios. “Implora mas bien mi clemencia, dijo Abrahah, en favor de tu templo, que he jurado destruir.” “No por cierto, repuso el abuelo de Mahoma; los ganados son míos, y el templo es de los Dioses, que sabran preservar su casa de insulto y de sacrilegio.” Poco despues de esta conferencia, los Abisinios, faltos de provisiones, y estrechados por la intrepidez de Abdol Motaleb y de los guerreros de su tribu, huyeron vergonzosamente, y recibieron el castigo de su altivez y de su orgullo.

La gloria de Abdol Motaleb fue coronada por la felicidad domestica; vivio ciento y diez años, y tubo seis hijas, y trece hijos. El mas amado de ellos, era al mismo tiempo el mas modesto, y el mas hermoso de la juventud Arabe. Llamabase Abdallah, y las historias de su tiempo cuentan que la noche en que celebró su consorcio con Amina, de la noble raza de los Zahritas, doscientas doncellas de su nacion murieron de celos y de envidia. Mahoma, o Mahomad o Mohammed, unico hijo de Abdallah, y de Amina, nació en la Meca el año de 569, cuatro años despues de la muerte de Justiniano, y dos meses despues de la derrota de los Abisinios, cuya victoria hubiera introdu-

cido en la Caaba la religion de Cristo. Perdio a sus padres en su tierna infancia, y todo lo que heredó de ellos se redujo a cinco camellos, y una esclava Etiope. Su tio Abu-Taleb, anciano respetable, y guerrero experimentado, dirigió su juventud, y lo condujo a la guerra. A los veinte y cinco años, entró al servicio de Cadijah, rica y noble viuda de Meca, que mui en breve recompensó su fidelidad dandole la mano de esposo. Las riquezas que adquirio por esta alianza lo restablecieron en la alta condicion de sus antepasados. Poco satisfecho con la felicidad de la vida retirada, o impulsado por grandes planes de ambicion, se presentó, a los cuarenta años de su edad, como profeta inspirado de Dios, y proclamó la religion del Koran.

Mahoma era de hermosa presencia, su natural elocuencia arrebatava los animos, y seducia la razon. Sus modales eran suaves, corteses, y mesuradas; su imaginacion, elevada y poetica; su memoria, prodigiosa; su ingenio, fecundo y variado. Conocia a los hombres; los habia estudiado con cautela, y sus acciones eran tan atrevidas como sus pensamientos. Carecia de instruccion, pues no sabia leer ni escribir, asi que no tenia la facilidad de aprender el fruto

de las meditaciones de los que lo habian precedido; pero los dos grandes libros de la naturaleza y del hombre estaban abiertos a sus ojos. Estudió las costumbres de los diversos pueblos de la tierra, en las innumerables muchedumbres de peregrinos que acudian todos los años al templo de la Meca. Desde su mas tierna juventud, se dio a la contemplacion religiosa, y retirabase con frecuencia a la caverna de Hera, a una legua de aquella ciudad, a consultar el espíritu de fraude o de entusiasmo, que debia servir de apoyo al gran proyecto que meditaba. El dogma que bajo el nombre de Islam predicó a su familia y a su nacion, se reducía a una verdad eterna, y a una ficcion necesaria a sus fines, a saber: no hai mas que un solo Dios, y Mahoma es su profeta.

Los primeros proselitos de Mahoma fueron su muger, su esclavo Zeid, su primo Ali, hijo de Abu Taleb, y su amigo Abubeker. Otros diez habitantes de Meca participaron mui en breve de sus lecciones, y tres años se emplearon en la conversion de otros catorce. Al cuarto año, el reformador creyo que era tiempo de dar mayor amplitud a sus miras. Dio un convite a cuarenta individuos de la familia de Hashem, que era la suya, y cuando estuvieron todos reunidos,

en torno de un cordero asado, y de una gran taza de leche, “amigos y parientes, les dijo, os he llamado para ofreceros lo que yo solo puedo dar: el mas precioso de los dones, los tesoros de este mundo, y los del venidero. Dios me manda que os llame a su servicio. ¿Quien de vosotros me ayudará a llevar la carga? ¿Quien de vosotros sera mi compañero, y mi visir?” A este discurso siguió un silencio, que en los unos provenia de admiracion, y en los otros, de escandalo o desprecio. Ali que a la sazón tenia catorce años, fue el primero que tomó la palabra. “Profeta,” exclamó, lleno de entusiasmo, “yo soi el hombre que buscas; yo te defendere contra todos tus enemigos; yo sere tu visir.” Mahoma aceptó esta oferta, y continuó predicando con fervor y constancia su nueva religion, la cual sin embargo, en el espacio de diez años, no se propagó mas alla de los muros de Meca.

Mas estos progresos fueron contrarrestados por la envidia, y por la supersticion de los habitantes de aquella ciudad. Los tios del profeta, aunque defendian su persona, odiaban su doctrina, y la condenaban abiertamente en el templo y en las plazas publicas. Los Koreishitas, envidiosos de las preeminencias de

que gozaba la familia de Hashem, suscitaron a Mahoma una persecucion mas directa. Tubo que retirarse al desierto, donde fue atacado por sus enemigos. Poco tiempo despues, celebró con ellos una tregua dudosa, hasta que lo privó de todo amparo la muerte de Abu Taleb, justamente cuando acababa de perder a su fiel y generosa Cadijah. Abu Sofian, gefe de la raza de Ommiyah, sucedio al tio de Mahoma, en el principado de Meca. Acerrimo defensor del culto de los idolos, y encarnizado enemigo de la familia de Hashem, convocó una asamblea general de los Koreishitas, y de sus aliados, para decidir la suerte del que ellos llamaban impio innovador. En esta reunion se dispuso darle muerte, y ademas que una espada de cada tribu seria clavada en su pecho, a fin de que todas tubiesen parte en la venganza, y todas fuesen consideradas como enemigas de los Hashemitas. Un espia, convertido en angel por el fanatismo, reveló este plan a Mahoma, el cual escapó de su casa, con su amigo Abubeker, entanto que los asesinos que lo observaban, entraban en ella, y creyeron descubrirlo bajo el manto verde que ordinariamente usaba: mas era Ali, que dormia a la sazón, y de cuya juventud se apiadaron. Tres dias es-

tubieron los dos fugitivos ocultos en una caverna, a donde recibian alimento y noticias de sus confidentes. Los enemigos llegaron a la boca de aquel asilo, mas vieron telas de araña, y nidos de palomas, e infirieron que nadie habia penetrado en su interior. Pasado este peligro, Mahoma, se dispuso a salir de su retiro, pero Abubeker le hizo ver que no podrian, siendo dos personas solas, escapar al poder de sus enemigos. “Somos tres, repuso Mahoma; Dios está con nosotros.” Dicho esto, montaron en sus camellos, y se pusieron en camino, pero no tardaron en caer en manos de algunos de sus perseguidores, los cuales los dejaron ir, movidos por sus ruegos y promesas. Mahoma y su amigo se dirigieron a Medina, y este viage señala en la Cronologia Arabe la epoca memorable de la *Hegira*, por la cual todas las naciones Musulmanas cuentan desde entonces los años lunares.

Medina, llamada antes Yathreb, y despues de la llegada del profeta, la *ciudad*, por antonomasia, estaba ocupada por los Charegitas y por los Awsitas, que aunque habitantes de los mismos muros, vivian en perpetua enemistad, y estaban siempre dispuestos a tomar las armas unos contra otros. Dos colonias de Judios,

que se jactaban de un origen sacerdotal, eran sus humildes aliados, y sin haber logrado convertirlos enteramente a su creencia, les habian hecho conocer las historias y libros biblicos. Algunos de los mas nobles ciudadanos de Medina, habian aprendido, en sus romerias a Meca, las nuevas doctrinas de Mahoma, y a su regreso las propagaron en su pueblo, donde no tardó en formarse un gran partido en favor de aquella religion. Poco a poco se convirtio la ciudad entera, y cuando sus moradores tubieron noticia de la fuga de Mahoma, aguardaban con ansia que buscase un asilo entre ellos. En efecto al saber que se acercaba, salieron a su encuentro quinientos personajes, a cuya cabeza entró en la ciudad, saludado por las aclamaciones de la muchedumbre. Inmediatamente se le reunieron los otros dicipulos, que, como él, habian huido de las persecuciones de Meca. Mahoma tomó el mando civil y militar de Medina, y fue al mismo tiempo gefe de la religion, y gefe del estado. Alli fundó la primera mezquita, mas venerable en su tosca sencillez a los ojos de sus sectarios, que los templos y palacios de los Califas. Reinó tranquilamente seis años, al cabo de los cuales declaró guerra a todos los pueblos infieles, exitando a sus amigos a que

tomasen las armas, para destruir la idolatria en toda la superficie del globo, y dejando sin embargo a los pueblos la libertad de adoptar sus dogmas, y seguir sus banderas. Empezó la guerra religiosa, y Mahoma pudo recoger mui en breve un egercito numeroso, lisongeando y satisfaciendo la aficion nacional del Arabe al saqueo y a la vida vagabunda. Como sus mandatos tenian a los ojos de su pueblo la sancion de la Divinidad, no tubo dificultad en establecer una diciplina barbara, pero que fue ciega-mente obedecida, y que era necesaria al logro de sus intentos. Hacia una masa comun de los despojos que caian en manos de sus guerreros; reservaba la quinta parte para fines piadosos, y distribuia igualmente lo restante, entre los que habian tomado parte en la accion, dando doble porcion a la caballeria, y la del soldado muerto a su muger y a su familia. Autorizaba el libre uso de las cautivas, y tan poderosos alicientes le atraian sin cesar tribus y naciones enteras. “La espada, decia Mahoma, es la llave del cielo y del infierno; una gota de sangre derramada en la causa de Dios vale mas que dos meses de ayuno y de oracion. El que muere en la batalla tiene perdonadas sus culpas; el dia del juicio sus heridas seran res-

plandecientes como la aurora, y fragantes como el almizcle. Los que pierdan sus miembros tendran las alas de los querubines." Con estas ideas inflamó la imaginacion de un pueblo naturalmente poetico y belicoso, y le inspiró un entusiasmo que no tiene egemplo en la historia. Su valor personal contribuyó en gran manera a fortificar la opinion de su inspiracion divina. En los diez años primeros de su campaña, dirigió cincuenta expediciones, y peleó en nueve batallas o sitios.

Los Koreishitas se hubieran contentado con la fuga de su enemigo, si este no hubiera interceptado el comercio que aquel pueblo hacia con Siria. Tubieron que armarse para defender sus caravanas, y en el primer encuentro, que fue sumamente encarnizado y sangriento, setenta Koreishitas quedaron en el campo de batalla, y setenta en manos del vencedor. Los despojos de los muertos, y los rescates de los cautivos dejaron en poder de los Mahometanos inmensas sumas de dinero. Esta perdida inspiró a los vencidos un deseo implacable de venganza. Abu Sofian reunio tres mil hombres y con ellos marchó contra su enemigo. Mahoma solo tenia novecientos cincuenta combatientes: pero esta desproporcion no intimidó su animo

ni el de sus tropas. Los Koreishitas se adelantaron intrepidamente en forma de media luna. Caled, el mas valeroso de los Arabes, mandaba el ala derecha de la caballeria. Las tropas de Mahoma estaban ventajosamente colocadas, en los declives de la montaña de Ohud, a dos leguas de Medina. Su primer ataque fue tan impetuoso, que los enemigos no pudieron resistirlo: mas en el ardor del empeño que mostraron los Mahometanos en perseguir a los fugitivos, perdieron las ventajas del terreno. Caled, que conocio esta falta, les hizo frente, y propagó la voz de que Mahoma habia muerto. Estaba en efecto herido, mas no por esto se enfrió su entusiasmo, y lejos de ceder, reconvenia agriamente a sus soldados y logró reunirlos y volver a ganar su posicion. Perdio sesenta hombres, que los Mahometanos reverenciaban como martires: pero derrotó a sus contrarios, y regresó triunfante a Medina.

Esta ciudad fue atacada, al año siguiente, por diez mil hombres de diversas naciones. Mahoma evitó prudentemente una accion general. Ali se distinguió en algunas salidas, y encuentros parciales; pero el grueso de los Mahometanos no salio jamas de las murallas. Al cabo de algunos meses sobrevino una tempestad hor-

rorosa, que abatio las tiendas de los sitiadores, y los cubrio de espanto. Discordes entre si, por piques y rivalidades que Mahoma sabia exitar y promover, los aliados abandonaron a los Koreishitas, los cuales perdieron toda esperanza de destruir el trono, y detener las conquistas de su invencible compatriota.

Sus miras se dirigieron en seguida a los Judios de Arabia. Habiendose negado estos a reconocer el nuevo profeta, quedaron vencidos, despues de una debil resistencia, y dejaron sus riquezas en manos de los Musulmanes. Mas este triunfo y otros no menos importantes que Mahoma logró sin interrupcion, no eran parte a calmar la sed de engrandecimiento que lo devoraba. Cinco veces al dia volvia los ojos a Meca, no menos deseoso de vengar los agravios que alli habia recibido, que de ocupar un punto tan importante a los ojos de los Arabes. La imagen de la Caaba no se apartaba de su fantasia ni de dia ni de noche, y este sueño de su ambicion fue astutamente convertido en vision profetica, y anuncio sagrado de un trofeo seguro. En su marcha de Medina a Meca ostentó el aparato pacifico de una magnifica romeria. Los habitantes se prepararon a la defensa, y Mahoma empleó toda su destreza y toda su hipocre-

sia en negociar un tratado favorable a sus intentos. En efecto se celebró una tregua de diez años, y los Koreishitas se obligaron a dar libertad a los Mahometanos que tenian en su poder, y a permitir que Mahoma entrase como amigo y peregrino en la ciudad, y permaneciese en ella tres dias, para cumplir con los deberes de la religion. Asi lo hizo, edificando al pueblo con su piedad, y dando tan alta idea de sus virtudes, que Caled, Amron, y otros gefes principales de Meca, se alistaron bajo sus banderas, y abandonaron la causa de la idolatria. Las tribus Arabes imitaron este egemplo, y pocos meses bastaron para reunir diez mil guerreros, dispuestos a violar una tregua, que creian incompatible con los designios de la providencia. Emprendiose la marcha con entusiasmo, con disciplina, y con tanto secreto, que los Koreishitas no tubieron la menor idea de la suerte que los aguardaba, hasta que vieron en torno de la ciudad, diez mil hogueras encendidas, anuncios de la proximidad, y de la fuerza irresistible de su contrario. El altivo Abu Sofian presentó las llaves de la plaza, y confesó, humillando la cabeza ante la cimitarra, que Mahoma era el profeta del verdadero Dios. En lugar de dar rienda a sus pasiones, el vencedor perdonó a los rebeldes, y concilió

las facciones que los dividian. Sus tropas, formadas en tres cuerpos se apoderaron de la ciudad. Veinte y ocho habitantes perecieron a mano de Caled; pero el profeta censuró su crueldad, y se contentó con el destierro de once hombres, y seis mugeres. Despues de siete años de persecucion, Mahoma se declaró principe y legislador civil y religioso de su ciudad nativa: los idolos de la Caaba fueron ignominiosamente destruidos, y la casa de Dios purificada y bendita. Para que sirviese de egemplo a los siglos futuros, el profeta volvio a desempeñar los deberes de peregrino, y desde entonces quedó establecido como lei perpetua de la nueva religion que ningun profano pusiese el pie en la ciudad santa. Entre tanto los Beduinos juraban vengar la gloria ultrajada del Politeismo, y despreciando la cobardia de los Koreishitas, se reunieron en gran numero, y tomaron las armas contra Mahoma. Este, montado en una mula blanca, y seguido por la flor de sus tropas, salio al encuentro de los confederados, y se vio en breve rodeado de lanzas y de alfanges. En estas terribles circunstancias, su tio Abbas, que como los heroes de Homero, tenia una voz fuerte y sonora, logró con sus gritos y exortaciones reanimar el valor de los aterrados Musulmanes.

Mahoma, volvió a ponerse a su cabeza, y los condujo de nuevo a la acción, incitándolos a no perdonar al rendido. La victoria se declaró en su favor, y supo aprovecharla, poniendo sitio a Tayef, donde estaban las principales fuerzas contrarias: pero después de un asedio de veinte días, tubo que confesar la impotencia de sus esfuerzos, y se retiró pidiendo a Dios que abriese los ojos de aquellos incredulos. Esta expedición fue sin embargo gloriosa a sus armas. Tayef conservó por entonces su independencia, pero el botín de los sitiadores subió a seis mil cautivos, veinte y cuatro mil camellos, cuarenta mil ovejas, y cuatro mil onzas de plata. Aunque en esta ocasión los Koreishitas se mostraron tibios, y aun dieron muestras de perfidia y deserción, Mahoma les prodigó los dones y las riquezas, con lo cual se grangeó para siempre su celo y su amistad.

Mahoma se retiró, y no tardaron en alcanzarlo los diputados de Tayef, que temerosos de otro sitio mas largo, y mas decisivo, pedían una tregua de tres años, y el permiso de conservar su antigua idolatria. “Ni un mes, respondió Mahoma, ni un día, ni una hora.” “Pues bien, digeron los Tayefitas, nosotros abrazaremos la religion que predicas, y te reconocemos por apostol de

Dios: pero dispensanos de las oraciones que exiges a tus fieles.” “ Sin oracion, respondio, no hai religion verdadera.” La ciudad se entregó a discrecion: sus templos fueron demolidos, y la misma sentencia de destruccion se egecutó con todos los idolos de Arabia. Los tenientes de Mahoma fueron aclamados por todas las naciones que poblaban las costas del Mar Rojo, las del Oceano, y las del Golfo de Persia. Los embajadores de las naciones estranas que acudian a su corte, eran tan numerosos, dicen los historiadores Arabes, como los dátiles que caen maduros de las ramas del palmero. La nacion entera se sometio al Dios y al cetro del nuevo profeta: aboliose el tributo, y se establecieron en su lugar diezmos y limosnas, voluntarias o forzadas, para el servicio de la religion; ciento y cuarenta mil proselitos acompañaron al fundador en su ultima romeria.

Heraclio, que ocupaba a la sazón el trono de Oriente, regresaba de la guerra de Persia, cuando encontró en Emesa, uno de los embajadores de Mahoma, que convidaban a los principes y naciones de la tierra a someterse al yugo de Islam. El Emperador creyó oportuno ganarse el afecto del hombre portentoso que en tan poco tiempo habia consumado la gran obra

de la reduccion de tantos pueblos ; pero la amistad de aquellos dos potentados duró poco tiempo. Mahoma se aprovechó de un pretesto que le facilitaron las tropas del Imperio, y envió tres mil hombres a Palestina, bajo el mando de su esclavo Zeid. Jaafar y Abdallah servian a sus ordenes, y debian sucederle en el mando, si perdia la vida. Estos tres gefes murieron en la batalla de Muta, que fue la primera en que las armas Musulmanas se cruzaron con armas estrangeras. Zeid murio como un soldado, en las primeras filas. La muerte de Jaafar fue heroica y memorable : perdio la mano derecha, y tomó el estandarte con la izquierda ; perdio esta, y lo sujetó con los dos brazos, hasta que cayó al suelo con cincuenta heridas. Abdala ocupó su puesto, gritando a los suyos que ganasen las dichas del paraíso ; pero la lanza de un Romano puso termino a sus proezas. Caled recobró el estandarte, y rompio con sus manos nueve espadas enemigas. Al fin los Cristianos cedieron, y los Muslimes dieron el mando al que antes habia sido su implacable enemigo. Caled fue proclamado gefe, y apellidado la *espada de Dios*.

Mahoma resolvio emplear todas sus fuerzas contra el Imperio Romano. El anuncio de esta atrevida empresa llenó de abatimento a sus sec-

tarios, los que abiertamente se reusaron a seguirlo, alegando la falta de dinero, de caballos y de provisiones, y sobre todo el insufrible calor del verano. “Mas caliente es el infierno,” respondió airado el profeta. Sin embargo, Abubeker, Othman, y otros gefes, apoyaron los designios de Mahoma, y su ejemplo fue bastante para que diez mil hombres de caballeria, y veinte mil de infanteria se prestasen docilmente a la voluntad del conquistador. La marcha fue penosísima, y en ella los Mahometanos sufrieron los horrores del hambre y de la sed, y los influjos mortíferos del viento del desierto. En medio del camino, Mahoma resolvió suspender su marcha, cohonestando esta determinación con las miras pacíficas del Emperador de Oriente. Pero el activo e intrepido Caled proseguía triunfando y sometiendo las provincias Romanas. Muchas de ellas enviaron diputados a Mahoma, el cual concedió a sus subditos Cristianos la seguridad de sus personas, la libertad del comercio, y las prácticas de su religion: política sutil e ingeniosa, en una época en que el Cristianismo dominaba en las naciones más cultas y ricas de la tierra, y en que el Koran solo tenía el apoyo de unos pueblos pobres y desunidos, cuyo valor era hijo de la sed del pillage, más bien que del convencimiento y de la piedad.

Mahoma llegó a los sesenta y tres años de

edad, y su salud empezó a declinar notablemente. Su ultima dolencia fue una fiebre de cuarenta dias, que a veces lo privaba del uso de la razon. Cuando llegó a persuadirse del peligro en que se hallaba, subio al pulpito, y edificó a sus hermanos con su humildad y con su penitencia. “ Si hai alguno, dijo, a quien yo haya ofendido, levante el azote, y yo lo recibiré sin murmurar. Si he manchado la opinion de algun Musulman, alce la voz, y proclame mis faltas en presencia de todos. Si he despojado a alguno de sus bienes, lo poco que poseo satisfará su demanda.” “ El profeta,” clamó uno de la turba, “ me debe tres dracmas de plata.” Mahoma satisfizó a su acreedor, dandole gracias por haberlo acusado en este mundo mas bien que el dia del juicio. Vio acercarse la muerte sin espanto ; dio libertad a sus esclavos ; dictó los pormenores de sus exequias, y consoló a sus afligidos amigos. Hasta tres dias antes de su muerte, hizo oracion publicamente en el templo. Cuando conocio que se aproximaba el ultimo momento, habló a los que lo rodeaban de las visitas que habia recibido del angel Gabriel ; de sus esperanzas en la misericordia y en el favor del Ser Supremo, y sosteniendo el papel que por tantos años habia representado, dijo que el angel de la muerte le pedia licencia de apoderarse de su alma, y que ya se

la habia concedido. Reclinose en los brazos de Ayesha, la mas querida de sus mugeres, y espiró pronunciando estas palabras: “ Dios mio, perdona mis pecados . . si . . . ya voi a juntarme con mis amigos.”

A la consternacion y al terror que esparcio la muerte de Mahoma, en la ciudad de Medina, donde exaló el ultimo suspiro, sucedio un alboroto ocasionado por el fanatismo de sus sectarios. “ No ha muerto, decian ; no puede morir nuestro intercesor ; está arrebatado en estasis, como Moises, y como Jesus, pero pronto nos sera devuelto.” Abubeker calmó esta agitacion. “ ¿ A quien adorais ? les dijo. ¿ A Mahoma o al Dios que él os ha predicado ? El Dios de Mahoma vive, y vivira eternamente ; pero Mahoma era hombre, y ha pagado el tributo de la humanidad.”

Sus parientes y amigos lo enterraron en el mismo sitio en que murio : sitio que los Arabes veneran, y que ha dado a Medina el caracter de santidad de que goza.

CAPITULO II.

*Caracter de Mahoma. El Koran. Ali.
Abubeker. Othman. Moawiyah.*

LA gran distancia a que estamos situados del tiempo y del pais en que ocurrieron los sucesos que hemos referido, nos impide tener ideas correctas acerca del caracter del hombre osado y emprendedor que en tan poco tiempo alzó un poder tan formidable, y preparó una revolucion de tanta importancia en las antiguas naciones de Oriente. Lo que parece innegable es que un plan tan vasto, y tan peligroso, no pudo ser concebido sino en un alma grande y generosa, ni llevada a efecto sin una prudencia esquisita y un valor a toda prueba. El hecho solo de adoptar el gran dogma de la unidad de Dios, dando fe a unas creencias estrangeras, proscritas por el odio y la maldicion de sus compatriotas, prueba que Mahoma gozaba de una razon independiente, y de un espiritu capaz de discernir la verdad, en despecho de las preocupaciones que se adquieren con la educacion, y que se arraigan en la infancia. El fraude y la hipocresia eran instru-

mentos necesarios para el manejo de una muchedumbre torpe y embrutecida ; y aunque su fanatismo fue sanguinario, no desconocio los preceptos de benevolencia y caridad, ni la importancia de inculcarlos como primeras bases de su doctrina. Tubo bastante imperio sobre si mismo para despreciar la pompa y el esplendor con que hubiera podido dar mayores prestigios a su ensalzamiento, y para abstenerse de los placeres cuyo uso prohibia a sus sectarios. Su incontinencia sin embargo lo condujo a exesos vergonzosos, y hubiera comprometido su reputacion, si hubieran sido algo mas perspicaces los que habian puesto en él todo su confianza.

Estas perfecciones y defectos del caracter de Mahoma influyeron en su doctrina, en los dogmas que anunció como revelados, y en las practicas que exigia de los fieles. El Koran es en efecto una mezcla de ideas grandes y sublimes, superiores a su siglo y a su nacion, y de errores pueriles y groseros, que solo pueden hallar credito en seres degenerados y corrompidos. Reconoce y proclama, como verdad fundamental, la unidad de Dios, y el odio a la idolatria, apoyado en el principio racional que todo lo que se levanta, debe caer; que todo lo que nace debe morir. En el autor del universo, confiesa y adora un

Ser infinito y eterno, sin forma ni lugar, sin progenie ni semejanza, presente a nuestros mas secretos pensamientos, que existe por necesidad de su propia naturaleza, y que deriva de si mismo toda su perfeccion. El Koran establece la doctrina de los decretos eternos, y de la predestinacion absoluta; y los doctores de aquella lei luchan todavia con las dificultades que ofrece la libertad del hombre, combinada con la *preciencia*, y la existencia del mal moral y fisico, con la bondad infinita del que lo tolera.

El Dios del universo ha escrito su existencia en todas sus obras, y sus leyes en el corazon del hombre. La ignorancia y el pecado han oscurecido sin embargo aquellas verdades eternas, y se han apoderado de una gran parte de las naciones de la tierra. El deber del profeta es restablecer el imperio de la verdad, y la practica de la virtud, y los que han recibido el celestial encargo de defender tan santa causa, forman una cadena no interrumpida desde Adan hasta Mahoma. Durante este intervalo, ciento y veinte cuátro mil elegidos recibieron el don profetico; trescientos trece apóstoles han predicado la verdadera doctrina; el espiritu divino ha inspirado ciento y cuatro volumenés, y seis legisladores han anunciado al mundo seis revelaciones dife-

rentes de varios ritos, modificaciones de una misma creencia. Adan, Noé, Abraham, Moises, Cristo y Mahoma fueron destinados por Alah (Dios) para desempeñar tan sublime encargo. Moises y Cristo fueron, de todos los predecesores de Mahoma * los unicos que reinaron. La historia milagrosa de Moises está consignada y hermoseedada en el Koran. En cuanto al autor del Cristianismo, los Mahometanos lo miran con profunda y misteriosa reverencia. “Verdaderamente, dice el Koran, Cristo Jesus, hijo de Maria, es apostol y palabra de Dios; honrado en este mundo, y en el mundo futuro; uno de los que mas se acercan a la presencia de Dios.”

Sin embargo, el profeta Arabe no reconoce el caracter divino en el legislador de los Cristianos; pero declara que el dia del juicio, su testimonio servira para condenar a los Judios que lo persiguieron, y a los Cristianos que lo adoraron como a Dios. La malicia de sus enemigos manchó su reputacion, y conspiró contra su vida: mas no se consumó su delito. Un reo oscuro fue crucificado en su lugar, y el inocente fue arrebatado al septimo cielo. Durante seiscientos

* Es casi inutil prevenir a nuestros lectores que hablamos aqui estractando el Koran, y segun su sentido.

años el Evangelio fue el unico camino de la salvacion : pero los Cristianos olvidaron insensiblemente las leyes, y el egeemplo de su fundador. Era llegado el tiempo de que se presentase a los hombres el Paraclito, anunciado por Moises y por Cristo : este Paraclito era Mahoma.

El Koran contiene la doctrina destinada a consumir la gran obra de la purificacion de la especie humana. Aquel libro es increado y eterno ; subsiste en la esencia de la Divinidad, y está escrito con una pluma de luz, en la tabla de sus inmutables decretos. El angel Gabriel trajo al mas inferior de los siete cielos un egeemplar de la obra, cuyas hojas eran de seda, y las letras de piedras preciosas, y él mismo reveló su contenido al profeta Arabe. Mas este no lo anunció a sus dicipulos sino en fragmentos sueltos, que fueron anotados por ellos en hojas de palmero, y en huesos de carnero. Despues de la muerte de Mahoma, una de sus mugeres guardó por espacio de dos años aquel precioso deposito, hasta que lo recogio Abubeker, y lo publicó como resumen de la doctrina del profeta.

El mas privilegiado de los hombres, el favorito de la Divinidad no podia carecer del don de hacer milagros, que sus predecesores habian poseido. Es verdad que cuando los incredulos

Koreishitas lo instaban a que acreditase con prodigios su mision, se negó constantemente a darles gusto, y se escusaba con la Providencia Divina que no permite acceder a estos deseos, injuriosos a su poder, y frutos de una vana curiosidad. Pero sus dicipulos contaban que las piedras lo saludaban con aclamaciones; que los muertos se alzaban a su voz; que un camello le habló; y que la naturaleza animada e inanimada estaba siempre dispuesta a obedecer sus mandatos. Un animal misterioso, llamado el Borack, lo llevó desde el templo de Meca al de Jerusalem; de alli subio, con el angel Gabriel, a los siete cielos, donde fue saludado por los patriarcas, por los profetas y por los angeles, en sus respectivas mansiones. Al llegar al septimo cielo, Mahoma solo tubo permiso de pasar adelante, y atravesando el velo de la unidad, se acercó a distancia de dos tiros de flecha del trono. Alah lo tocó en el hombro, y el profeta sintio un frio exesivo, que le heló el corazon. Despues de esta audiencia, volvio a Jerusalem, montó en el Borack, y regresó a Meca, habiendo hecho en la decima parte del dia, una jornada de muchos millares de años.

En otra ocasion, quiso confundir la malicia de los Koreishitas. Congrególos en un sitio publi-

co cuando la luna brillaba con todo su esplendor sobre el orizonte. A su voz, el astro se detubo en su carrera, dio vuelta siete veces a la Caaba, habló con Mahoma en lengua Arabe, y contrayendo de pronto sus dimensiones, entró por el cuello, y salio por la manga de su camisa. Los doctores Musulmanes dan a estos prodigios una interpretacion mistica, creyendo que una doctrina pura y celestial, sostenida ademas por el poderoso argumento de la cimitarra, no necesitaba para propagarse, violar las leyes de la naturaleza.

Lo que no admite interpretacion ni indulgencia es la parte practica, o por mejor decir, los preceptos del Koran. Estos se reducen a tres principales clasificaciones, a saber: oracion, ayuno, y limosna.

1. Segun la tradicion del famoso viage de Mahoma al cielo, Dios le mandó imponer a sus discipulos la obligacion de rezar cincuenta veces al dia. Moises le aconsejó que pidiese algun alivio de tan insoportable carga, y en efecto consiguio que las oraciones quedasen reducidas a cinco: pero estas no admiten excusa de ninguna especie, y el Musulman debe dirigir su corazon a Dios al rayar el dia, a mediodia, a la tarde, al anochecer, y en las primeras horas

de la noche. A cada una de estas plegarias precede una ablucion de las manos, del rostro, y del cuerpo, porque el aseo fisico es compañero de la pureza del alma. Cuando no hai agua a mano, la ablucion se hace con arena. Este rito se celebra con el rostro vuelto acia Meca; el sitio es indiferente: la calle, la casa, el desierto son igualmente aptos para ponerse en comunicacion con la Divinidad. El viernes de cada semana se consagra a la oracion publica: el pueblo se reúne en la mezquita, y el iman sube al pulpito, a predicar, y a dirigir las ceremonias.

2. En cada año, hai treinta dias de ayuno, que se consideran como una purificacion del alma, y como un saludable ejercicio de obediencia a Dios y a su apostol. Durante el mes de Ramadan, desde la aurora hasta ponerse el sol, el Musulman se astiene de comida, de bebida, de baños, de perfumes; de todo lo que puede restablecer su fuerza, y lisongear sus sentidos. En la revolucion del año lunar, el Ramadan coincide sucesivamente con el invierno y con el verano, de lo que resulta una penitencia durisima e insoportable cuando ocurre en los dias ardientes, y en un clima abrasado por los rayos del sol. La privacion del vino, que es

una mortificacion voluntaria para el anacoreta, es una lei inexorable para el Musulman.

3. La caridad del Musulman se estiende a los animales, y para con los hombres, estriva en leyes fijas que no admiten duda ni interpretacion. Mahoma es el unico legislador religioso que ha determinado la medida justa de la limosna. El Musulman debe dar la decima parte de sus rentas, o ganancias anuales, y una quinta, si se cree obligado a alguna restitucion.

A la infraccion o al cumplimiento de estos deberes, corresponden los castigos o premios que se deciden el dia del juicio. El profeta no ha determinado la epoca fija de esta gran catastrofe: pero indica los terribles anuncios que la han de preceder en el cielo y en la tierra. Al sonido de la trompeta, saldran nuevos mundos de la nada; se alzarán los angeles y los genios, y las almas de los hombres, se uniran a sus cuerpos. Al juicio seguiran la recompensa y el castigo. Las buenas y malas acciones del Musulman se pesarán en una balanza. Los que no esten enteramente puros bajarán a uno de los siete infiernos, y su espiacion durará segun el grado de su culpabilidad desde novecientos hasta siete mil años. El sitio destinado a los purificados y a los inocentes es una mansion deliciosa,

cubierta de bosques y fuentes, donde pasarán una vida consagrada al descanso, a la sensualidad, a los convites, y donde cada uno de ellos tendra a su servicio setenta y dos doncellas hermosisimas, con ojos negros, corazones sensibles y eterna juventud. Cada momento de placer durará mil años: pero los santos y los martires despreciarán estos placeres fisicos, y gozarán eternamente de la vision divina. Los Cristianos, los Judios, y en general, todos los que no hayan prestado fe a las verdades reveladas por Mahoma, seran condenados a los tormentos insufribles del infierno. Cuando murio el autor de tan estrañas novedades, se hallaban estas tan arraigadas en el animo de sus sectarios, que nadie pensó en alterar de manera alguna su doctrina ni sus preceptos. Mas no reinó la misma union en la eleccion del que habia de ocupar su puesto. Ali era en realidad el gefe de la familia de Hashem, y el principe hereditario de Meca. Como yerno de Mahoma, y marido de su unica hija Fatima, podia creerse que estaria mas instruido que los otros en los secretos del fundados; reunia ademas los meritos de poeta, soldado, santo, e inseparable compañero de su suegro, en sus glorias y en sus infortunios. Pero la aristocracia de Meca lo miraba con descon-

fianza; los Koreishitas no querian reconocer el predominio de la casa de Hashem; despertaronse las antiguas discordias de las tribus, y de aqui se hubiera originado una revolucion sangrienta, si Omar no hubiera reconocido al venerable Abubeker, por gefe de la nacion Arabe, y de la religion Mahometana. Prestaronle obediencia inmediatamente Meca, Medina y las provincias; pero Ali y su familia se mantubieron independientes por espacio de seis meses, hasta que la muerte de Fatima los obligó a ceder, y a reconocer la autoridad del gefe de los creyentes. Despues de un reinado de dos años, el anciano califa fue llamado por el angel de la muerte. En su testamento, y con la tacita aprobacion de sus amigos, confió el cetro a la firme e intrepida virtud de Omar. Abubeker espiró, rogando al Dios de Mahoma que ratificase su nombramiento, y predicando concordia y obediencia a los Musulmanes. No fueron vanos sus deseos: el mismo Ali, consagrado enteramente al retiro y a la oracion, acató el merito y las virtudes de su rival, el cual recompensó su sumision prodigandole los testimonios de su favor y confianza. En el duodecimo año de su reinado, Omar recibio una herida mortal de manos de un asesino; no quiso nombrar sucesor, sino que

confió este encargo a seis de sus mas dignos compañeros. Othman, secretario de Mahoma, fue elegido, con condicion de someterse al consejo de dos ancianos. Su reinado no deja recuerdos interesantes en la historia. Por su muerte, el pueblo reconocio en Ali el hombre mas digno de las funciones reales y sacerdotales. Las costumbres de los Arabes habian conservado su primitiva sencillez, y el hijo de Abu Taleb despreciaba las pompas, y las vanidades del mundo. A la hora de la plegaria se presentó en la mezquita de Medina, humildemente vestido, con las chinelas en una mano, y el arco en la otra. Los compañeros de Mahoma, y los gefes de las tribus saludaron a su nuevo soberano, y le presentaron la mano derecha, en señal de obediencia, y de vasallage.

Sin embargo, ya se habian dividido los amigos y los enemigos de Ali, y esta separacion, que subsiste todavia con el mayor encarnizamiento, es la verdadera causa del odio irreconciliable entre Persas y Turcos. Los primeros, llamados *Shiitas* o sectarios, han enriquecido la fe de Mahoma, con nueve articulos mas. Veneran en Ali el vicario de Dios y hablan con execracion de los califas que mediaron entre Mahoma y su yerno. El nombre de Omar significa en

su lengua el complemento de la maldad y de la perfidia. Los *Sonnitas*, bajo cuyo nombre se comprende la mayoria de los Musulmanes, profesan opiniones mas imparciales, y que parecen mas favorables a la unidad del Islamismo. Reverencian la memoria de Abubeker, Omar, Othman, y Ali, como santos y legitimos sucesores del profeta; pero señalan el ultimo puesto en su respeto al marido de Fatima, creyendo que el orden de sucesion estuvo acorde con los grados de santidad. En efecto, el historiador que examine imparcialmente los reinados de los cuatro califas confesará que sus virtudes fueron puras y egemplares; que su celo fue fervoroso, y probablemente sincero, y que en medio de las riquezas y del poder, su principal ocupacion fue el cumplimiento de sus deberes religiosos y morales. Pero las virtudes publicas de Abubeker y de Omar, la prudencia del primero, y la inflexible severidad del segundo, mantubieron la paz y la prosperidad en la religion y el estado. Othman, debil y anciano no pudo sostener tan grave peso. Engañaronlo los hombres en quienes puso su confianza: su generosidad y su beneficencia fueron recompensadas con ingratitud y rebeldia. Los Charegitas se unieron con los Arabes descontentos, y reunidos en gran

numero, alzaron el estandarte de la insurreccion. El califa, abandonado por sus amigos, murio a manos de los rebeldes. Una tumultuosa anarquia que duró una semana, cedio al nombramiento de Ali, el cual no tardó en apaciguar los animos, y en disponer nuevos planes de engrandecimiento para su imperio y para su religion.

Una vida de retiro y de oracion no habia enfriado el brio natural del primer discipulo de Mahoma, ni la larga experiencia adquirida en tantos años de desgracias y de revoluciones bastó a preservarlo de la temeridad y precipitacion de que tantas pruebas habia dado en su juventud. En los primeros dias de su reinado, se olvidó de atraerse la voluntad y la sumision de Telha y Zobeir, dos de los mas poderosos gefes de las tribus Arabes. Resueltos a vengarse del desprecio con que los miraba el nuevo califa, estos dos caudillos huyeron de Medina a Meca, y de Meca a Basora, y usurparon el gobierno de Asiria, que habian pedido en vano como galardón de sus servicios. Uniose con ellos Ayesha, viuda del profeta, que aborrecia mortalmente la persona y la familia de Ali. El califa, a la cabeza de veinte mil Arabes, y de nueve mil aliados, atacó y derrotó a sus dos ene-

migos, que con fuerzas superiores lo aguardaron a poca distancia de Basora. Telha y Zobeir murieron al principio de la accion y Ayesha, que animaba las tropas esponiendose a los mayores peligros, cayó en manos del vencedor, y despues de sostener firmemente sus reconvenciones, fue enviada al sepulcro de Mahoma, con el respeto y la consideracion a que su edad y la memoria del apostol la hacian acreedora. Llamose esta victoria, *la jornada del camello*, en memoria del que montaba Ayesha durante la accion. Los setenta hombres que lo guiaban y defendian, cayeron cubiertos de heridas a los pies del animal.

Desembarazado de sus dos enemigos, Ali tubo que lidiar con otro mas formidable. Moawiyah, hijo de Abu-Sofian, se habia declarado califa, y contaba con todas las fuerzas de Siria, y con los amigos y aliados de la familia de Ommiyah. Ciento y diez dias estuvieron lidiando estas dos competidores, en la llanura de Siffin a las orillas del Eufrates. En noventa acciones o escaramuzas, Ali perdio veinte y cinco mil hombres, y su contrario cuarenta y cinco mil. En este sanguinario conflicto, el califa legitimo se mostró tan valeroso como humano; sus tropas perdonaron a los vencidos, y respetaron los cuerpos

de los muertos, y el honor de las cautivas. Ali tubo la generosidad de proponer un combate personal a Moawiyah, para evitar los desastres de la guerra civil: pero su enemigo no quiso aceptarlo, persuadido de la inferioridad de su destreza, y de su valor. Sin embargo, Ali, tubo que firmar una tregua deshonrosa, porque sus soldados no quisieron atacar a los enemigos, que llevaban el Koran en las puntas de las lanzas. Retirose con dolor e indignacion a Cufa; sus partidarios se desanimaron; Persia, Yemen, y Egipto cayeron en manos de su rival, el fanatismo aguzó el puñal de la venganza, y los Charegitas anunciaron al pueblo en el templo de Meca, que la muerte de Ali, de Moawiyah, y de su amigo Amrou, virrei de Egipto, era necesaria a la tranquilidad del estado. Tres entusiastas de aquella secta sanguinaria y feroz se decidieron a sacrificar aquellas victimas; cada uno escogio la suya, y con una daga envenenada acudio a egecutar el golpe. El que debia asesinar a Amrou, hirió a su representante, que ocupaba su puesto en la mezquita. Moawiyah recibio una herida profunda, y Ali espiró a manos de su verdugo, en Cufa, recomendando a sus hijos que despachasen a aquel malvado, de un solo golpe. El sepulcro de Ali fue largo

tiempo desconocido; al fin se descubrió en las inmediaciones de Cufa, y a él acuden en devota romería los Persas, que lo consideran tan sagrado como el de Mahoma.

Los perseguidores del profeta usurparon la herencia de sus hijos, y los campeones de la idolatría llegaron a ser los gefes supremos de la religion y del imperio. Moawiyah habia sido en su juventud secretario de Mahoma, y Omar le confió el gobierno de Siria. En este empleo se grangeó el afecto de sus subditos por su valor y generosidad; conquistó a Chipre y a Rodas, y enriqueció a sus soldados con magníficos despojos. Para tener un pretesto con que dar rienda suelta a su ambición, declaró su intento de vengar la muerte de Othman. La camisa ensangrentada del califa fue espuesta a los ojos de los fieles en la Mezquita de Damasco. El emir deploró desde el pulpito la muerte de su pariente, y sesenta mil Sirios juraron seguir sus banderas y castigar al asesino. Amrou, el conquistador de Egipto, fue el primero que saludó al nuevo monarca. Ya hemos visto que Ali fue víctima de la astucia de su enemigo, y no de su valor.

Moawiyah negoció con Hassan, hijo de Ali, el cual despues de la muerte de su padre se

retiró tranquilamente a una humilde celda, inmediata al sepulcro de su abuelo. El nuevo califa, no contento con haberse desembarazado de su rival, declaró hereditaria en su familia la dignidad a que se habia elevado. Esta innovacion exitó algun descontento entre los Arabes, pero Moawiyah supo imponer silencio a la muchedumbre, y su hijo Yezid, joven sin valor y sin virtudes, fue proclamado comandante de los fieles, y sucesor del apostol de Alah.

Hosein, hermano menor de Hassan, heredó el espiritu de su padre, y sirvio con honor contra los Cristianos en Constantinopla. En él se reunian la primogenitura de la linea de Hashem, y el santo caracter de nieto del apostol. Este joven animoso determinó abatir el orgullo de Yezid, tirano de Damasco, cuyos vicios despreciaba, y cuyos derechos no reconocio jamas. Envióse de Cufa a Medina una lista de ciento cuarenta mil Musulmanes, que estaban prontos a sacar la espada en su favor, al punto que apareciese en las orillas del Eufrates. Contra el consejo de sus amigos, resolvió confiar su familia y su persona a manos de un pueblo perfido e inconstante. Atravesó el desierto de Arabia, con una debil comitiva de mugeres y niños: pero al llegar a los confines de Irak, lo espantó la soledad que

por todas partes reinaba. Sus temores no eran infundados: Obeidollah, gobernador de Cufa, habia apagado las primeras centellas de la insurreccion. Hosein fue rodeado, en las llanuras de Kerbela, por un cuerpo de cinco mil caballos, que interceptaron sus comunicaciones con la ciudad y con el rio. Habló con el gefe de los enemigos, y pidio condiciones honrosas; pero la respuesta fue que se rindiese a discrecion. Aquella noche se dispuso a morir peleando, consolando a su hermana Fatima, y aconsejando a sus amigos, que huyesen y no se comprometiesen con fuerzas tan desproporcionadas. Al rayar el dia, montó a caballo, con la cimitarra en una mano, y el Koran en la otra. Acompañabanlo treinta y un hombres a caballo, y cuarenta a pie, y este pequeño egercito de martires aguardó tranquilamente su suerte, sin otra fortificacion que las cuerdas de las tiendas de su campamento, y un foso lleno de leña encendida, segun el uso de los Arabes. El enemigo avanzó con incertidumbre y repugnancia: uno de los gefes desertó con treinta compañeros, deseosos sin duda de sacrificar sus vidas en la causa que creian justa. En breve llovieron nubes de flechas sobre Hosein y los suyos. La mayor parte de ellos murieron en los primeros momentos de

ataque. Suspendiose la accion durante la hora de la plegaria, y pasada esta, Hosein vio morir al ultimo de sus compañeros. Solo, cansado y herido, se sentó a la puerta de la tienda, y al beber un trago de agua, un dardo le atravesó la boca. Su hijo y su sobrino, jovenes hermosos y valientes, murieron en sus brazos. El desgraciado principe alzó entonces al cielo sus manos cubiertas de sangre, y hizo oracion por los vivos, y por los muertos. Su infeliz hermana salio desesperada de la tienda, y imploró la piedad de los vencedores. Mas sus ruegos fueron inutilles. Hoseim murio atravesado por treinta y tres puntas de espadas y lanzas. Los Persas celebran el aniversario de su martirio, y se abandonan aquel dia a los extremos del dolor y del despecho.

Cuando las hermanas y los hijos de Ali fueron presentados, cargados de cadenas, al trono de Damasco, los cortesanos del Califa le aconsejaron que estirpase una raza con la que jamas podria reconciliarse. Pero Yezid prefirio una venganza mas generosa, y se contentó con desterrar aquellos infelices a Medina.

La fe de los Persas se vinculó en aquella familia ilustre, y los doce *Imames*, o pontifices que cuentan en su Cronologia, son Ali Hassan,

y los decendientes de Hosein hasta la nona generacion. Sin armas, sin subditos, sin tesoros, gozaron sucesivamente de la veneracion del pueblo, y exitaron la envidia y la inquietud de los califas reinantes. Muchas veces sirvieron sus nombres de pretesto para la discordia, y para la insurreccion: mas ellos despreciaron constantemente las vanidades mundanas, se sometieron sin murmurar a la voluntad de Dios, y a la injusticia de los hombres, y consagraron sus dias inocentes al estudio y a la practica de su religion. El duodecimo de los Imames exedio a sus predecesores en abnegacion, y en santidad. Ocultose en una caverna cerca de Bagdad, y se ignora la epoca y el sitio de su muerte. Sus devotos creen que vive aun, y que vivira hasta que se presente al mundo para destruir al tirano de Dejal, que es como los Muslimes llaman al Anticristo. La familia de Hassan se conserva todavia en las ciudades de Meca y Medina, y despues de tantos siglos, se mantiene a la cabeza de la religion y del estado.

CAPITULO III.

Conquistas de los Arabes. Persia.

Los principios de la nueva religion fundada por Mahoma fueron señalados por los rapidos progresos que hizo en los pueblos de Oriente, y por las conquistas de la nacion belicosa en cuyo seno tubo origen. El Islamismo sacó a la nacion Arabe de la oscuridad en que yacia. Obligandola a ganar proselitos con el filo de la espada, abrio una vasta carrera a la ambicion de su gefes.

En el primer año del reinado del primer califa, su teniente Caled se adelantó acia las orillas del Eufrates, y redujo las ciudades de Anbar y de Hira. Al occidente de las ruinas de Babilonia, se habia establecido una tribu de Arabes sedentarios, cuyos monarcas habian reinado tranquilamente por espacio de seiscientos años, bajo la sombra del trono poderoso de Persia. Este pueblo era Cristiano, y las dos ciudades que hemos nombrado se distinguian entre las mas florecientes de sus dominios.

Mas no pudo resistir al impetu de los Muslimes. Caled dio muerte al rei, en una accion; su hijo fue hecho cautivo, y enviado a Medina; los magnates doblaron el cuello a la autoridad de los califas, y la nacion abrazó la fe de los vencedores, y se alistó bajo su estandartes. Este triunfo deslumbró a los mismos que lo habian conseguido. El botin fue riquísimo; el tributo annual impuesto a los conquistados no bajaba de setenta mil piezas de oro; la perspectiva que abrian tan prosperos anuncios era en alto grado lisongera: pero Caled se vio obligado a pasar a Siria, y la invasion de Persia fue confiada a gefes menos prudentes, y menos activos. Los Sarracenos fueron rechazados con perdida, de las orillas del Eufrates, y reducidos a pelear sin gloria, y sin esperanzas de mejor exito en el desierto de Babilonia.

Los Persas, divididos a la sazón en guerras intestinas, se unieron para resistir al torrente que amenazaba al Asia. La reina Arzema fue depuesta por el unanime consentimiento de los sacerdotes y de los nobles. Diose su puesto a Yezdegerd, nieto de Cosroes, y digno tan solo por su sangre de uno de los tronos mas poderosos de la tierra. Hallabase en los quince años de su edad, y era incapaz por

consiguiente de gobernar el estado en tan difícil coyuntura. Rustam tomó el mando del ejercito, que se componia de treinta mil veteranos, restos del antiguo poder militar de Persia, y de ciento y veinte mil auxiliares. Los Muslimes acababan de recibir un refuerzo considerable, con el que juntaban una fuerza de treinta mil hombres. Habian fijado su campamento en Cadesia, y este nombre designó la batalla que dio un golpe mortal al imperio de Ciro.

Los Arabes no peleaban, como los Griegos y los Romanos, con masas unidas, ni con evoluciones combinadas y simultaneas. Su tactica se reducía a encuentros parciales, en que alternaban el ataque y la fuga; a escaramuzas mas o menos empeñadas, y a encuentros fortuitos, en que las tropas se dividian segun lo requeria la urgencia. No es extraño pues que sus batallas durasen dos o tres dias, o por mejor decir, que se diese el nombre de batalla a una serie de combates interrumpidos, y que terminaban por la derrota, o por el cansancio.

La batalla de Cadesia tubo tres periodos, que en las Cronicas Arabes, se distinguen por los nombres de *socorro*, *golpe*, y *ladrido*. El primer dia, el del *socorro*, los Arabes tubieron

el refuerzo de seis mil Sirios. El *golpe* señala el día del encarnizamiento de la pelea. El *ladrido* espresa los clamores y gritería de una sorpresa nocturna. El día siguiente quedó decidida la suerte de Persia. Apenas empezaron las hostilidades, se alzó un furioso huracan que llevó grandes nubes de polvo a las filas de los infieles. Su confusion y terror llegaron hasta un ameno bosque de palmeros, en que Rustam yacia recostado en mullidas alfombras, y circundado de sus criados y de sus tesoros. Al tiempo de ponerse en fuga, lo detubo un Arabe, le cortó la cabeza, y la enseñó, clavada en una pica, a los amedrentados Persas. Este espectáculo acabó de sobrecogerlos. El estandarte Real cayó en manos de los Sarracenos, y toda la provincia de Asiria, una de las mas ricas del imperio, dobló la rodilla ante el Koran. Los Arabes fundaron en seguida la ciudad de Basora, junto a la confluencia del Eufrates y del Tigris, y aquella colonia conserva todavia su importancia mercantil.

La derrota de Cadesia propagó entre los Persas la opinion de que era llegada la hora de la disolucion del imperio. Los Arabes se aprovecharon de este error; forjado por el miedo, y ocuparon sin resistencia vastas provincias,

y fortalezas inespugnables. Tres meses despues de aquella accion, Said, teniente de Omar, pasó el Tigris, y tomó por asalto la ciudad de Madayn, que era la capital, y que habia resistido a todo el poder de los Romanos. Alli estaba el palacio blanco de Cosroes, y contenia tan prodigiosa suma de riquezas, en dinero, muebles, ropas, y alajas, que la parte del botin del soldado mas oscuro, era digna de un principe. Los Arabes sin embargo abandonaron aquel punto, y establecieron la residencia del gobierno en la nueva ciudad de Cufa. Yezdegerd huyó a los montañas de Farsistan, de donde habia bajado Ciro con sus valientes compañeros; pero el valor de la nacion sobrevivio al de su monarca. Ciento y cincuenta mil Persas, retrincherados en las sierras al mediodia de Ecbatana, resolvieron sostener la dignidad de su pais, y la pureza de su religion. Pelearon con el valor que inspiran el patriotismo y el celo religioso; pero quedaron vencidos en la batalla de Nehavend, tan ostinada y sangrienta, que los Sarracenos le dieron el enfatico titulo de *victoria de victorias*.

Esparcieronse inmediatamente, y con increíble rapidez por toda la estension de aquel vastisimo reino, y subyugaron succesivamente todas sus

provincias. El rei continuó huyendo hasta las fronteras de China, cuyo emperador, Taitson, célebre por su humanidad y sabiduria, le dio cuantiosos auxilios, con que pudo reunir un egercito, compuesto en gran parte de Turcos. Yezdegerd fue vencido sin combatir. Abandonaronlo los suyos, y dieronle muerte los mismos Turcos, sus aliados. Con él se estinguio la dinastia Sasaniana, la ultima que ocupó el trono de Persia. Su hijo Firuz aceptó el empleo de capitan de guardias de Taitson; sus hijas fueron esclavas o esposas de los gefes del egercito vencedor.

Despues de la caida del trono Persa, el rio Oxo dividia el territorio Turco del que acababan de ocupar los Arabes. Los gobernadores Muslimes de Chorasán hicieron algunas incursiones en Transoxiana, que es el nombre que dan a aquel pais los geografos. Pero su total sumision estaba reservada para el reinado de Walid. Su teniente Catibah tremoló la primera bándera Musulmana en las espaciosas regiones comprendidas entre el Oxo, el Jaxartes y el mar Caspio. Los infieles pagaron un tributo anual de dos millones de piezas de oro; sus idolos fueron entregados a las llamas; una gran parte de la nacion Turca se refugió al

desierto, y los emperadores de China solicitaron la amistad de los representantes del califa. Los Arabes fortificaron las opulentas ciudades de Carizma, Bochara, y Samarcand. El uso del papel, que se fabricaba en esta ultima, empezó entonces a propagarse en Arabia, de donde pasó mui en breve a las naciones occidentales del mundo antiguo.

CAPITULO IV.

Conquista de Siria.

EL dominio de los Arabes en Siria empezó bajo el reinado de Abubeker. Apenas hubo este restablecido la union de la fe y del gobierno, escribió en los terminos siguientes a las tribus Arabes :—

“ En nombre de Alah piadoso, a los verdaderos creyentes. Salud, y felicidad, y la piedad, y la bendicion de Alah, sean con vosotros. Alabo al altísimo Alah, y lo imploro por medio de su profeta Mahoma. Esta se dirige a noticiaros mi intento de enviar los verdaderos creyentes a Siria, para arrancar aquella tierra de manos de los infieles. Tened entendido que pelear por la religion es acto de obediencia a Dios.”

Este llamamiento fue correspondido por la obediencia y el entusiasmo de la nacion entera. Los alrededores de Medina empezaron a cubrirse de escuadrones belicosos, que acusaban con impacientes murmullos la dilacion de la

empresa a que habian sido convidados. Cuando el califa vio reunido el numero que creyo suficiente, subio a una colina, pasó revista a las tropas, y oró fervorosamente por el exito de la expedicion. Esta se puso en movimiento, y Abubeker la acompañó a pie, durante el primer dia de su marcha. Las instrucciones que dio a los gefes del egercito encierran una mezcla curiosa de ambicion y de desprendimiento; de fanatismo y de humildad.

“Acordaos, les decia, de que estais siempre a los ojos de Dios, a la margen de la muerte, proximos al juicio, y con la esperanza de los goces celestiales. Evitad la injusticia y la opresion; consultad con vuestros hermanos, y procurad atraeros el amor y la confianza de vuestras tropas. Cuando peleéis en las batallas de Dios, portaos como hombres, y no volvais la espalda: empero no empañéis el lustre de la victoria con la sangre de las mugeres, y de los niños. No destruyais los palmeros, ni quemeis los sembrados. No corteis los arboles frutales, ni mateis mas ovejas que las precisas para vuestra manutencion. Cuando celebreis algun tratado, cumplidlo con puntualidad. Quizas encontrareis hombres piadosos, que viven re-

tirados en monasterios, y que han escogido aquel modo de servir a Dios: dejadlos tranquilos; no arruineis sus moradas. Pero si descubris entre ellos a los que tienen las cabezas afeitadas, en señal de pertenecer a la sinagoga de Satanás, no les deis cuartel; perseguidlos, amenazadlos con la muerte, hasta que abracen la fe del profeta de Dios."

Durante la marcha, las tropas observaron una disciplina monacal; prohibiose toda conversacion frivola, toda disputa, todo recuerdo de las enemistades antiguas. En el tumulto del campo, se observaban escrupulosamente las practicas de la religion. Los intervalos que dejaba libre el combate, se consagraban a la oracion, a la meditacion, y al estudio del Koran. El mando del egercito fue confiado a Abu Obeidah, uno de los que huyeron de Meca en compañía de Mahoma, hombre no menos celoso y valiente, que benefico y suave: pero en las acciones de gran empeño, y en los encuentros dificiles y peligrosos, las tropas imploraban los consejos y la espada de Caled. Este era en realidad el alma de la espedicion, mas no por esto resistia a los mandatos del gefe legitimo. El fanatismo de los Arabes traia consigo el espiritu de hu-

mildad, y de abnegacion, y Caled hubiera peleado con ardor en defensa de su lei, aun quando dirigiese las tropas el mas estúpido de los soldados.

Una de las quince provincias de Siria, que comprendia los terrenos cultivados situados al oriente de Jerusalem, habia sido ennoblecida por la vanidad romana con el nombre de Arabia. Florecia en aquel pais el comercio, y los emperadores lo habian fortificado con numerosas plazas y castillos. Los Musulmanes se acercaron a la frontera e hicieron muchas escursiones en lo interior. Animados por estas primeras victorias, y por la ocupacion de algunas ciudades abiertas e indefensas, atacaron con cuatro mil hombres los muros de Bosra, una de las ciudades mas ricas y fuertes de la provincia: pero tubieron que ceder al exesivo numero de Sirios, que por todas partes los acometieron. Caled acudio oportunamente a su socorro con mil y quinientos caballos; desaprobó aquella arrojada tentativa; recobró el terreno perdido, y salvó el honor del estandarte de los fieles. Los habitantes de Bosra, penetrados de la peligrosa situacion en que se hallaban, hicieron una salida general, en que fueron completamente derrotados. Romano, gobernador

de la plaza, que habia querido ceder a fuerzas tan superiores, fue vilipendiado por el pueblo, y despojado de su dignidad. Deseoso de tomar venganza de tamaña ofensa, tubo una entrevista nocturna con Caled, y le descubrio un paso subterraneo, por el cual podria facilmente apoderarse de la ciudad. Caled, y cien voluntarios de sus tropas, se confiaron a su nuevo aliado, y dieron entrada al resto del egercito. Despues de reconocida por el pueblo la autoridad del califa, Romano confesó su traicion en una reunion publica de los habitantes. “Renuncio a vuestra compañía, dijo, en este mundo, y en el otro: renuncio al crucificado, y a todos los que lo acatan. Mi Dios es Alah; mi fe, el Islam; Meca, mi templo; los Muslimes, mis hermanos; Mahoma, mi profeta. Mahoma es el que ha venido a enseñarnos el camino derecho, y la verdadera religion.”

La conquista de Bosra, que solo distaba cuatro jornadas de Damasco, incitó a los Arábes a acometer esta antigua capital de Siria. Desde un valle delicioso, poblado de arboles floridos, y regado por cristalinos arroyos, en medio de los cuales fijaron sus tiendas los invasores, notificaron a los Damascenos la acostumbrada opcion entre la fe Mahometana y la guerra. Damasco

acababa de recibir un refuerzo de cinco mil Griegos, y tenia ademas en sus muros una poblacion belicosa y decidida. Hubo varias salidas y encuentros, en que Caled acreditó de nuevo su intrepidez y su destreza. Pero acudieron nuevos auxilios a la ciudad, y fue necesario levantar el sitio. En la retirada, Abu Obeidah, que mandaba la retaguardia, se vio de pronto atacado por seis mil caballos, y diez mil peones. Caled corrió a defender a su amigo, y pocos fueron los Cristianos que volvieron a Damasco a dar cuenta de su salida. Los Arabes, viendo que las circunstancias eran muy urgentes, y deseosos de vencer las tropas del emperador, antes de volver a poner sitio a Damasco, llamaron a todos los Sarracenos que estaban dispersos en las fronteras de Siria y de Palestina. El resultado fue que cuarenta mil Musulmanes se reunieron con el ejército, el mismo dia, y en el mismo punto.

El emperador Heraclio gozaba tranquilamente en su palacio de Constantinopla los frutos de las victorias que habia conseguido en Oriente, cuando llegó a sus oídos la noticia del nuevo enemigo que amenazaba su imperio, y que ya se habia apoderado de algunas provincias de Siria. Inmediatamente se reunió en Emesa un ejército de setenta mil veteranos, bajo las ordenes del

General Werdan. Al llegar a la llanura de Aiznadin, y cuando Werdan, montado en una mula blanca cubierta de cadenas de oro, pasaba en revista sus tropas, un Arabe casi desnudo se presentó a vista del egercito, y lo estuvo observando tranquilamente. Su armamento consistia en una lanza, mas esta le bastó para matar a treinta Cristianos que lo atacaron, y para retirarse defendiendose de los otros que lo perseguian. Este intrepido fanatico se llamaba Derrar, y su memoria es venerada en el dia por todos los pueblos que creen en el Koran.

Instruido por él del numero y de la posicion de los enemigos, Caled determinó salirle al encuentro. Al avistarse los dos egercitos, salio de las filas del Cristiano un Griego venerable, y ofrecio condiciones de paz, que se reducian a dar a cada soldado Sarraceno un turbante, una tunica y una pieza de oro; diez tunicas y cien piezas al general, y cien tunicas y mil piezas al califa. Caled respondió con indignacion: "perros Cristianos, el tributo, el Koran o la espada. Nosotros gustamos de pelear, y despreciamos vuestros dones, puesto que pronto seremos dueños de vuestras riquezas, de vuestras familias y de vuestras personas."

Apesar de esta jactancia, Caled conocia la su-

perioridad de las fuerzas contrarias. Los veteranos de su ejército, que habían peleado con las formidables falanges de Cosroes, decían que las de Werdan las exedían en valor, en fuerza, en armamento y en disciplina. Pero el astuto Muslim se valió de esta misma circunstancia para inflamar el entusiasmo de los suyos. “Ya veis, dijo, que vamos a lidiar con todo el poder unido del imperio Romano. Es imposible retroceder: es imposible evitar el combate, pero es fácil conquistar la Siria en un solo día. El éxito depende de vuestra paciencia y de vuestra disciplina. Disponeos a esgrimir esta tarde las cimitarras, pues esta es la hora en que ganó sus victorias el profeta.”

Los Griegos atacaron, y los Musulmanes sostubieron con firmeza su primer impulso. Caled mandó que permaneciesen firmes los escuadrones, apesar del diluvio de dardos que sobre ellas caía. Cuando los enemigos habían agotado sus fuerzas en inútiles carreras y maniobras, se desplomó sobre ellos el torrente de fanaticos, haciendo temblar los aires con los gritos: “Paraiso, paraiso.” La acción duró un momento; cincuenta mil Cristianos perecieron a manos de los Arabes; los restos del ejército imperial huyeron a Cesarea, Antioquia, y Damasco. El

riquísimo botín que produjo esta victoria acabó de inflamar el celo de los creyentes: componiase de magníficas banderas, cruces, y cadenas de oro y plata, joyas preciosas, y sobre todo de una inmensa cantidad de espadas, lanzas, y ricas y fuertes armaduras. Caled dispuso que no se hiciese la distribución de estos tesoros hasta después de la toma de Damasco; pero las armas cogidas al enemigo sirvieron oportunamente para conseguir nuevas ventajas. Cuando llegó tan feliz noticia al trono del califa, las tribus Arabes que hasta entonces se habían mostrado indiferentes a las doctrinas del profeta, las abrazaron con entusiasmo, y corrieron a unirse con las tropas vencedoras de Caled.

Los habitantes de Damasco vieron muy en breve aproximarse a sus muros los vencedores de Aiznadin. Amrou mandaba la vanguardia a la cabeza de nueve mil caballos; seguían innumerables tropas de Sarracenos, y Caled aparecía detrás del ejército, con el estandarte del águila negra en la mano. El activo e incontrastable Derar tubo el encargo de patrullar en torno de la ciudad con dos mil caballos, de interceptar las comunicaciones, y de evitar las salidas de la guarnición. Los otros jefes Arabes se situaron enfrente de las siete puertas de

Damasco, y el asedio empezó de nuevo con extraordinario vigor. Los Sarracenos no empleaban en los sitios la táctica, la astucia, ni las máquinas militares de los Griegos y de los Romanos. Sus hostilidades, en estos casos, se reducían a violentos ataques, y a esperar las consecuencias del hambre y del descontento. Damasco hubiera cedido a las fuerzas superiores que la rodeaban, a no tener en sus muros al valiente Tomas, Griego ilustre, aliado a la familia de Heraclio, el cual viendo que el entusiasmo religioso era el móvil principal de los sitiadores, quiso emplear el mismo resorte para la defensa. Arengó a los soldados, inflamó su celo, avivó sus esperanzas, y todos ellos se ofrecieron a hacer una salida general al día siguiente. El tumulto y la iluminación de la noche, anunciaron a los Muslimes el combate que les aguardaba. En la puerta principal, y a vista de los dos ejércitos, se erigió un gran crucifijo. El obispo, a la cabeza del clero, y con el libro del Nuevo Testamento en las manos, se arrodilló ante aquella imagen, y anunció al pueblo que el hijo de Dios acudiría a la defensa de su causa. La batalla empezó con furor: Tomas, que manejaba el arco con incomparable destreza, abatía muchos de los principales jefes enemigos. La

muger de Aban, que lo habia seguido a la guerra, y habia combatido a su lado, al verlo caer mortalmente herido, recogio sus ultimos suspiros, y lo enterró en el mismo campo de batalla, sin exalar un quegido, y sin derramar una lagrima. “¡Dichoso tú,” dijo fijando la vista en el cadaver, “que has ido a reunirse con Alah, y a gozar el galardón de tus virtudes! Yo vengaré tu muerte, y haré cuanto esté a mis alcances para reunirme con el amado de mi corazon en la mansion de los justos.” Dicho esto, se apoderó del arco, a cuyo egercicio estaba acostumbrada desde su mas tierna juventud, y buscó al que la habia privado de su esposo. Su primera flecha postró al porta-estandarte del egercito; la segunda hirio a Tomas en un ojo. Mas el generoso campeon de Damasco no quiso abandonar a los suyos; la pelea duró hasta ponerse el sol, y los sitiados permanecieron sobre las armas. En el silencio de la noche, la campana de la catedral dio la señal de otro combate. Abrieronse las puertas de la ciudad, y por cada una de ellas salio una columna formidable. Los Arabes yacian entregados al descanso; pero Caled estuvo mui en breve a caballo, y con cuatrocientos ginetes detubo a los Cristianos dando tiempo al resto del

ejército para que se preparase, y ocupase los puntos mas arriesgados. Los Muslimes no solo rechazaron a sus enemigos, si no que los arrollaron por flanco y espalda. Los Cristianos perdieron millares de combatientes, y entraron amedrentados en la ciudad, hasta cuyos muros llegaron sus perseguidores.

Despues de un sitio de setenta dias, ensangrentado por muchos reñidos encuentros, el hambre y la fatiga rindieron la paciencia de los sitiados. Una diputacion de cien individuos de los mas respetables del clero y de la nobleza se presentó en la tienda de Abu Obeidah, que se habia dado a conocer por su humanidad y blandura, como Caled por su fiereza y arrojo. El venerable Mahometano los recibio con cortesia, y estipuló las condiciones de la rendicion, que consistian en la cesacion de las hostilidades, en la seguridad de los habitantes que quisieran abandonarla, con los bienes que llevasen consigo; en la imposicion del tributo, y en el libre uso de la religion Cristiana, con siete iglesias para su ejercicio. Dieronse rehenes por uno y otro ejército, y Abu Obeidah ocupó una de las principales puertas de la ciudad, a la cabeza de sus soldados, que imitaron su moderacion, recibiendo las bendiciones de los habitantes,

que veian en él mas bien un protector que un enemigo. Pero Caled, que o no sabia, o desaprobaba la capitulacion, atacó la plaza, por otro punto distante, y entró en ella con cien Arabes feroces, gritandoles que no diesen cuartel, y esterinando todo cuanto se presentaba a su vista. Las calles que atravesó quedaron regadas de sangre, y cubiertas de cadaveres. Al llegar a las puertas de la iglesia de Santa Maria, vio con extraordinaria sorpresa que sus compatriotas estaban en actitud pacifica, envainadas las cimitarras, y conversando tranquilamente con los habitantes. Abu Obeidah le salio al encuentro. “Alah, le dijo, ha puesto la ciudad en mis manos, y ha evitado a los fieles el trabajo de pelear. Los Nazarenos se han rendido.” “¿Crees tú, respondió Caled, que no soy yo el teniente del gefe de los Muslimes? ¿No he tomado la ciudad por asalto? Los infieles pereceran a los filos de mi acero.” Al decir esto, mandó a los suyos que atacasen a la muchedumbre indefensa, y Damasco hubiera sido convertida en una espantosa soledad, si Abu Obeidah no se hubiera interpuesto entre los verdugos y las victimas, amedrentando a los barbaros con su firmeza y resolucion. Los dos gefes entraron en la iglesia, y tubieron una larga

y acalorada conferencia, en la cual Abu Obeidah empleó todos los argumentos que su sano juicio le sugeria en demostrar la necesidad de observar la capitulacion. “¿Qué juicio, decia, formarán de nosotros los Cristianos? ¿Creeran en la santidad de nuestra religion si nos ven infringir la fe de los juramentos? ¿Creeran en la divinidad de la mision del profeta si ven que sus discipulos se complacen en verter sangre inocente? ¿Y qué haran las otras ciudades de Siria, si no es defenderse hasta la ultima estreñidad, y preferir mil veces la muerte a la su-mision?” Caled cedió con repugnancia a estas razones, y consintio en que la parte de la ciudad que habia reconocido la autoridad de su compañero, gozase de los beneficios del tratado, y que los otros puntos serian decididos por la sabiduria del califa. La mayoría de los habitantes aceptó el partido de obedecer con las ventajas estipuladas. Estas se han conservado hasta nuestros dias, y Damasco contiene en la actualidad mas de quince mil Cristianos.

Pero Tomas, y los valientes que habian peleado bajo sus banderas prefirieron la emigracion, y todos los peligros que probablemente debian acompañarla. En los prados vecinos a la ciudad, se formó un campamento en que se

amontonaron nobles, villanos, sacerdotes, militares, mugeres, y niños. Cada cual se habia provisto de lo mejor que poseia, y el porvenir les presentaba una peregrinacion amarga, y un termino incierto y remoto. Caled no se apiadó de sus lagrimas, ni de su miseria; consintio a duras penas que los fugitivos tomasen algunas armas para su defensa, y declaró solemnemente que pasado el termino de tres dias, los miraria como enemigos del Koran, y los perseguiria implacablemente hasta su total destruccion.

Lo que consumó la desgracia de los proscritos fue el amor que se apoderó del corazon de uno de los nobles de la ciudad. Llamabase Jonas, y su prometida esposa Eudocia era tan hermosa como rica, y tan resuelta como amable. Los parientes de esta habian diferido el enlace hasta que pasase la tormenta que amenazaba a su patria. Los dos amantes, que no podian sobrellevar esta dilacion, huyeron de la ciudad, a los principios del asedio, seduciendo a los que guardaban una de sus puertas. Mas al salir de los muros fueron sorprendidos por una partida de Sarracenos. Eudocia que iba a caballo, a cierta distancia de su amante, volvio riendas y entró en Damasco. Jonas cedio al terror que llevaba consigo el nombre de

Caled, y en su presencia confesó al Dios de los Musulmanes, y a Mahoma por su profeta. Despues permanecio a su lado, desempeñando con celo, durante el sitio, las obligaciones de soldado, y de creyente. Cuando las tropas Arabes se apoderaron de la ciudad, el apostata, que habia renegado de su Dios mas no de su dama, buscó por todas partes a la que reinaba en su corazon, y la encontro en un monasterio, donde habia ido a guarecerse del furor de los vencedores. La intrepida doncella despreció al que ya no era digno de sus afectos, y a pesar del favor de que gozaba Jonas entre los Musulmanes, Eudocia obtuvo el permiso de salir de la ciudad y de reunirse con los emigrados. Caled cumplió su palabra, y se mantubo tres dias inactivo, aunque disponiendo los medios de saciar su implacable sed de venganza y de destruccion. Espirado aquel termino, se puso en camino, con cuatro mil caballos, y bajo la direccion de Jonas, que conocia perfectamente los alrededores, y que deseaba aun con mas ansia que Caled dar alcance a los profugos. Los Arabes tubieron noticias del giro que habian tomado, hasta que llegaron al pie del Libano, donde perdieron enteramente sus trazas. Internaronse sin embargo en aquellas asperas

montañas, exitados por el enamorado Jonas, que no queria consentir en perder el obgeto de sus ansias. En esta jornada sufrieron grandes privaciones y fatigas, y no tardaron en saber que el emperador habia enviado mensageros a Tomas y a los que lo acompañaban, con orden de que se dirigiese a Constantinopla, por el camino mas corto, afin de que las otras provincias de Siria no desmayasen con el aspecto de sus infortunios, y con las malas noticias que llevaban. Los Sarracenos atravesaron los territorios de Gabala, y de Laodicea, procurando no acercarse a estas ciudades, ni a las otras que encontraban en el camino. Despues de muchos dias de lluvias y borrascas, y de otras tantas noches oscuras y penosas, llegaron por fin a descubrir las tiendas de la misera colonia. Caled detubo a sus escuadrones, hizo oracion y tomó las disposiciones del ataque, confiando la vanguardia a Derar, y reservandose el mando del grueso de su egercito. El ataque y la derrota fueron obra de un momento. Los Cristianos, vencidos ya por la fatiga y por la pesadumbre hicieron una debilisima resistencia. Todos ellos perecieron, sin distincion de sexo ni edad, exepto una sola cautiva, a quien despues dejaron libre, por uno de aquellos caprichos tan comunes entre gentes

barbaras y feroces. En medio del tumulto de la accion, y mientras los Arabes se ocupaban en apoderarse de las riquezas que cubrian la llanura, Jonas descubrio al obgeto de su amor. "Te desprecié," dijo con noble arrogancia, "cuando abandonastes la fe de tus padres. Ahora, que te veo convertido en asesino de tus hermanos, te execro y te maldigo;" al decir estas palabras alzó intrepidamente un puñal, y se atravesó el pecho. Caled, que habia penetrado mas de sesenta leguas en los dominios del emperador, le envió un mensaje, desafiando su poder: pero viendo que las tropas imperiales podrian facilmente cortarle la retirada, volvio con prontitud y secreto a los muros de Damasco.

En otra expedicion que hicieron poco despues los conquistadores de aquella ciudad, dieron nuevos testimonios del celo fanatico que les habia inspirado el fundador del Islamismo. Supieron que en la feria de Abila, pueblo distante diez leguas de Damasco, se reunian riquezas considerables de todos los paises inmediatos; que en aquella ocasion acudian muchos peregrinos a visitar la celda de un santo anacoreta, y que ademas de estos motivos de fiesta y reunion, debian celebrarse aquel año en el mismo punto las bo-

das de la hija del gobernador de Tripoli. Abdallah, hijo de Jaafar, célebre entre los Muslimes por su piedad y su sabiduría, emprendió con quinientos caballos la santa obra de despojar a los infieles. Al acercarse al pueblo, tubo noticias de la gran muchedumbre armada que estaba ya reunida en él, además de cinco mil guerreros que servían de escolta a la novia. Los Sarracenos intimidados se detubieron hasta ver la resolución que tomaria su gefe. “Hermanos,” gritó Abdallah, “tome cada cual el partido que mas le convenga. Yo por mi parte no me atrevo a volver la espalda. El peligro es grande : pero la recompensa sera gloriosa, ora en este mundo, ora en el otro.” Sin volver el rostro a sus soldados, apretó espuelas al caballo, y se encaminó acia la colina en que estaba situada Abila. Todos sus ginetes lo siguieron con igual ardor. Los Cristianos, recobrados de la primera sorpresa, y animados por la superioridad de su numero, embistieron por todas partes a sus enemigos, y los obligaron a defenderse, durante muchas horas, sin darles un momento de descanso. Los Arabes perdian mucha gente, y ya sus brazos no podian resistir el cansancio de una lucha tan ostinada y tan desigual. Al ponerse el sol se descubrio una nube de polvo en el orizonte. Era Caled, que

venia a socorrer a los creyentes. Su impetuoso acometimiento deshizo los escuadrones Cristianos. Todos huyeron confusamente a Tripoli, dejando en manos del vencedor, la novia con cuarenta de sus amigas, los generos y ganados de la feria, y una enorme cantidad de dinero y de joyas.

Despues de la toma de Damasco, los defensores del Koran, siguieron apoderandose del territorio de Siria. Esta provincia fue una de las que mas temprano gozaron de los beneficios del cultivo y de la vida sedentaria. La cercania del mar, la elevacion de los montes, y la abundancia de bosques y maleza templan los rigores del clima. La fertilidad del terreno fomenta la propagacion de hombres y animales. Desde los tiempos de David hasta los de Heraclio su territorio estuvo cubierto de ciudades florecientes y populosas, y aun despues de la guerra de Persia, y de los desastres que de ella resultaron, Siria ofrecia un aliciente seductor a la codicia de las tribus del desierto. El curso tortuoso del Orontes riega una magnifica llanura de cuarenta leguas de estension, en cuyas estremidades estaban situadas las ciudades de Damasco, Alepo, y Antioquia. Las sierras del Libano y del Anti-Libano cruzan de norte a sur entre el Orontes y

el Mediterraneo, y al pie de sus faldas está el hermoso valle, llamado *hueco*, por su profundidad, celebre en aquellos tiempos por la abundancia y belleza de sus productos.

Entre las ciudades que enriquecian aquella region, se distinguian las llamadas en Griego Emesa, y Heliopolis, y en Arabe, Hems y Baalbec. La primera era metropoli de la llanura, y la segunda del valle de que hemos hecho mencion. Bajo el reinado de los ultimos Cesares, eran fuertes y populosas ; sus torres brillaban de lejos con los adornos esplendentes que las cubrian ; sus edificios publicos y privados eran grandes y bellos, y sus habitantes famosos en todo el oriente por su lujo, por sus riquezas y por su generosidad. En ambas se practicaba el culto de Baal, o del Sol, pero la declinacion de su antigua magnificencia ha seguido diferentes vicisitudes. Ni un solo vestigio se conserva del templo de Emesa, que los antiguos escritores y poetas comparan en altura a los picos magestuosos del Libano ; en tanto que las ruinas de Baalbec, desconocidas a los autores de la antigüedad, causan la admiracion, y exitan la curiosidad del viagero moderno. El templo principal tiene doscientos pies de largo, y ciento de ancho. Adorna la fachada un doble portico de ocho columnas : ca-

torce son las que sostienen el techo, en cada uno de los lados del edificio, cada una de cuarenta pies de alto, y compuesta de tres enormes trozos de esquisito jaspe. Las proporciones son Griegas, y los adornos, del gusto Corintio. La magnificencia y la riqueza de estas ruinas indican la antigua opulencia de la ciudad. Todas estas importantes posesiones cayeron en manos de los Sarracenos, las unas por la fuerza de las armas, las otras por la astucia de la politica. Tubieron la destreza de disolver la union del enemigo, con treguas cortas y separadas; acostumbraron a los habitantes a comparar su proteccion con su enemistad; los familiarizaron con su religion, con su idioma y con sus costumbres, y por medio de compras clandestinas se apoderaron de las provisiones y almacenes de las plazas cuya conquista querian emprender. A las mas obstinadas y rebeldes impusieron dobles tributos, y una sola de ella les pagó cinco mil onzas de plata, otras tantas de oro, dos mil tunicas de seda, y cinco mil cargas de higos y de olivas. Pero al mismo tiempo observaban escrupulosamente las capitulaciones, y cuando las ciudades estaban divididas en facciones y revueltas, aguardaban tranquilamente en las cercanias, que el pueblo cansado de

tanta opresion y desorden implorase el auxilio de las armas estrangeras.

La conquista de la llanura y del valle de Siria duró menos de dos años. Sin embargo el gefe de los creyentes reprendió a los generales por falta de prontitud y energia, y los Sarracenos, avergonzados y temerosos de que el profeta castigase la lentitud de su celo, exitaron a sus caudillos y mas de una vez se pusieron en marcha y tomaron las armas sin aguardar sus ordenes. Entretanto el emperador de Oriente no pudo ver sin inquietud la perdida de tan vastos dominios, ni los progresos de aquel pueblo feroz y belicoso, que la religion habia transformado de una tribu vagabunda de ladrones, en un estado opulento, formidable y constituido ya con leyes algo mas solidas que las de Triboniano. Ochenta mil soldados de las provincias de Asia y Europa fueron enviados a Cesarea, y Antioquia. Las tropas ligeras de este egercito se componian de Arabes Cristianos, de la tribu de Gasan, mandados por Jabalah, el ultimo de sus principes. Era maxima de los Griegos que el diamante se corta con diamante. Heraclio no quiso comprometerse en los riesgos de aquella campaña, y sea por miedo de los

Arabes, o por sobrada confianza en sus tropas, mandó que la suerte de la guerra quedase decidida en una sola batalla. Los habitantes de Siria eran adictos al imperio, y fieles a su religion: pero los exasperaban la injusticia y la crueldad de las tropas, que los oprimian como subditos, y los despreciaban como extranjeros. La noticia de tan vastos preparativos llegó a los Sarracenos, en su campamento de Emesa. Desde luego resolvieron pelear, mas les pareció conveniente convocar un consejo, para trazar el plan de las operaciones. Abu Obeidah, que solo deseaba morir por la lei del profeta, fue de opinion que se aguardase el ataque de los Cristianos, en aquel mismo punto; Caled dijo que el egercito debia retirarse a las fronteras de Palestina y Arabia, y aguardar alli los socorros que la urgencia del caso requeria. Entretanto llegó al campamento un mensagero de Medina, con las bendiciones de Omar y Ali, las oraciones de las viudas de Mahoma, y el anuncio de un refuerzo de ocho mil creyentes. Estos encontraron y derrotaron en el camino una division de las tropas imperiales, y cuando se unieron con sus hermanos, supieron que Caled habia ya aterrado y confundido a los guerreros de Jabalah. En las inmediaciones de Bosra, el

torrente de Hermon baja a la llanura de Decapolis, o de las diez ciudades. Este mismo raudal toma despues el nombre de Hieromax, nombre que los pueblos orientales convirtieron en Yermuk, y se pierde en el lago Tiberiades. Las orillas de esta oscura corriente fueron ilustradas por una accion sangrienta y encarnizada. Abu Obeidah, conociendo cuan arduas eran las circunstancias, se despojó modestamente del mando, y lo confió a Caled. Este se puso a la cabeza de las tropas, y colocó a su compañero en la retaguardia, para que su presencia, y la bandera amarilla que llevaba, y que era la misma que el profeta habia desplegado en los valles de Chaibar, contubiesen e impusiesen respeto a los fugitivos. La ultima linea se componia de las mugeres que se habian alistado para aquella expedicion. Mandabalas la hermana de Derar, y todas ellas manejaban diestramente el arco, y habian defendido su castidad de los insultos de las tropas Cristianas. La arenga del general fue breve, pero energica y persuasiva. “ El paraíso esta delante; el fuego del infierno está detras.” Sin embargo, tal fue el impulso de la caballeria Griega, que la Sarracena se vio separada del cuerpo principal. Tres veces se retiraron desordenados, y tres veces los hicieron

volver al encuentro los denuestos y las reconven-
ciones de los mugeres. En los intervalos de
la accion, Abu Obeidah, visitó y administró
remedios a los heridos, oró en presencia de todos
los guerreros, y los reanimó con la considera-
cion de que los enemigos sufrian los mismos
males que ellos, sin la esperanza del galardón
que los aguardaba. Cuatro mil y treinta Mus-
limes fueron enterrados en el campo de batalla;
setecientos fueron heridos en un ojo, a efecto
de la estraordinaria destreza de los arqueros
Armenios. Los veteranos del egercito Muslim
confesaron que aquella jornada habia sido la
mas dura y sangrienta de cuantas habian presen-
ciado: pero, como todas las de la campaña, fue
decisiva. Muchos millares de Griegos y Sirios
cedieron al alfange de los Sarracenos; muchos
perecieron a manos de sus perseguidores en los
bosques y en las montañas; muchos se ahoga-
ron en las aguas del Yermuk. Manuel, gene-
ral en gefe de las tropas imperiales murio segun
unos en Damasco, y segun otros se refugió en
el monasterio del monte Sinai. Jabalah volvio
a la corte de Constantinopla, deplorando la pre-
ferencia que habia dado a la fe de Cristo, mien-
tras su nacion se engrandecia y prosperaba bajo
las banderas de Mahoma. Los vencedores

gozaron un mes de descanso y de placer en la voluptuosa Damasco; el botin se distribuyó por el justo y prudente Abu Obeidah, dando igual porcion a hombres y caballos, y doble a los que eran de casta Arabe pura.

Despues de la batalla de Yermuk, el egercito de Heraclio no pudo presentarse en el campo de batalla. Los Arabes consultaron al califa sobre las empresas ulteriores, y Ali les mandó poner sitio a Jerusalem. A los ojos de un profano esta ciudad era la primera o segunda capital de Palestina; pero los Arabes la reverenciaban por haber sido teatro de las revelaciones de Moises, de Jesus, y del mismo Mahoma. El hijo de Abu Sofian tomó el mando de una expedicion de cinco mil hombres, con el designio de aventurar un golpe decisivo, o de hacer un tratado favorable a la causa del Islam: pero a los once dias de sitio, Abu Obeidah se acercó a los muros, con todas las fuerzas que tenia a su disposicion. Su primera diligencia fue dirigir la intimacion siguiente a los habitantes: “salud y felicidad a los que siguen el camino derecho. Exigimos de vos que confeseis que no hai mas que un Dios, y que Mahoma es su profeta. Si os negais a este mandato, pagad el tributo, y someteos a nuestra autoridad. Si asi no lo

haceis, iran contra vosotros los guerreros de Islam, que aman la muerte, como vosotros amais el vino y la carne de puerco. Tened entendido, que, si Dios quiere, no saldre de vuestros muros, hasta haber esterminado a los que pelean por vosotros, reducido a cautiverio vuestros hijos, y abrasado los templos de vuestra idolatria."

Jerusalem estaba defendida por valles profundos, y subidas escarpadas. Desde los principios de la invasion de Siria, se habian dispuesto en torno de sus muros formidables maquinas de guerra, capaces de hacer una ostinada resistencia. La obligacion de defender el sepulcro de Cristo llenaba de entusiasmo a los guerreros de diferentes naciones, que, huyendo de las derrotas anteriores, se habian acogido a sus muros. El sitio duró cuatro meses, y no pasó un solo dia sin salida o sin asalto. Los Arabes sufrieron considerables perdidas por el juego de las maquinas de guerra, y por las lluvias y borrascas del invierno. Pero los Cristianos cedieron a los temores que les inspiraban el arrojo y la constancia de sus enemigos. El patriarca Sofronio se presentó en las murallas, pidio una conferencia, y en ella propuso una capitulacion, con la clausula espresa de que

fuese ractificada por el mismo Omar en persona. Este singular articulo fue discutido largamente en el consejo de Medina, y no parecio tan violento a los Mahometanos, por el respeto con que miraban la ciudad que Jesus habia ilustrado con su egemplo y con sus profecias. Ali opinó que el califa debia honrar con su presencia la toma de aquella importante ciudad. Omar, el conquistador de Persia y de Siria, el gefe de cien tribus, el rival del emperador de oriente, se puso en marcha, montado en un camello rogizo, que ademas de su persona, llevaba un saco de trigo, otro de datiles, una escudilla de madera, y una bota de cuero llena de agua. Donde quiera que se paraba a descansar, convidaba a todos los pasajeros por pobres y humildes que fuesen, a participar de sus frugales provisiones. Pero si en esta jornada, Omar no hizo alarde de la pompa triunfal de los Cesares, ostentó la justicia de Aristides, y la humanidad de Tito. Los pueblos de su transito recibieron de sus manos beneficas el alivio de los males que los agoviaban. Reformó los tributos exesivos; castigó a los opresores de las clases pobres; censuró el lujo de sus soldados, y los despojó con indignacion de las joyas y tunicas de seda que los cubrian. Al llegar enfrente de los muros

de Jerusalem, plantó su tienda a la sombra de un palmero, y exclamó con entusiasmo: "Dios es victorioso. Dios del profeta, pon en manos de los creyentes la morada del justo." Después de firmar la capitulación, entró en la ciudad sin aparato y sin recelo; conversó con el patriarca sobre las antigüedades de Palestina; entró con él en el templo de la resurrección; trazó el plan de una mezquita en el sitio en que estuvo el templo de Salomón, y durante los diez días de su permanencia en la ciudad se ocupó en arreglar el gobierno de Siria, y las disposiciones necesarias para las conquistas ulteriores. Terminada esta expedición, Omar volvió a la tumba del profeta, sin haber tomado la menor parte de los despojos que su ejército había obtenido.

Las tropas Arabes fueron divididas en dos cuerpos; el uno, formado de guerreros escogidos, quedó en el campamento de Palestina; el otro, bajo las órdenes de Abu Obeidah, y Caled, marchó acia al norte, contra Antioquia y Alepo. La última de estas ciudades no había adquirido todavía el esplendor y la importancia que le dieron después la política y el comercio de los Arabes. Los habitantes, por medio de una pronta sumisión, y alegando su pobreza y

su oscuridad, obtuvieron una capitulacion suave. Pero el castillo de Alepo estaba separado de la poblacion, y edificado en una altura, rodeada de hondos precipicios y de anchos fosos, que llenaban de agua los raudales de las montañas vecinas. A la cabeza de su guarnicion estaba el intrepido Joukinna, que dio muerte a su hermano, religioso de vida egemplar, por haber hablado de rendicion. El sitio de esta fortaleza, uno de los mas sangrientos de la guerra de Siria, duró de cuatro a cinco meses; los Arabes perdieron muchas vidas, y se retiraron a distancia de una milla, fingiendo abandonar la empresa. Pero el gobernador no se dejó seducir por esta estratagema, ni la guarnicion desmayó al ver desde los muros trescientos de sus compañeros, degollados por los sitiadores. Abu Obeidah escribio al califa que su paciencia y la de sus tropas iban agotandose; que la plaza era realmente inespugnable, y que el egercito pereceria de hambre y de cansancio, si no se ponia un pronto termino a tan desgraciada campaña. El califa le respondió: “ Dios está con nosotros. No te aleges de los muros del castillo de Alepo, si no quieres que cargen sobre ti todos los perros de la Cristiandad. Ten constancia; persevera en la empresa; esparce tus caballos

en los campos vecinos, y el Dios del profeta decidira lo que mas convenga a la causa que defendemos." Despues de recibida esta orden acudieron al egercito sitiador considerables refuerzos, de diferentes puntos de Asia y Africa. Entre los recién-venidos, se distinguia Dames, hombre de oscuro nacimiento, pero de estatura gigantesca, y de inapeable resolucion. A los cuarenta y siete dias de su llegada, propuso apoderarse del castillo con solo treinta hombres. Caled recomendó su proyecto, y por su disposicion, el campamento se situó a distancia de una legua de la plaza. Dames y sus treinta aventureros quedaron emboscados entre unas malezas, al pie de la montaña. Cerrada que fue la noche, se acercaron al punto mas difícil del recinto, y que por lo mismo habia sido descuidado por la guarnicion. Siete hombres subieron unos en los hombros de otros, sosteniendo todo el peso los robustos miembros de Dames. De este modo pudieron saltar a las almenas, y matar al unico centinela que por aquella parte las guardaba. Dames examinó el palacio del gobernador, que celebraba en alegre convite la retirada de los sitiadores. De alli se dirigió con sus compañeros a la puerta principal; acuchilló a la guardia, echó el puente levadizo, y sostuvo

el ataque de la guarnicion, valido de la oscuridad, y de la estrechura de la entrada. Caled llegó con el grueso del egercito, al rayar el dia, y terminó el conflicto, entrando de golpe, con fuerzas superiores, y abatiendo las de los Cristianos. Ioukinna abrazó el Mahometismo, y el egercito permanecio en la fortaleza hasta que Dames se hubo curado de sus heridas.

La capital de Siria estaba defendida por el castillo de Auzaz, y por el puente de hierro sobre el Orontes. Despues de la perdida de estos importantes apoyos, y de la derrota de una division de tropas imperiales, Antioquia cedio a las leyes del vencedor. Pudo sin embargo alejar la tormenta con una contribucion de trescientas mil piezas de oro: pero el trono de los sucesores de Alejandro, el centro del gobierno Romano en Oriente, que habia sido decorado por los Cesares con los titulos mas pomposos, decendio bajo el yugo de los Muslimes, a ciudad de segunda clase, perdiendo de un golpe su impórtancia y sus privilegios.

Entretanto el emperador Heraclio, en lugar de defender en persona las magnificas provincias que formaban el nervio y esplendor del imperio de oriente, vivia entregado a disputas metafisicas sobre las cuestiones mas oscuras y absur-

das de la teologia. Constantino su hijo mayor, se habia situado en Cesarea, metropoli civil de las tres provincias de Palestina; pero sus intereses privados lo llamaban a la corte, y despues que su padre hubo abandonado las provincias de Siria, conocio que no podia resistir a las fuerzas Musulmanas. Su vanguardia fue atacada de repente por trescientos Arabes, y mil esclavos negros, que en el corazon del invierno subieron a las nevadas cimas del Libano, y que abrieron el camino a los incansables escuadrones de Caled. Tripoli y Tiro fueron vendidas a los Mahometanos; un numeroso convoi abordó a los puertos sometidos, y les llevó armas y soldados. Al fin la conquista de Siria terminó por la capitulacion de Cesarea. Sus habitantes, abandonados por Constantino solicitaron el perdon del representante del califa, ofreciendole doscientas mil piezas de oro. Las ciudades que aun no habian abierto sus puertas a los vencedores, imploraron su proteccion. Siria dobló el cuello a la cimitarra y al Koran, setecientos años despues de haber sido arrancada al yugo Macedon por las armas de Pompeyo.

En los sitios y encuentros de seis campañas reñidas las tropas Arabes perdieron millares de combatientes. Todos ellos murieron con la fama

de martires, y con un celo y alegria que justificaban aquella opinion. Un joven Arabe herido mortalmente en aquella guerra, decia a su familia, poco antes de exalar el ultimo aliento: “no creais que me han movido a tomar las armas, las riquezas, y las delicias del pais que ibamos a conquistar. Lo que unicamente he buscado es el favor de Dios y el del profeta: porque los que tienen la dicha de morir en esta santa lucha, se transforman en pajaros verdes, y gozan del privilegio de comer las frutas de los arboles del paraíso.” Los cautivos sufrían la dureza de su suerte con la mayor resignacion. Un sobrino de Mahoma que cayó en manos de los Cristianos, estuvo tres dias sin tomar alimento, por no probar la carne de puerco y el vino que sus vencedores le ofrecian. Los que tubieron la suerte de sobrevivir a tantos peligros, se astenian de los goces terrenos, y ponian todo su esmero en no abusar de la victoria. Abu Obeidah no permitio que sus tropas descansasen mas de tres dias en Antioquia, porque no se corrompiesen con las delicias de aquella ciudad. Asi lo escribio al califa, añadiendo que él mismo hubiera sido victima del contagio, a no haberlo preservado la oracion y la penitencia. Omar, aunque riguroso consigo mismo, era generoso

e indulgente con sus hermanos. “Dios” le decia en respuesta, “no ha prohibido el uso de las buenas cosas de este mundo a los hombres fieles, que han cumplido con su obligacion. Por tanto hubieras debido gozar de los placeres de esa tierra. Si alguno de los Sarracenos no tiene familia en Arabia puede casarse con una muger Siria, y no impidas que el que pueda comprar esclavas tome cuantas quiera.” Los Arabes se aprovecharon de este permiso, mas atribuyeron al abuso que de él hicieron la enfermedad que arrebató veinte y cinco mil creyentes, y destruyó casi todos los ganados de la provincia. Abu Obeidah y Caled murieron durante aquella conquista. El primero se hizo amar de los Cristianos por su generosidad y beneficencia; el segundo se creia invulnerable interin conservase un turbante bendecido por las manos de Mahoma. A su irresistible espada se debio en gran parte la rapida propagacion del Islamismo en Siria y en Arabia.

Siria llegó a ser el gran arsenal de la fe del profeta; sus rentas, sus guerreros, las numerosas escuadras de sus magnificos puertos fueron esclusivamente consagradas a estender y consolidar la autoridad de los califas. Desde aquella provincia, los Arabes se internaron acia el norte,

pasaron el monte Tauro, y sometieron a Cilicia, con Tarso, su capital, antiguo monumento de los reyes de Asiria. Mas allá de las ultimas ramificaciones de aquella montaña esparcieron la llama de la guerra, mas bien que la luz de la religion, hasta las playas del Euxino, y las cercanias de Constantinopla. Por la parte de oriente, llegaron hasta los manantiales del Eufrates y del Tigris, atropellando la barrera que por tanto tiempo habian disputado Romanos y Persas, y sometiendo a Edesa, y a otras grandes ciudades, que habian resistido a las armas de Sapor. Acia el occidente, la mar limitaba los progresos de los Muslimes; pero se apoderaron del Libano, con cuyos cedros construyeron una escuadra de mil y setecientos buques, ante la cual huyó la marina del imperio, desde las rocas de Pamfilia hasta el Helesponto. Hicieronse dueños del mar, y desembarcaron muchas veces en Chipre, en Rodas, y en las islas Cicladadas. Trescientos años antes de la era Cristiana, el memorable, aunque infructuoso sitio de Rodas por Demetrio, suministró a la republica de Rodas los medios de aumentar su marina, y de elevar uno de los mas soberbios trofeos que han erigido las manos del hombre. En la entrada de la bahia se alzó una

estatua de bronce, consagrada al dios Apolo, que tenia setenta codos de alto. Despues de haber permanecido intacto aquel coloso durante cincuenta y cinco años, lo destruyó un terremoto, y los fragmentos ocuparon, por espacio de ocho siglos, una gran estension de tierra, causando admiracion, aun en aquel estado imperfecto, por lo gigantesco de las dimensiones, y por el primor de la obra. Los Sarracenos los recogieron, cuando ocuparon la isla, y los vendieron a un Judio de Edesa, que cargó novecientos camellos con aquellos restos portentosos. En la misma ciudad habia otros trescientos colosos, y tres mil estatuas todas de bronce.

CAPITULO V.

Conquista de Egipto por los Arabes. Menfis, Babilonia, y Cairo. Toma de Alejandria.

AMROU fue el primer Sarraceno que plantó el estandarte de Mahoma en la tierra inmortalizada por Sesostris, por los Tolomeos y por Cleopatra.

La madre de Amrou era una muger pública, que no pudo distinguir a su padre entre seis amantes con quienes habitualmente vivia. La semejanza de las facciones fue la unica prueba que alegó para atribuirselo al Koreishita Aasi. En su juventud descubrió algun genio poetico, y lo empleó en componer satiras y epigramas contra la fe del profeta. Con el designio de perseguir a los Mahometanos que se habian refugiado en Etiopia, pasó a la capital de aquel estado, donde fue convertido al Islamismo, por uno de los amigos del fundador. Uniose con Caled. Desde entonces toda su ambicion se redujo a mandar en gefe un egercito de cre-

yentes, y sus hazañas en Palestina, y el gran numero de Cristianos que perecieron a los filos de su cimitarra le merecieron al fin el honor a que aspiraba. Sin aguardar ordenes superiores, entró en Egipto, y dio cuenta al califa de sus proyectos. Omar confiaba en la proteccion divina, pero temia con razon los grandes ostaculos que se oponian al exito de tan temeraria expedicion. Las ciudades de Egipto eran muchas, ricas y populosas; su arquitectura fuerte y solida; el Nilo, con sus numerosas ramificaciones, era una barrera casi insuperable, y los graneros de la capital encerraban provisiones para muchos años, habiendose reunido en ellos muchas cosechas de aquel terreno cuya fertilidad no tiene egemplo en el globo. Amrou no tenia mas que cuatro mil soldados, pero el gefe de los creyentes no quiso desanimarlo, ni privar a su religion de los opulentos dominios con que la suerte de las armas, y el valor de sus tropas podrian enriquecerla. “Si estás en Siria,” respondió al temerario Amrou, “no pongas el pie en Egipto. Si estás en Egipto, sigue adelante; confia en Dios, y en tus hermanos.” Amrou recibio esta carta, cuando todavia no habia pisado el territorio enemigo; mas no quiso romper el sello hasta haber

plantado en él sus tiendas. Entonces reunió a los gefes, abrió el pliego, y enterado de su contenido, preguntó con fingida ignorancia si la tierra en que se hallaban era Egipto o Siria. Informado de la verdad, “obedezcamos, dijo, los mandatos del sucesor de Mahoma,” y dio orden al egercito de ponerse en marcha acia Farmah, o Pelusia. Esta ciudad habia merecido en las guerras anteriores el dictado de *llave del Egipto*. Amrou se apoderó de sus muros, despues de treinta dias de asedio.

Al oeste del Nilo, y a poca distancia de las piramides, se alzaba la esplendida Menfis, que bajo el reinado de los Cesares habia perdido la dignidad de capital, pero que aun conservaba una vasta poblacion, y las riquezas de muchos de los mas poderosos magnates de ciente. El Nilo, cuya anchura, en aquella parte, es de tres mil pies, tenia un puente de noventa barcas, interrumpido por la isla de Rouda, cubierta de jardines y palacios. La estremidad oriental se apoyaba en Babilonia, y en el campamento de una legion del imperio, que defendia el paso del rio, y la entrada de la segunda capital de Egipto. Amrou atacó esta importante fortaleza, despues de haber recibido un refuerzo de cuatro mil Sarracenos, y con el auxilio de las maquinas

de guerra, manejadas por los Sirios que se habian alistado bajo sus banderas. El sitio duró, sin embargo, siete meses, y los invasores estuvieron proximos a perecer en la inundacion periodica del Nilo. Estrechados por este peligro, los Arabes se arrojaron con ciego furor al foso, que estaba defendido con picas de hierro, fijaron las escalas, entraron en la plaza, gritando, "Dios es victorioso," y obligaron a los Griegos a retirarse a la isla. Menfis fue destruida, y una nueva ciudad fundada, en la orilla opuesta del Nilo, confundiendo en su recinto los arrabales de Babilonia. Llamose Cairo, o ciudad de victoria.

Los Arabes, despues de tan gloriosos principios, se hubieran visto obligados a retirarse al desierto, a no haber hallado un auxilio eficaz en el descontento de los habitantes. Victimas de las disputas religiosas suscitadas y terminadas violentamente por Heraclio, los Cristianos de Egipto miraron como libertadores a los enemigos del opresor de sus conciencias, y celebraron con ellos un tratado, en que Mokawkas, noble Egipcio, gobernador de una de las mas ricas provincias, se obligó a levantar el estandarte de la rebellion, y a unir sus armas con las de los Muslimes. En su primera conferencia con Amrou, oyó sin indignacion la acostumbrada alternativa del Ko-

ran, el tributo o la espada. “ Los Griegos, respondió Mokawkas, escogen la espada, mas yo no quiero nada con ellos, ni en este mundo, ni en el otro. Renuncio para siempre al tirano Bizantino, y a su sínodo de Calcedonia*. Mis hermanos y yo estamos resueltos a morir en la fe del Evangelio, y de la unidad de Cristo. Nos es imposible abrazar las revelaciones de vuestro profeta; pero queremos paz con sus sucesores temporales, y estamos resueltos a pagar el tributo que se nos imponga.” Este quedó fijado en dos piezas de oro por cada Cristiano, exeptos los frailes, los ancianos, las mugeres, y los niños de ambos sexos. Los Coftas juraron obediencia al Califa, y se obligaron a mantener por tres dias a los Arabes que transitáran por el pais. Este convenio, cuyos resultados fueron mas bien religiosos que politicos, emancipó del yugo del imperio a los Cristianos Jacobitas, que se habian propagado en las provincias, y que recobraron los templos y riquezas de que habian sido despojados. Su patriarca Benjamin, que se habia

* El concilio de Calcedonia, celebrado en 451, declaró que el verbo humanado se componia *de*, o *por* dos naturalezas. Estas dos particulas, cuyo sentido en aquella aplicacion, no deja de ser enigmático, ha costado torrentes de sangre a la especie humana.

retirado al desierto, fue llamado por Amrou, el cual despues de haber tenido con él varias conferencias, quedó penetrado de admiracion y respeto por sus virtudes, y por la inocencia de su vida. En su marcha de Menfis a Alejandria, el teniente del califa se abandonó de buena fe a la amistad de sus nuevos aliados, los cuales le suministraron profusamente viveres y socorros, y le comunicaron con celosa diligencia cuantas noticias podian adquirir sobre los movimientos y planes del enemigo. El caudillo Arabe recompensó estas pruebas de lealtad, construyendo puentes y caminos, haciendo cuantiosas limosnas, y castigando severamente los ultrages que los habitantes recibian de sus tropas. Los Griegos de Egipto, cuyo numero era igual a la decima parte de los habitantes, se consternaron y desfallecieron al ver este abandono general de sus subditos. Siempre habian sido detestados, mas desde entonces dejaron de ser temidos. Los magistrados huyeron de sus tribunales, y los obispos de sus iglesias. Las guarniciones distantes fueron sorprendidas, o sitiadas por hambre, y ni un solo Griego hubiera escapado con vida, si el Nilo no les hubiese ofrecido una segura retirada.

La fuga y la destruccion de los ministros y satelites de la tirania imperial en el alto Egipto, fa-

cilitaron la reunion armada de los insurgentes, que se congregaron en la isla de Delta, y fortificaron los brazos naturales y artificiales del rio. Los Sarracenos limpiaron el camino de Alejandria, despues de veinte y dos dias de combates. Terminada esta operacion pusieron sitio a la ciudad; empresa memorable, la mas ardua e importante de cuantas se hallan consignadas en los anales de aquella nacion.

Alejandria era a la sazón la primera ciudad comerciante del universo; sus almacenes estaban abundantemente provistos de medios de defensa y de subsistencia; sus numerosos habitantes estaban resueltos a pelear por sus bienes y por su religion; la mar estaba continuamente abierta, y si Heraclio hubiera sido un principe atento a la dignidad de su imperio, y al bien de sus vasallos, ningun ostaculo le impedia enviar sus mejores legiones y escuadras al pueblo que empezaba a eclipsar el brillo de Constantinopla. La circunferencia de la plaza era de tres leguas, pero flanqueada por la mar, y por el lago Mareotis, solo ofrecia un frente reducido a los ataques de las fuerzas terrestres. Los esfuerzos de los Arabes no eran inferiores a la dificultad de la hazaña, y al valor de la presa. Desde el trono de Medina, Omar no perdía de vista aquella terri-

ble crisis. A su voz, las tribus Arabes, y los veteranos de Siria acudieron al apoyo de sus hermanos, inflamados por el celo de la religion, y atraídos por las riquezas y fertilidad del pais de que iban a ser dueños. Entretanto, los Egipcios, ansiosos de consumir la ruina de sus tiranos, se consagraron al servicio de Amrou; muchos de ellos tomaron las armas, y siguieron el estandarte del profeta, y el egeemplo de Mokawkas, que juró dejar sus huesos en la iglesia de San Juan de Alejandria. Los Sarracenos rechazaron con valor las casi diarias salidas de los sitiados, y mui en breve asaltaron sus muros y torreones. En uno de estos ataques, los que seguian a Amron fueron repulsados, con gran perdida, y él y su esclavo quedaron prisioneros. Conducidos ante el prefecto, Amrou se acordó solo de su dignidad, y se olvidó de su peligro. La altivez de su talante, y de sus espresiones lo descubrieron a los ojos del magistrado, y ya estaba esgrimido el sable que debia dividirle el cuello, cuando el esclavo le dio un bofeton tratandolo de embustero, y diciendo a los Cristianos que él era el general, y no aquel impostor que por tal se daba. Los Griegos cayeron en el lazo, y oyeron las proposiciones que el fingido Amrou les hizo, como bases de un tratado. Los prisioneros

neros fueron puestos en libertad, en la inteligencia de que pronto volverian con la confirmacion de las clausulas propuestas. Pero los gritos de jubilo de las tropas Arabes, al recobrar a su caudillo, desengañaron a los sitiados, y les dieron a conocer la astucia de que habian sido juguete. Al fin, despues de un sitio de catorce meses, los Sarracenos se apoderaron de aquel rico emporio, y la guarnicion Griega se embarcó precipitadamente, y fue a llevar a Constantinopla la funesta noticia de la perdida del Egipto.

“He tomado la gran ciudad del oeste,” escribia Amrou al califa, “y no puedo describirte la inmensidad y variedad de sus riquezas. Te dire tan solo que contiene cuatro mil palacios, cuatro mil casas de baños, cuatrocientos teatros, y otros sitios de diversion, doce mil tiendas de comestibles, y cuarenta mil Judios tributarios. La ciudad ha cedido a la fuerza de las armas, y no a tratado ni capitulacion, y los Muslimes desean con impaciencia gozar los frutos de la victoria.” El comandante de los fieles prohibio, bajo las penas mas rigurosas el saqueo de Alejandria, y mandó que se reservasen sus riquezas para el servicio publico, y la propagacion de la fe; se hizo un censo general de los habitantes, y se impuso el tributo acostumbrado; se tomaron medi-

das para que los Jacobitas no abusasen de su preponderancia, y sus enemigos, los Melchitas, que se sometieron docilmente al vencedor, lograron el permiso de continuar egerciendo libremente su culto.

La noticia de tantos desastres y perdidas agravó la enfermedad que minaba, hacia mucho tiempo, la salud de Heraclio, el cual murio siete semanas despues de la toma de Alejandria. Durante la menor edad de su nieto y sucesor, los clamores de un pueblo privado de su subsistencia diaria, y del comercio frustrado en sus especulaciones, obligaron a los gobernadores del imperio a emprender el recobro de aquella ciudad. En el discurso de cuatro años, el puerto y las fortificaciones de Alejandria fueron dos veces ocupadas por las tropas y las escuadras Griegas. En ambas ocasiones las rechazaron las huestes de Amrou, el cual acudio prontamente de las provincias de Tripoli, y Nubia, donde armaba nuevas expediciones, para ensanchar los limites del imperio del Koran. Viendo que estas empresas podian repetirse, por ser los imperiales dueños de la mar, y contar con un gran partido entre los habitantes, juró que si los enemigos se presentaban tercera vez a vista de los muros, Alejandria quedaria tan ac-

cesible a los extranjeros, como la casa de una prostituta. Pocos meses despues, cumplio fielmente su palabra. Apenas se descubrieron velas enemigas en el orizonte, los Arabes empezaron a destruir la fortificacion. Los habitantes iban a ser victimas de su resentimiento; mas Amrou los contubo y apaciguó, y en el sitio en que dio esta prueba de humanidad se erigio la mezquita del *Perdon*, monumento que se conservó muchos siglos, como leccion de que no supieron aprovecharse sus sucesoros.

Amrou amaba las letras, deseaba instruirse, y gustaba de conversar sobre la literatura, con Juan Filopono, célebre gramatico y filosofo, cuyas obras se conservan todavia. Este, que habia ya adquirido cierta familiaridad con su protector, le suplicó pusiese a su disposicion la biblioteca de Alejandria, deposito precioso de la sabiduria de los siglos antiguos, y que no era de ningun valor a los ojos de los conquistadores. Amrou hubiera querido satisfacer sin retardo los deseos de su favorito, mas era tan escrupuloso en la observancia de sus obligaciones, que no se atrevio a complacerlo, sin consultar la voluntad del califa. “ Si los libros de los Griegos, respondió Omar, estan de acuerdo con el libro de Dios, son inútiles, y no deben ser conser-

vados; si no, son perniciosos y deben ser destruidos." Este mandato fue obedecido con ciega obediencia. Los libros y codices, de papel y pergamino, fueron distribuidos en los baños publicos, para calentarlos, y tal era su increíble cantidad, que apenas bastaron seis meses para agotarlos*.

* La historia del incendio de la biblioteca de Alejandria estriva tan solo en el testimonio de Abulfaragio, que escribió seiscientos años despues de la conquista de los Arabes, y en un punto mui remoto de la escena de tan insensato designio. Los escritores coetaneos, Cristianos y Mahometanos, no hacen mencion de aquel importante suceso. La sentencia de Omar es ademas opuesta a la doctrina ortodoxa de los doctores del Koran, los cuales declaran espresamente que los libros de los Judios y de los Cristianos, adquiridos por las leyes de la guerra no deben ser entregados a las llamas. En todo caso, la biblioteca de Alejandria no podia contener el portentoso numero de volumenes que supone la anecdota de Abulfaragio; los Cristianos de los primeros siglos se habian dado prisa a destruir las obras de los filosofos de la antigüedad, y si llenaron este vacio con los escritos a que dieron lugar las disputas teologicas entre Arianos, Monofisitas, Jacobitas, y Melchitas, es necesario confesar que el auto de fe de que se trata no ha privado de muchas preciosidades literarias y filosoficas a las generaciones siguientes. Veanse sobre este asunto las exelentes observaciones de Gibbon en el Capitulo 51 de su *Historia de la decadencia del Imperio*

Amrou gobernó con sabiduria y prudencia los vastos dominios que habia agregado al dilatado territorio en que reinaba la creencia de Mahoma. Administró justicia con severa imparcialidad, y comprimió, con rigurosos castigos, los desordenes que suelen ser el resultado de la victoria. Suprimio el tributo personal, e impuso contribuciones sobre los productos de la tierra, y las transacciones del comercio; reservó una tercera parte de los ingresos del tesoro a la reparacion de los caminos, diques y canales; fomentó la agricultura, con el designio de que la abundancia de Egipto supliese las penurias de Arabia; abrio un canal de treinta leguas de largo, entre el Nilo y el mar Rojo; enfin acreditó su discernimiento, liberalidad y munificencia, como en la direccion de la campaña habia immortalizado su valor y su pericia.

Deseoso el califa Omar de tener un conocimiento esacto de estos nuevos dominios, que solo conocia por las enfaticas descripciones del Koran, y los inciertos y discordes rumores de la tradicion, mandó a su teniente que le hiciese una pintura veridica de aquellos celebres paises. Amrou le respondió: “comandante de los que creen, padre de los que iran al paraíso, Egipto es una masa de tierra negra, y de plantas verdes, situada entre una montaña pulverizada, y una

llanura de arena rogiza. La distancia de Siene a la mar es la que puede recorrer un hombre a caballo, caminando treinta dias. A lo largo del valle, se desliza una corriente caudalosa, en qué reposan de dia y de noche las bendiciones del Altisimo, y que sube y baja periodicamente, como el pulso del hombre, segun las revoluciones de los dos mayores astros del firmamento. Cuando la sabiduria de la Providencia abre anualmente las arcas de cristal que alimentan los cauces del Nilo, estos no bastan a contener los tesoros que Alah le dispensa. Entonces el rio, orgulloso como el vencedor de cien batallas, se esparce por las campiñas, y los habitantes de los pueblos comunican entre sí, en barcas pintadas, que al cortar las olas, parecen ramilletes primaverales, impulsados por las auras que refrescan los bosques del paraíso. La retirada de la benefica linfa deposita un fango espeso, que abriga el germen de la ventura del año. La muchedumbre de labradores que se esparcen entonces en la llanura, puede compararse a los enjambres de abejas que se anidan en los robustos troncos del Libano. El azote del aperador, y la esperanza de una cosecha abundosa, los despiertan del letargo de su indolencia natural. Raras veces se frustra su

esperanza; pero las riquezas que sacan del trigo, de la cebada, del arroz, de las legumbres, de los vergeles, y de los rebaños, se distribuyen con inicua desigualdad entre los que trabajan, y los que poseen. Segun las vicisitudes de las estaciones, la faz del pais se cubre de la plata de las olas, de la esmeralda de la yerva, y del oro de las espigas."

No menos poeticos que el caudillo, aunque mas exagerados en sus pormenores, los escritores Arabes de la misma epoca, se dejaron llevar, en la descripcion de aquel pais, por los arrebatos de su fantasia. Segun ellos, Egipto contenia veinte mil ciudades, villas y aldeas; la poblacion Cofta sola se componia de veinte millones de habitantes, y las contribuciones que se pagaban al califa subian a trescientos millones de monedas de oro y plata. Estas exageraciones se desvanecen al considerar que la parte habitada de Egipto no era mayor que la duodecima parte de la superficie de Francia.

CAPITULO VI.

Conquista de Africa. Cartago. Adopcion de los Moros.

OTHMAN fue el primer gefe de los Muslimes que proyectó la conquista de Africa, desde el Nilo hasta las playas del oceano Atlantico. Los compañeros de Mahoma aprobaron con entusiasmo tan piadoso designio, y veinte mil Arabes salieron de Medina, con los donativos y bendiciones del gefe de la religion del profeta. Agregaronseles otros veinte mil guerreros en el campamento de Menfis, y el mando de estas considerables fuerzas recayó en Abdallah, hijo de Seid, y hermano de leche del califa.

Abdallah se habia dado a conocer en su juventud por una traduccion del Koran, en que adulteró el testo, y criticó amargamente las doctrinas del autor. Cuando Mahoma conquistó a Meca, Abdallah se echó a los pies del vencedor, y obtuvo su perdon, a fuerza de lagrimas y arrepentimiento, y por la mediacion de Othman. Desde entonces sirvio con celo y valor en el

ejercito Mahometano, distinguiendose sobre todo por su destreza en manejar los fogosos potros de Arabia. Cuando todo estuvo dispuesto para la gran expedicion que se puso a su cargo, salio de Egipto, y atravesó felizmente el desierto de Barca, que habia llenado en otro tiempo de pavor a las valientes legiones del imperio Romano. Despues de esta marcha, cuyo buen exito se debio en gran parte a la sobriedad y paciencia de los camellos, plantó sus tiendas a vista de los muros de Tripoli, ciudad maritima, activa y opulenta, que hoy ocupa el tercer lugar en los estados Berberiscos. El primer encuentro tubo por resultado la derrota y la fuga de una division de tropas del imperio ; pero las escarpadas fortificaciones de Tripoli resistieron a los primeros asaltos. Gregorio, prefecto de la provincia, aparecio entonces en el campo con ciento y veinte mil hombres, que componian la flor del imperio de oriente, y despreció con altanería la proposicion del Koran o del tributo. Los dos ejércitos estuvieron empeñados por el espacio de muchos dias en continuas y sangrientas acciones, que se interrumpian tan solo cuando el cansancio obligaba a los combatientes a buscar algunos momentos de reposo en sus campa-

mentos respectivos. La hija de Gregorio, doncella tan animosa como bella, acostumbrada desde su niñez al manejo de las armas y del caballo, peleó al lado de su padre, brillando en las primeras lineas, tanto por su denuedo, como por el esplendor de su armadura. Su mano, y cien mil piezas de oro debian servir de galardón al que pusiese la cabeza de Abdallah a los pies del prefecto. Los amigos del caudillo Arabe lo obligaron a retirarse a cierta distancia de la escena de tantos peligros. Esta medida desanimó a las tropas, y exitó en ellas el deseo de abandonar una empresa que tenia tantos visos de imprudente e insensata.

Zobeir, joven de incontrastable valor, el primero que fijó una escala en los muros de Babilonia, caminaba a la sazón, con doce compañeros, para reunirse al ejército de sus hermanos. Habiendo tenido noticias de los apuros en que estos se hallaban, apresuró el paso, y atravesando los escuadrones Griegos, llegó a donde era mas reñida la acción. Preguntó por el general, y le respondieron que estaba en su tienda. Pasó a ella, le echó en cara su cobardia, y le aconsejó que, imitando la conducta de su enemigo, ofreciese por su cabeza la mano de su hija cautiva, y cien mil piezas de oro. Abdallah aprobó sus planes, y le confió su ejecución. Por

orden suya, la mitad de los escuadrones Mus-
limes quedaron ocultos en el campamento, aper-
cibiéndose para un golpe decisivo, en tanto que
la otra mitad, despues de una escaramuza, se
retiró a las tiendas, con todas las demostra-
ciones del abatimiento y del pavor. Los Grie-
gos los persiguieron con todas sus fuerzas, y
se pararon a cierta distancia, para descansar, y
continuar la carga. Entonces salio de pronto
Zobeir, con las tropas de refuerzo; atacó impe-
tuosamente a los enemigos, y sin darles tiempo
de reunirse, pasó a cuchillo a la mayor parte de
ellos. El prefecto murio a sus manos; su hija
fue hecha prisionera, y los pocos que escaparon
de la aniquilacion general, fueron a esparcir la
consternacion en la ciudad de Sufetula.

Esta, que encerraba cuantiosas riquezas, y
conservaba soberbios monumentos de la grandeza
Romana, abrio sus puertas al egercito vencedor.
En seguida las provincias imitaron su egemplo,
y Abdallah planteaba ya el solido establecimien-
to del Mahometismo en Africa, cuando sobre-
vino una epidemia, que empezó a hacer grandes
estragos en las huestes. Para evitar su total
esterminio, el egercito Muslim se retiró a Egipto,
con los cautivos y despojos, fruto de una cam-
paña de quince meses. La parte del botin que
tocó a cada soldado de infanteria fue de mil

piezas de oro, y de tres mil a cada uno de la caballeria. El quinto, reservado al califa, y que este cedio, con escandalo de los creyentes, a su favorito Abdallah, subio a quinientas mil piezas. Zobeir fue el unico que no se presentó a pedir el galardón que merecia, y de tal modo se ocultó en la hora del repartimento, que todos lo creyeron muerto en el campo de batalla. La casualidad hizo que la hija de Gregorio lo descubriese en medio de un grupo de soldados oscuros. Sus sollozos al ver al homicida de su padre llamaron la atencion de los guardias, y su respuesta hizo correr a todos los Arabes a manifestar su admiracion al heroe modesto, que los habia arrancado a la ignominia y a la destruccion. El caudillo le ofrecio la mano de la doncella Cristiana: mas Zobeir reusó esta recompensa, y no quiso admitir otra que la de llevar a Medina la noticia de los ultimos triunfos. En presencia de los magnates de la nacion, y de todo el pueblo que podian contener los muros de la mezquita, Zobeir refirio por menor todos los sucesos de la campaña de Africa, omitiendo tan solo sus proezas, y la parte que habia tenido en tan feliz terminacion.

Las conquistas occidentales de los Arabes quedaron suspensas por mas de veinte años,

hasta que terminaron sus disensiones domesticas por el establecimiento de la casa de Ommiyah. Su gefe Moawiyah, ocupaba el trono de los califas, cuando los pueblos Africanos, imploraron su proteccion, contra los tiranos que los afligian en nombre de los sucesores de Heraclio. En efecto, cuando los ministros de Constantino-
pla supieron que las provincias de Africa habian consentido en pagar el tributo que los Arabes les habian impuesto, en lugar de aliviar sus dolencias, y enviarles los socorros de que necesitaban, les exigieron otro igual, en castigo de su deslealtad y cobardia. El patriarca de Cartago, revestido de la autoridad civil, militar y eclesiastica, abusó tan escandalosamente de su poder, y oprimio tan inhumanamente a los pueblos, que todos ellos, sectarios y Cristianos, abjuraron sus respectivas creencias, y deseaban con ansia que se avistase un representante del califa, en cuyas manos pudieran jurar fidelidad a la lei del profeta. Moawiyah les envió un poderoso egercito, que en pocos meses se apoderó de algunos puntos importantes; vencio las legiones del imperio; recogio un cuantioso botin, y envió ochenta mil cautivos a las arenas de Arabia.

Pero el titulo de verdadero conquistador de Egipto se debe a Akbah, que empezó la cam-

pañá, poco tiempo despues de la que acabamos de referir, con diez mil Arabes, y algunos cuerpos aliados, formados de Africanos descontentos, y rebeldes a la autoridad de los emperadores. No hai trazas ciertas ni autenticas de sus primeras operaciones, pero no hai duda que penetró mui en breve en el corazon de Africa; atravesó la soledad en que sus sucesores fundaron las esplendidas capitales de Fez y Marruecos, y al fin llegó a las orillas del oceano. El rio Sus baja de los costados occidentales del monte Atlas; fertiliza, como el Nilo, el terreno adyacente, y desemboca en el mar, casi enfrente de las islas Canarias. Los Moros habitaban las margenes de aquella corriente; pueblos salvages, indisciplinados, y tan pobres, que sus unicos despojos, apetecidos por los invasores, eran las doncellas del pais, a quienes la naturaleza habia dotado de extraordinaria hermosura. Alli detubo Akbah su carrera, porque la mar le cerró el paso. Entrando a caballo en las olas, “ gran Dios, exclamó, si las aguas no me sivieran de barrera, iria con mis soldados a los mundos de occidente, a proclamar tu santo nombre y tu unidad, y a exterminar a cuantos hombres te negasen homenaje, y reusasen confesar al profeta.”

Sin embargo, este nuevo Alejandro, que sus-

piraba por nuevos mundos, no pudo preservar las provincias que habia sometido. Los Griegos y Africanos, que se habian alistado bajo sus banderas, lo abandonaron cuando mas necesitaba sus auxilios, y lo dejaron sin otro recurso que una muerte gloriosa. El numero de rebeldes que lo circundaron, era mui superior al de sus valientes. Un gefe ambicioso, que le habia disputado el mando, y a quien él supo frustrar sus designios, cayó prisionero en manos de los Arabes. Conducido a presencia del general, le reveló los planes secretos de los enemigos. Akbah rompio sus cadenas, y le aconsejó que huyese. “No, respondió el barbaro: tú me das la libertad; yo te pagaré con la vida.” Al terminar este coloquio, se presentaron nuevas fuerzas contrarias, tan numerosas e intrepidas, que no quedó a los Arabes la menor esperanza de escapar a su furor. Akbah se despidio de sus compañeros; los abrazó tiernamente; les mandó sacar las cimitarras; rompio las vainas, y peleó intrepidamente a su cabeza, hasta que todos ellos fueron esterminados. Su antiguo rival fue uno de los que mas se ilustraron en esta terrible escena.

El tercer general y gobernador de Africa, Zuheir, vengó la muerte de su predecesor, pero

cedio, como él, a la traicion, y al número. Venió a los Africanos, pero fue destruido por un poderoso egercito que Constantinopla habia enviado al socorro de Cartago.

La practica constante de las tribus Moriscas habia sido unirse a los invasores; participar de los despojos que estos ganaban, y volver a su antigua idolatria y barbarie al primer reves que experimentaban los Muslimes. Akbah habia formado el sensato proyecto de fundar una colonia Arabe, a gran distancia de la costa, en una posicion central y fuerte, donde pudieran refugiarse en casos urgentes, las tropas y las familias Mahometanas. Con este obgeto, y bajo el titulo modesto de caravansera, o sitio de descanso de caravanas, edificó la ciudad de Cairvan, que todavia es uno de los pueblos mas importantes y florecientes del reino de Tunes. Aquel diestro caudillo trazó un circuito de tres mil y seiscientos pasos, en cuyo ambito se descubrieron las ruinas de una hermosa ciudad Romana; alzó un muro solidisimo de ladrillo, y un fuerte palacio, que mui en breve se vio rodeado de un gran numero de calles y plazas. Este establecimiento, que llegó a ser la capital del dominio Arabe en Africa, y el centro de la civilizacion y del comercio en aquellos paises, contenia en su

circuito una de las mas bellas mezquitas del mundo Mahometano. Sostenian su espaciosa cupula quinientas columnas de granito, porfido, y marmol de Numidia. Mas estas glorias pertenecen a una epoca posterior. En la de Akbah, la nueva colonia esperimentó la suerte de su fundador, y las guerras de occidente fueron interrumpidas por las nuevas discordias de la nacion Arabe. Abdallah, hijo del valiente Zobeir, sostubo una guerra de doce años, y un sitio de siete meses contra la casa de Ommiyah. Pero Abdalmeleck subio al trono de los califas; pacificaronse las revueltas de los creyentes, y la campaña de Africa empezó de nuevo, con no menos entusiasmo que cuando la dirigian los intrepidos Akbah y Zobeir.

Hassan, gobernador de Egipto, se puso en marcha, con el estandarte de la fe en las manos, cuarenta mil hombres a su mando, y los tesoros de aquellas ricas provincias en sus cofres. En las vicisitudes de tantas y tan reñidas campañas, las provincias interiores de Africa habian sido sucesivamente ganadas y perdidas por los Arabes: mas las armas del imperio se habian mantenido dueñas de la costa del Norte, que era una posesion de mucho mayor importancia, tanto por la suavidad del clima, y la riqueza de

las producciones, como por los puertos de mar que la guarnecian, y que en otro tiempo habian vinculado el comercio del mundo antiguo. Cartago, aunque no era la sombra de lo que fue cuando amedrentó la patria de los Scipiones, dominaba todavia el Mediterraneo, y recibia en su puerto las escuadras del Archipielago Griego, de las columnas de Hercules, del Bosforo, y del Adriatico. Los predecesores de Hassan habian respetado aquel formidable apoyo del trono de Constantino: pero sus armas fueron mas osadas y mas felices. Sin detenerse a prolongar las incomodas operaciones de un asedio reñido, los Muslimes se acercaron a los muros, y les aplicaron tan increible numero de escalas, que todo el egercito se halló reunido a la vez en sus orgullosas almenas.

Este triunfo no fue sin embago de larga duracion. El patricio y prefecto Juan, general acreditado por su brio y conocimientos militares, se embarcó en Constantinopla, con todas las fuerzas disponibles del imperio. Unieronse a estas las escuadras y tropas de Sicilia, y una division de Godos que facilitó España. El impetu de las naves rompio la cadena que guardaba la entrada del puerto de Cartago, y que constituia su principal defensa maritima. Los

Cristianos desembarcaron, y los habitantes, animados al ver tremolar cerca de sus bastiones la insignia de la Cruz, se armaron contra sus opresores, y los obligaron a evacuar la plaza. Los Arabes pelearon con vigor, y se replegaron sobre Cairvan, y Tripoli, sin ser mui molestados en su retirada, porque los Griegos solo pensaron en gozar de su victoria, y en embriagarse con los placeres que eran su resultado. Juan pasó el invierno en Cartago festejado por los habitantes agradecidos, confiado en la fuerza y elevacion de los muros, y sin pensar en la tormenta que lo amenazaba. Entretanto el califa, deseoso de vengar el honor del Koran, preparó otra expedicion numerosa, con la tribus que le suministraban las inagotables llanuras de Arabia y de Siria. Cartago cedio otra vez al impetu de los creyentes: los Griegos y los Godos, que la abandonaron, fueron vencidos en las inmediaciones de Utica, y un pronto y oportuno embarque los puso al abrigo de la venganza y del furor de Hassan. La capital del reino de Dido fue devorada por las llamas, y quedó, por espacio de doscientos años, reducida a un espantoso desierto, hasta que una duodecima parte de su recinto fue repoblada por el primero de los califas Fatimitas. A principios del siglo de-

eimo sexto, solo contenia una mezquita, un colegio sin estudiantes, veinte y cinco o treinta tiendas, y las chozas de quinientos salvages, que a pesar de su ignorancia y pobreza, ostentaban la arrogancia de los senadores Punicos. Los Españoles enviados por Carlos Quinto a la conquista de la Goleta destruyeron aquel miserable establecimiento. Las ruinas de Cartago habian desaparecido, conservandose tan solo de ellas, para indicar el sitio donde existio, los arcos de un acueducto.

Apesar de la espulsion de los Griegos, los Arabes no quedaron enteramente dueños del pais. Los Moros, o Bereberes*, tan debiles en tiempo de los primeros Cesares, tan formidables en el de los principes Bizantinos, se mantubieron rebeldes, aunque desordenadamente, y sin plan fijo de campaña, a la religion y al poder de los sucesores de Mahoma. Sin embargo, bajo el estandarte de su reina Cahina, aquellos tribus independientes adquirieron alguna disciplina, y manifestaron alguna union y consistencia en sus hostilidades. Los Bereberes respe-

* Probablemente la palabra Bereberes es una corrupcion de la latina *Barbari*, que los Romanos aplicaban sin distincion a todas las naciones extranjeras.

taban en ella la inspiracion divina, y el espiritu de profecia, de modo que su voz y su egemplo les inspiraron un entusiasmo igual al de sus enemigos. Los escuadrones veteranos de Hassan no eran parte a conservar las provincias de occidente; las conquistas de tantos años se perdieron en un solo dia, y el gefe Arabe, incapaz de hacer frente a las inmensas turbas que se le aproximaban, se retiró a las fronteras de Egipto, donde aguardó por espacio de cinco años los socorros que el califa no cesaba de prometerle. Despues de la retirada de los Sarracenos, la triunfante Cahina reunió a los gefes de su nacion, y les propuso una medida, que solo podia ser aceptada por un pueblo que desconocia los beneficios de la civilizacion, pero que sabia apreciar los de la libertad y los de la independenciam. “Nuestras ciudades, les dijo, y el oro y plata que poseemos, no cesan de exitar la codicia de los Arabes. Estos viles metales no tienen valor a nuestros ojos, por que somos hijos de la tierra, y sabemos contentarnos con los frutos que produce. Destruyamos esos funestos e inutiles muros; enterremos esos tesoros, y cuando no haya tentaciones que exiten la avaricia de nuestros enemigos, entonces cesarán en sus irrupciones, y respiraremos con holgura, libres

de su enojosa presencia.” Esta proposicion fue admitida, no solo sin repugnancia, pero con entusiasmo y alegria. Desde Tanger hasta Tripoli, un pais cubierto de fortificaciones y vergeles quedó convertido en soledad triste y desnuda, sin arboles, sin casas, sin puentes, sin ninguna traza que descubriese el trabajo del hombre ni los frutos de la sociedad.

Mas este mismo esfuerzo de celo patriotico aceleró la ruina del imperio de Cahina, y la esclavitud de los Bereberes. Los pueblos Cristianos preferian el yugo de Mahoma al de aquella muger destructora e inflexible. Hassan volvió a la antigua escena de sus triunfos con grandes fuerzas, y ardientes deseos de terminar la conquista de Africa. En la primera accion, los Bereberes fueron destruidos, y Cahina hecha prisionera. Los Arabes respetaron su sexo y su alta gerarquia. Conducida a presencia de Hassan, este la trató con extraordinario comedimiento, y se obligó a restituírle sus estados, con la obligacion de reconocer la autoridad del califa, y de pagarle el tributo que se imponia a todas las naciones conquistadas; al mismo tiempo la exortó a que abandonase el culto de los idolos, y abrazase la verdadera creencia. Ahina se negó a todas estas proposiciones. Hassan

mandó decapitarla, y envió al califa su cabeza envuelta en alcanfor, y encerrada en una caja preciosa.

El sucesor de Hassan en el gobierno de Africa, fue el celebre Muza ben Noseir, a quien estaba reservada la suerte de abrir una nueva era en la historia del Islamismo. Su valor, su prudencia, su espíritu conciliador y flexible lograron reducir la nacion de los Bereberes a adoptar la religion, los usos y el idioma de sus conquistadores. Doce mil guerreros de aquella gente belicosa se alistaron bajo sus banderas. Con ellos, y con los refuerzos que sacó de Siria, Egipto, Barca, y Cartago, sometio otras tribus rebeldes de Dara, Sahra, y Tafilet. Su hijo Abdelaziz, joven de nobles y generosas prendas, pasó con diez mil caballos a cimentar la autoridad Arabe en aquellos dominios.

En aquella epoca subio al trono de Medina Walid Abulabas, cuyo reinado fue uno de los mas gloriosos y felices de cuantos se recuerdan en los anales del Mahometismo. Sus egercitos ganaron batallas importantes contra los Turcos; entraron en Sarmarcanda; quemaron los idolos, que estaban claveteados de oro, y firmaron una paz honrosa, que les produjo inmensas riquezas. Otra division penetró en la India, y derrotó las

tropas del rei Daharo, que murio decapitado por los Muslimes. Abulabas dio grandes egemplos de moderacion y de justicia: mas su nombre fue vilipendiado por los monges Cristianos, a quienes impuso el tributo que no estaban acostumbrados a pagar.

Muza continuaba sus triunfos en Africa; sometio la dilatada provincia de Almagreb, y despues de una ostinada resistencia, deshizo los restos de las tribus Bereberes, que aun no habian abrazado la fe del profeta. Pero su blandura y humanidad fueron medios mas poderosos que las huestes que mandaba. En pocos años logró reunir bajo su mando las naciones Africanas, que quedaron totalmente identificadas con los Arabes, y no menos sedientas que ellos de emprender nuevas conquistas, y de propagar la religion que habian abrazado. La proteccion que concedio a la agricultura y al comercio, atrajo gran numero de gente a las ciudades de la costa, y estas florecieron estraordinariamente en pocos años, y pudieron suministrarle cuantiosos recursos, no solo para mantener a sus tropas, y enviar grandes donativos a Medina, sino tambien para emprender las grandes conquistas que le han dado un lugar tan distinguido en la historia.

CAPITULO VII.

Invasiones de los Arabes en España. Taric. Batalla del Guadalete. Progresos de los Arabes. Abdelaziz. Retirada de Muza, y de Taric.

PARA facilitar a nuestros lectores el laberinto de sucesos cuya narracion vamos a presentarles, debemos distinguir los cuatro periodos en que se divide la historia del dominio de los Arabes en España. La primera abraza el gobierno de los emires, tenientes de los califas de oriente; la segunda el de los califas de Cordoba, descendientes de la ilustre rama de Moawiyah; la tercera la desmembracion de su imperio, que se dividio en varios reinos independientes, sucesivamente socorridos y subyugados por los Almoravides y los Almohades: la cuarta enfin abraza la historia del reino de Granada, ultimo resto del poder que por espacio de tantos siglos dominó los destinos de la Peninsula.

Cuando Muza terminaba tan gloriosamente la pacificacion de los dominios occidentales del trono de Medina, España sufria todos los males

que prodigan a los pueblos la ambicion y la imprudencia de los que los mandan. Despues de la muerte o de la deposicion del rei Godo Witiza, ocupó su puesto Rodrigo, hombre ilustre por su nacimiento, cuyo padre habia sido victima de las tiranias del reinado precedente. La monarquia era aun electiva, y los hijos de Witiza no podian alegar ningun derecho legitimo a la corona: pero despues de haber respirado la atmosfera del poder, no pudieron sobrellevar la nulidad de la vida oscura y privada. Conspiraron contra el sucesor de su padre, y fueron sostenidos en sus proyectos de venganza por Don Opas, arzobispo de Toledo, y de Sevilla, y por el Conde Julian, señor de grandes estados, y gobernador de Andalusia, y de las posesiones Españolas en Africa. Incapaz de ponerse a la cabeza de los descontentos, pero resuelto a precipitar a toda costa del trono al debil Rodrigo, Julian imploró los socorros de los Arabes, ofreciendoles el dominio de un pais opulento y dilatado, y revelandole el secreto de la degeneracion y flaqueza de sus habitantes. Los Godos, en efecto, no eran ya los barbaros victoriosos e irresistibles que penetraron desde el Danubio hasta las playas del oceano Atlantico, y humillaron el orgullo de la reina de las naciones.

Separados del resto del mundo por la mar, y por los Pirineos se habian abandonado al descanso, sin fecundarlo con los trabajos de la industria. Estaban casi arruinadas las fortificaciones, y la juventud, perdidos los recuerdos de la gloria de sus abuelos, desconocia el uso de las armas, y las fatigas y privaciones de la vida militar. Muza se instruyó secretamente de todos estos pormenores, y supo, tanto por los informes de Opas y Julian, como por los de un Español residente en Tanger, que la indolencia y las injusticias de Rodrigo habian exasperado a sus vasallos, que la nacion estaba dividida en facciones, y que todas ellas lo miraban como un injusto usurpador, y como un aborrecible tirano. De todo esto dio cuenta individual al califa, como tambien de las noticias que adquirio sobre el temple benigno de España, sus ricas y variadas producciones, las abundosas corrientes que fertilizaban su territorio, los montes que diversificaban su superficie, los esplendidos monumentos, y opulentas ciudades que la cubrian; añadiendo que los fieles estaban en posesion de Tanger, desde cuyo punto solo mediaba una distancia de doce millas a la costa opuesta, y que sin duda se referian a España las tradiciones veneradas entre los Arabes acerca de la

propagacion de la fe de Mahoma en las regiones mas occidentales del mundo.

Habida la licencia del gefe de los creyentes, el caudillo Taric ben Zeyad fue nombrado para hacer el primer reconocimiento en la costa de España. Embarcose en Tanger con quinientos caballeros; entró en Andalucia; recorrió una parte de su territorio, y se volvió a embarcar con los cautivos y ganados, de que se habia apoderado sin resistencia. El feliz exito de esta expedicion llenó de júbilo a Muza, y de entusiasmo a todo el egercito. Preparose con gran celeridad, otra mas importante, en que querian tomar parte todos los Muslimes. Mandabala el mismo Taric, que bajo tan felices auspicios habia empezado la empresa. Desembarcó en la isla Verde enfrente de donde hoi está edificada Algeciras. Los Cristianos se opusieron a su desembarco, mas fueron facilmente arrollados, y obligados a retirarse. Fortificose en seguida en aquella estupenda roca que parece dispuesta por la naturaleza para dominar la entrada del Mediterraneo. Llamabase entonces Gezira Alhadra, y despues Gebal Taric (Gibraltar) en nombre del caudillo que plantó sobre su elevada cima la bandera triunfante de Medina. Tadmir, gefe de las tropas Cristianas,

defendia aquel punto, con mil y setecientos hombres : mas su resistencia no fue larga ni sangrienta. Retirose, y dio cuenta al rei Rodrigo de aquellos importantes sucesos, suplicandole acudiese en persona, con cuantas tropas pudiese alistar, a cortar los progresos de los invasores. Rodrigo envió delante de sí la flor de la caballeria de los Godos. Reunidas estas bajo el mando de Tadmir tubieron diferentes escaramuzas y encuentros, en que los Godos salieron vencidos. Entanto Rodrigo allegaba sus gentes, y se apercibia a dar un golpe decisivo ; Taric recorria las orillas del Barbate, del Guadalete y del Guadiana, y su tropas se internaban en otras direcciones, talando los campos, y atemorizando los pueblos.

Al fin llegó Rodrigo a los campos de Medina, con una hueste de noventa mil hombres, en que se comprendia la flor de la nobleza de sus estados. Taric, a quien no intimidó este gran numero, confiado en la superior destreza y valor de los suyos, reunio sus escuadrones, les arengó con gran energia, y les comunicó el arrojo que bullia en sus venas. Avistaronse ambos egercitos, cerca de las orillas del Guadalete, y acometieronse con igual impetu y saña. Principió la accion al rayar el dia, y se mantubo con igual

tezon por ambas partes, hasta que la oscuridad de la noche puso tregua a tan sangrientos horrores. Los dos egercitos permanecieron en el campo de batalla, esperando con impaciencia el punto del alba, para renovar la pelea. Venido el dia, dicen los escritores Arabes, el horno del combate continuó encendido desde la aurora hasta la noche.

Al tercero dia de aquel ostinado conflicto, como viese Taric que los Muslimes aflojaban y cedian el campo a los Cristianos, se alzó sobre los estrivos, y clamó: “vencedores de Almagreb, ¿ adonde vais? ¿ adonde se encamina vuestra inconsiderada fuga? El mar teneis a la espalda, y los enemigos delante. Poned toda vuestra confianza en vuestro valor, y en la ayuda de Alah; seguid mi eemplo.” Al terminar este breve discurso, apretó espuelas al caballo, y arremetiendo a derecha e izquierda a cuantos se le ponian delante, llegó a las banderas de los Godos, y conociendo al rei Rodrigo, por sus insignias, y su caballo, lo pasó de una lanzada. Los Arabes, en imitacion de su caudillo, atacaron impetuosamente a los Cristianos, que desanimados por la muerte de su monarca, huyeron despavoridos, y se esparcieron por todas aquellas

inmediaciones. Los vencedores les siguieron el alcance, haciendo en ellos una matanza espantosa.

Taric envió a Muza la cabeza de Rodrigo, y una relacion circunstanciada de la batalla. Decíale en ella que el desventurado monarca de los Godos se habia presentado denodadamente a la cabeza de sus guerreros, en un carro belico, adornado de marfil, y tirado de dos robustos mulos blancos; que llevaba una corona de perlas, y una clamide de purpura bordada de oro; en fin daba todos los pormenores del alcance, y nombraba los caballeros Muslimes que mas se habian distinguido en la refriega. Muza, lleno de satisfaccion por tan prosperas nuevas, envió la cabeza de Rodrigo al califa Walid, atribuyendose en sus cartas el exito feliz de aquella expedicion, y formando el innoble proyecto de estorvar que Taric continuase adquiriendo nuevas glorias.

Con este obgeto le mandó que se detubiese donde quiera que se hallase cuando recibiese su carta, pretestando la necesidad de mayores refuerzos para proseguir la conquista; reunió diez mil caballos y ocho mil peones, entre Arabes y Africanos; dejó el mando de Africa en manos de su hijo Abdelaziz, y pasó a la peninsula,

acompañado de sus otros dos hijos, y de muchos de los principales magnates que lo habian acompañado en las guerras anteriores.

Taric recibió las ordenes de su gefe, entanto que este acampaba en las orillas del Guadiana. Bien sabia el vencedor de Rodrigo la causa secreta de tan insensata disposicion, pero disimuló con prudencia, y convocó a todos los caudillos, para consultarlos sobre el partido que debia abrazar en tan criticas circunstancias. Todos ellos fueron de opinion que no debian ser obedecidas los mandatos de Muza. El Conde D. Julian, que saboreaba ya los frutos de su traidora venganza, lo instó con estraordinario ahinco a que siguiese adelante, haciendole ver que si daba tiempo a los Cristianos para que se rehiciesen, en breve podrian reunir las fuerzas de las provincias, y vengar la ultima derrota; aconsejóle ademas que ocupase, sin perdida de un momento, las principales ciudades, y especialmente la capital, como medio seguro de aterrar a la nacion entera, y desbaratar de un golpe la fragil amazon de la monarquia.

Prevalecio en el consejo este dictamen, como dado por un hombre tan bien enterado en la situacion politica y moral de España, y habiendo mandado reunir sus tropas, les pasó alarde, les

distribuyó banderas, y las exortó a continuar con ardor la gran empresa comenzada, recomendandoles la disciplina y la obediencia, la humanidad para con los rendidos, el respeto de las propiedades, y el egercicio de las virtudes de que el profeta habia dado tantas lecciones y egemplos.

En seguida dividió el egercito en tres cuerpos, dando el mando del primero a Mugeiz el Rumi, con orden de apoderarse de Cordoba; el del segundo a Zaide ben Kessadi, a quien envió a tierra de Malaga, y tomando él mismo la direccion del tercero, con el que se encaminó a Toledo, capital de la monarquia Goda. Antes de llegar a sus muros, se le agregaron las tropas de Kesadi, que habian tomado a Ecija, y recibido la sumision de Malaga, y de otras ciudades.

Mugeiz cumplió su comision con tanta prontitud como felicidad. Habiendo acampado delante de Cordoba intimó a los habitantes la rendicion, con las condiciones que el Islam ofrecia; mas ellos no le dieron oidos, y aunque con pocos medios, determinaron hacer una valiente defensa. Mugeiz, despues de enterarse en el estado de la fortificacion, y de las entradas mas accesibles, que eran las que

miraban al rio, aprovechandose de la oscuridad de una noche lluviosa, pasó a nado el Guadalquivir, con mil caballos, que llevaban mil peones en la gurupa; se apoderó con gran cautela de aquella parte de la muralla, sorprendio la guardia, abrio las puertas, y al rayar el dia, la mayor parte del egercito ocupaba los puestos principales del recinto. El gobernador con cuatrocientos hombres se fortificó en una iglesia, donde se defendieron hasta que todos ellos perdieron la vida. La ciudad se allanó al tributo de sangre, y Mugeiz, despues de haber formado un gobierno, compuesto de sus principales moradores, partio a recorrer los pueblos de la comarca, para mantener en ellos el terror de la invasion, y recoger los frutos de la victoria.

Taric entretanto llegaba a Toledo, donde lo habia precedido la fama de sus hechos, y el pavor que por do quiera esparcia la noticia de la derrota del Guadalete. La capital, de resultas de aquella sangrienta catastrofe, habia perdido su lustre y su defensa. La fortaleza, aunque colocada en una situacion ventajosa, resistio algunos dias, y capituló al cabo, con condiciones que no podian esperar los Cristianos en el abatimiento a que se hallaban reducidos.

Taric conservó la propiedad de sus bienes a los habitantes que quisiesen permanecer en la ciudad, pagar un tributo moderado y reconocer la autoridad del califa; les permitió el libre uso de su religion y de sus templos, aunque sin permiso de edificar otros, ni de celebrar procesiones publicas; les dejó sus leyes y sus tribunales; exigió que no seria castigado ni perseguido el Cristiano que quisiese abrazar la fe de Mahoma; tomó los rehenes que juzgó necesarios; desarmó a la poblacion, y hizo su entrada en la capital con los magnates de sus huestes y gran numero de tropas.

Taric ocupó el alcazar real, y encontró en él muchos tesoros. En una de sus camaras habia veinte y cinco coronas de oro, y piedras preciosas, de otros tantos reyes Godos que habian gobernado la monarquia Goda en España, desde su fundador hasta el desventurado Rodrigo.

La noticia de este señalado triunfo, llenó de despecho y de envidia el corazon de Musa, el cual determinó vengarse de su rival, y hacerle pagar caro la desobediencia con que habia recibido sus mandatos. Su primera operacion fue seguir la conquista por el territorio que Taric no habia atravesado; para lo cual se

dirigio a Sevilla, de que tomó posesion, asi como de Carmona y otras ciudades importantes. Encaminandose despues acia occidente, y sometiendo cuantos pueblos hallaba al paso, llegó ante los muros de Merida, quedando sorprendido al ver la magnificencia de sus edificios, y la solidez de sus muros y torreones. Despues de haber examinado atentamente su circuito, y convencido de que podria hacer una larga resistencia, mandó a su hijo Abdelaziz que acudiese a su socorro con cuanta gente pudiera reunir. Entretanto no pasaba dia sin asalto, o sin encuentro con la guarnicion que hacia salidas vigorosas. En una de ellas, los Cristianos atraidos por una fingida retirada de los sitiadores, dieron en una numerosa emboscada, donde, a pesar del brio con que pelearon, perdieron casi toda su gente. Mas no tardaron en vengar esta derrota. En uno de los asaltos, los Muslimes se apoderaron de una torre, de donde los sitiados no fueron parte a desalojarlos; pero los atacaron con tanta furia, y los Muslimes se defendieron con tanta tenacidad, que todos ellos perdieron la vida.

Llegó por fin Abdelaziz con siete mil caballos y gran numero de ballesteros; lo que visto por los de la ciudad, y considerando ademas que no

podrian tener socorros que bastasen a contrarrestar aquella muchedumbre, enviaron una diputacion a Muza, con el que entablaron negociaciones para la rendicion de la plaza. Una circunstancia singular y que no deja de tener visos de ridicula, contribuyó en gran parte a desanimar a los que aun querian resistir al vencedor. En aquella primera entrevista, Muza estaba desaliñado, y con la barba poblada de canas. En la segunda se habia aderezado con gran esmero, y teñido las barbas, con las drogas y ungüentos de que en esta operacion se sirven los pueblos de Oriente. Los diputados volvieron a Merida maravillados de tan estraña metamorfosis, y asegurando que los Arabes poseian el secreto de rejuvenecer, y de reparar los estragos del tiempo. Celebrado el convenio de entrega, en que Muza se mostró generoso, y tomados en rehenes los jovenes principales de la ciudad, y la viuda de Rodrigo, que a la sazón se hallaba en sus muros, el caudillo entró en ella, no menos sorprendido que antes al ver su magnificencia y brillo.

Abdelaziz partio poco despues a Sevilla, a castigar una sedicion que habia levantado el populacho, y en que habian perecido treinta Muslimes de los que guarnecian la plaza. La

gente principal que no habia tenido parte en aquella inutil temeridad, queria salir al encuentro de Abdelaziz, y entregarle el gefe de la revuelta; pero el pueblo se habia apoderado de la autoridad, cerró las puertas, y quiso defenderse a todo trance. Abdelaziz sin embargo forzó toda la resistencia que se le quiso oponer, y pacificó la ciudad con la muerte de los que habian turbado su reposo.

Terminada esta expedicion, siguió conquistando las regiones meridionales de España, en tanto que su padre se dirigia a Toledo, para llevar a cabo sus injustos y envidiosos designios. Salio a su encuentro Taric, con la parte de alajas y otras riquezas que a Muza tocaban, como gefe de todos los creyentes de los ejércitos occidentales. Los dos caudillos entraron juntos en la ciudad, y subieron al alcazar, con los magnates y principales guerreros de sus comitivas. En presencia de ellos, Muza reconvino agriamente a Taric por su desobediencia, le quitó el mando de las tropas, y se lo dio a Mugueiz. Taric respondió con denuedo que sus intenciones habian sido puras, y que el califa sabria apreciarlas. Mugueiz tomó tambien la palabra en favor de su gefe; mas nada bastó a cambiar la resolucion

de Muza, que abrigaba aun intenciones mas hostiles contra el obgeto de su enojo.

Tadmir, que aprovechandose de la horfandad en que habia quedado el reino por falta de su monarca legitimo, se alzó con el dominio de una gran parte de Andalucia, y que gozaba ademas de mucha fama entre los Godos, por la prudencia y valor que manifestó en la batalla del Guadalete, salio a defender sus fronteras contra la invasion de Abdelaziz, procurando evitar encuentros decisivos, y acometiendo en los desfiladeros y pasos dificiles, donde con pocos soldados detenia y molestaba fuerzas numerosas. Sin embargo, los Muslimes lo obligaron a dar batalla en los campos de Lorca, causandole considerable perdida en sus tropas, y persiguiendolo hasta los muros de Auriola, unica plaza en que pudo guarecerse. Viendose alli con un numero insuficiente para resistir al que lo amenazaba, engañó ingeniosamente a los Muslimes, disponiendo que las mugeres de la ciudad se disfrazasen de soldados, subiendo armadas a los torreones y muros, con sus cabellos dispuestos en el rostro a guisa de barbas. Abdelaziz tomó todas las precauciones necesarias para el asedio de una plaza que creia fuertemente guarniciona-

da, mas antes de empezar las hostilidades, se presentó en los puestos avanzados un caballero que se decia autorizado a capitular con el gefe de los Arabes, en nombre de los habitantes y con el beneplacito del principe. El convenio ajustado entre este mensajero y Abdelaziz era mui favorable a la ciudad, a la que solo se exigia un tributo, dejandole el libre egercicio de su religion, y dando a Tadmir el mando de las tropas Cristianas. Firmado que fue el documento, el mensajero de los sitiados dijo que él era el mismo Tadmir; lo que celebró en gran manera el caudillo de los Muslimes, que lo convidó a comer, y tubo con él una larga conversacion. Tadmir volvió al pueblo, y preparó un suntuoso recibimiento a Abdelaziz, a quien festejó tres dias, declarandole la estratagema de que se habia servido para hacerle creer que la guarnicion de la plaza era numerosa. Abdelaziz continuó sometiendo ciudades y provincias, y llegó hasta Malaga, sin hallar enemigos.

En este tiempo llegó la respuesta del califa a la acusacion de Muza contra Taric. El gefe de los creyentes desaprobaba la conducta del primero, y ordenaba que el segundo fuese reintegrado en el mando de las tropas que tan gloriosamente habia conducido. Hizose asi con uni-

versal aplauso de las tropas, y se trazó el plan de la campaña siguiente, tomando Taric a su cargo la sumision de las provincias de Oriente, y Muza la de las del Norte. Los dos caudillos arengaron a sus huestes, y tomaron prudentes medidas a fin de que no se embarazase la marcha con bagage inutil, ni abusasen los soldados de la docilidad de los pueblos. Ambas espediciones tubieron feliz exito ; pero Muza terminó la suya mucho antes que Taric, con quien volvio a reunirse ante los muros de Zaragoza, ciudad en que se habian congregado gran numero de Cristianos, pero que no pudo resistir al considerable aumento que habian recibido los sitiadores. Cedio a la necesidad, y pagó sumas considerables a los Muslimes. Desde alli volvieron a dividirse, encaminandose Taric acia Valencia, y el segundo acia Cataluña, cuya provincia ocupó, hasta pasar los Pirineos, y llegar a Narbona. Taric conquistaba mas por la suavidad de sus medidas que por la fuerza de las armas, y daba cuenta de sus operaciones directamente al califa, sin tener comunicacion con su rival. Este se apoderaba de cuantas riquezas caian en manos de su egercito. El Califa previendo grandes males de la desavenencia que entre ellos reinaba, mandó que ambos compareciesen en Damasco.

Esta determinacion era contraria a los planes de Muza. Tubo sin embargo que someterse, y se puso en marcha, dejando el gobierno de España a su hijo Abdelaziz, y tomando en su compañía cuatrocientos jovenes de las familias mas ilustres Godas, que llevaban sobre sus cabezas diademas de oro, y cintos del mismo metal. A su paso por Africa, dio los mandos principales a sus otros hijos, y recogio los tesoros que en ella tenia acumulados.

Taric, menos codicioso y mas desembarazado, llegó a Siria antes que Muza, y fue recibido con los mas altos honores por el califa, que quiso saber de su boca la relacion de los sucesos de España. Poco despues comparecio Muza, y delante del califa tubo graves altercaciones con Taric; mas este se grangeó el favor de aquel personage, entanto que su enemigo fue condenado a la prision, a los azotes, y a una considerable multa.

CAPITULO VIII.

*Abdelaziz. Alsama. Abderahman. Othman.
Batalla de Poitiers. Guerra civil.*

Poco despues de los sucesos que acabamos de referir en el capítulo anterior, murio el califa Walid, y le sucedio su hermano Suleiman, bajo cuyo reinado las tropas Muslimes se apoderaron de Constantinopla.

Abdelaziz, que por ausencia de su padre habia quedado en Sevilla, despues de haber celebrado sus bodas con la viuda de Rodrigo, marchó acia las costas occidentales de la peninsula Española, apoderandose de las provincias que hoi forman el reino de Portugal. De ellas sacó grandes riquezas que envió al nuevo califa, en cuyo animo estos preciosos tributos no sirvieron mas que a fomentar la enemistad y desconfianza que le inspiraba la familia de Muza. Resuelto a cortar de raiz los motivos de su inquietud, envió emisarios a Africa para que despojasen del mando y de la vida a los hijos de aquel celebre caudillo, y ordenó a los gefes del egercito de España que hiciesen lo mismo con Abdelaziz.

Los que recibieron estas funestas ordenes en España, fueron Habib y Zeyad, amigos de Muza, y compañeros de su hijo. Mas la voz de la amistad enmudecio ante el oraculo del fanatismo. Los dos gefes, lejos de compadecer la suerte del que habia de ser su victima, tomaron ingeniosas precauciones para asegurar el golpe, y evitar el disgusto de las tropas, que eran mui adictas a Abdelaziz, y reverenciaban la memoria de su padre. Con este obgeto, propagaron traidoramente la voz de que Abdelaziz, cediendo a los alagos de su muger, favorecia ocultamente a los Godos, y aspiraba a declararse rei de España, sacudiendo el yugo de la sumision a la sagrada autoridad del sucesor del profeta. Esparcidas estas hablillas entre el vulgo de los soldados, se hicieron publicas las ordenes del califa, en las que todos vieron el justo castigo de un criminal atentado. Con todo eso hubo quien quiso oponerse a la egecucion de aquella atroz injusticia, y fue necesaria toda la firmeza de Zeyad para contener a las tropas afectas a Abdelaziz. Exitados al fin algunos alborotadores por la indignacion del mayor numero, y por las insinuaciones de los dos caudillos, entraron en confuso tropel en la estancia de Abdelaziz, lo atacaron a porfia, le cortaron la cabeza, y enterraron su cadaver en

el patio de su casa. Salieron inmediatamente mensajeros con la cabeza envuelta en alcanfor, y custodiada en una caja de preciosas maderas para presentarla al califa. Este tubo la crueldad de enseñarla a Muza, y preguntarle si la conocia. “ Si,” respondió el desventurado anciano, apartando el rostro: “ la conozco; y la maldicion de Alah caiga sobre quien asesinó a quien era mejor que él.” Salio en seguida de palacio, y se retiró a una oscura aldea de oriente, donde murio devorado de pesadumbre, deplorando la ingratitud de los reyes, y la perversidad de los hombres.

Suleiman murio tambien poco despues de haber satisfecho de un modo tan cruel su venganza, y tubo por sucesor a Omar, principe moderado y benefico, que prohibio maldecir la memoria de Ali, como estaban acostumbrados a hacerlo los fanaticos, y suavizó en gran manera el yugo que oprimia a los Cristianos. Sin embargo heredó el aborrecimiento de su predecesor a la familia de Muza, y sabiendo que Ayub, que mandaba en España por muerte de Abdelaziz, era primo y amigo de este desgraciado caudillo, a pesar de la prudencia con que gobernaba, y de las virtudes que poseia, lo destituyó del mando y nombró en su lugar a Alhaur, hombre codicioso de gloria

que pensó mas en estender los limites del imperio, que en consolidar el antiguo dominio. Sus exesos, sus robos, sus injusticias exitaron de tal modo el descontento general, que muchos caudillos Arabes abandonaban los egercitos y la causa del Koran. Llegaron las quejas de los oprimidos a noticia del califa, el cual libertó a España de aquel azote, confiando su gobierno a Alsama ben Melic, hombre acreditado por sus campañas tanto como por su prudencia y su moderacion.

Los primeros actos de su gobierno tubieron por obgeto la seguridad de las provincias que los Arabes ocupaban en la parte meridional de Francia. Pero los Cristianos de aquella tierra acudieron a su defensa en tan exorbitante multitud, que, segun la espresion de los escritores Mahometanos, oscurecian la luz del cielo con nubes de denso polvo. No se intimidó el caudillo al ver esta desproporcion de fuerzas, antes bien animando a sus tropas con su egeemplo y sus palabras, dispuso un ataque general, en el que los dos egercitos se encontraron, con el impetu de dos furibundos torrentes. Fue larga y dudosa la pelea, atroz la matanza, y funesto el resultado para las huestes Muslimes, porque habiendo caido Alsama atravesado por una lanza

enemiga, despues de haber hecho prodigios de valor, desalentadas sus tropas, abandonaron el campo de batalla, dejandolo cubierto de sangre y de cadaveres. Retiraronse a Narbona, donde los caudillos de la frontera oriental confirieron el mando a Abderahman ben Abdala, con gran satisfaccion de los soldados, que admiraban en él no solo la inteligencia militar y el valor, sino el mas noble desprendimiento, y una generosidad que le atraia el corazon de todos los que servian bajo sus ordenes.

Con este prestigio, y con su prudencia y habilidad, logró reparar los males de la campaña anterior, someter a los rebeldes, que ocupaban las faldas de los Pirineos, y sacar grandes tributos y riquezas, de las que envió una parte considerable al califa, distribuyendo todo lo demas entre sus subalternos y soldados.

Mas esta prosperidad que coronaba sus empresas, y el afecto que supo grangearse con su noble liberalidad, le sucitó la envidia y el rencor de Obeida, el cual escribio una carta de quejas contra él, al gobernador de Africa, acusandolo de descuido en la administracion de las rentas publicas, y de fomentar con su imprudente prodigalidad el lujo y la corrupcion que iban ya contaminando las costumbres sencillas, y

los hábitos frugales de los Muslimes. Con tanta diligencia y empeño se hicieron estas inculpaciones, que Abderahman fue depuesto del mando, y dado este al caudillo Ambisa, que ademas de sus propios meritos, tenia relaciones de parentesco con muchos personajes de la corte de Medina. Abderahman, lejos de resentirse de esta ofensa, volvió tranquilamente al gobierno inferior que ocupaba en lo interior de España, y congratuló a su sucesor en presencia de las tropas, con las mayores demostraciones de afecto y sinceridad.

Ambisa estableció su residencia en Córdoba; ordenó la recaudación de las rentas del estado; distribuyó tierras a los Arabes sin usurpar las de los Españoles; puso en cultivo una gran parte de los baldíos; edificó un puente sobre el Guadalquivir; visitó las provincias interiores; administró en ellas severa justicia; sometió algunos pueblos rebeldes, y en todas partes se hizo amar por su moderación, por su imparcialidad y por su cordura.

En el tiempo de su gobierno se alborotaron los Judíos de España por haberse aparecido en Siria un impostor que se decía el Mesías prometido en las escrituras de aquel pueblo. Todos ellos abandonaron la península, y sus bienes

fueron aplicados a las cajas publicas. Arreglados todos estos negocios, Ambisa pasó los Pirineos; llegó a las orillas del Rodano; tomó muchos despojos y cautivos, y murio en aquella campaña, de las gloriosas heridas que recibio, combatiendo denodadamente a la cabeza de sus escuadrones.

Sucedieronle varios caudillos tan oscuros por sus cualidades, como por la brevedad de sus gobiernos, depuestos los unos por el capricho y las intrigas de los gobernadores de Africa, y otros en virtud de las quejas que de sus exacciones y crueldades llegaban al trono de los califas. Abderahman ben Abdala volvió al timon del estado, y no desmintio la opinion que habia adquirido en la primera epoca de su mando.

Dos años ocupó aquel hombre celoso y benefico en visitar las provincias, reformando los abusos que habian introducido sus predecesores, deponiendo a los alcaides que habian traspasado los limites de su autoridad, y esmerandose sobre todo en restituir a los Cristianos los privilegios que se les habian quitado, y de que debian gozar, segun los terminos de las capitulaciones. Entretanto llegaron los socorros de hombres que con vivas instancias

habia pedido al califa, para consolidar la paz de que necesitaban los pueblos, y hacer respetar las barreras de los dominios sometidos al Islam. Insaciable de gloria, pues parece que no tenia la vida, sino para esponderla intrepido a los mayores peligros, meditó hacer una expedicion en Francia, que los Arabes llamaban Afranc, y dio para ello las ordenes convenientes a los gefes de la raya.

Mandaba en las faldas de los Pirineos Othman ben Abi Neza, hombre de valor y de nobles prendas, pero emulo de la reputacion y gloria de Abderahman, y envidioso ahora de su autoridad. Este caudillo, en una incursion que habia hecho en Francia, cautivó a la hija de Eudón, duque soberano de Aquitania, y prendado de la hermosura de esta dama, concertó por su medio paces con los Cristianos. Enterado de los designios del gobernador de España, le escribió dandole cuenta de los tratados que existian, y procurando disuadirlo de su intento: mas Abderahman desaprobó un convenio hecho sin su autorizacion, y no se creyó obligado a darle cumplimiento. Sospechando ademas los tratos secretos de Othman con los Cristianos, envió a Gedhi con tropas, para que observase los movimientos de aquel caudillo, y le diese

muerte si se apartaba de la senda de la obligacion. La entrada de esta division en la ciudad en que Othman se hallaba fue tan repentina, que apenas tubo tiempo de huir con su hermosa cautiva, y algunos soldados que le eran adictos. Gedhi mandó a los suyos que persiguiesen al fugitivo por los pasos mas dificiles de los montes. Descansaba Othman con la hija de Eudon, por hallarse mui fatigados del camino y del ardor del sol, y yacian a par de una fuente que de unas altas quebradas se derrumbaba, formando en el valle un prado verde y florido: alli estaba el antes intrepido guerrero, mas cuidadoso de su amada que de su propia vida, y aunque tan avezado a los peligros de la guerra, temblaba del murmullo de las hojas, y del ruido de las aguas que de las empinadas rocas se desprendian. Oyose el estrepito de los caballos, y su escolta huyó despavorida; él quiso hacer otro tanto con la dama, y la defendio con su acostumbrado brio, al verse acometido por todas partes; pero fue herido de muchas lanzas, y murio victima de su pasion. La Cristiana fue enviada al gobernador, quien dispuso que pasase a Damasco, como digna por su sangre y hermosura, de ocupar un puesto en el harem del califa.

La noticia de la desgracia de Othman pasó los Pirineos, y los habitantes de Aquitania, previendo los males que les apercibía un enemigo implacable, se prepararon a defenderse hasta el ultimo extremo: pero el inmenso egercito de los Muslimes, precipitandose de las cimas de los montes, a guisa de furibundo torrente, triunfó de todos los ostaculos. Desde Navarra a Bordeos, esparcieron por todas partes la desolacion y la muerte, dejando por vestigios de su transito, incendio, lagrimas y ruinas. Vencedores en todos los combates, cubiertos de sangre y de despojos, convencidos de que el profeta les aseguraba la victoria, los Arabes sonreian a vista de sus nuevos enemigos, complaciendose de antemano en su destruccion. Bordeos, despues de una viva resistencia, fue tomada por asalto. El gobernador murio con las armas en la mano; su cabeza sirvio de trofeo al enemigo, y los habitantes entregados a la cimitarra y a la codicia del vencedor, ni aun pudieron rescatar la vida, a costa de todas sus riquezas. Abderahman prosiguió su marcha, hasta encontrar en el paso de la Dordoña, con las tropas del duque de Aquitania: mas estas no pudieron sostener el empuje de los invasores, cuyo numero solo bastaba para arrollarlas. Eudon, vencido, atropellado, sin esperanzas de sacar nuevos refuer-

zos de sus estados, olvidó los resentimientos que lo habian separado de la amistad de Carlos Martel, y fiandose en la nobleza de su caracter, imploró sus ausilios. Carlos Martel se los concedio, tanto por humanidad, como por politica. Conocia sin duda que los destinos de la Francia y los de Europa dependian del exito de aquella guerra; por que si no se contenian al principio sus progresos, los hijos del Islam, no tardarian en plantar sus estandartes en las margenes del Rin y del Danubio.

Resonó el grito de guerra en todos los confines del dominio de los Francos, y de todas partes acudian veteranos aguerridos, ansiosos de seguir los pasos del heroe que tantas veces los habia conducido a la victoria. Entretanto los Arabes se dirigieron a la ciudad de Tours, a vista de cuyos muros supo Abderahman los preparativos que se hacian en Francia para salir a su encuentro. El valor no oscurecia en él la precaucion ni la prudencia; vio a sus soldados cargados de riquezas, y temio que entibiase sus brios el deseo de conservarlas, y hubiera mandado abandonar todos los despojos, a no temer la exasperacion general que semejante medida hubiera producido: pero confiado en sus generales y en su fortuna, permitio que sus tropas pusiesen cerco a Tours, y dirigio con tanto

ardor las operaciones, que se apoderó de aquella ciudad casi a vista del egercito que venia a socorrerla. Los vencedores se abandonaron a los mas crueles exesos contra los infelices habitantes, sin que su caudillo tomase la menor disposicion para contenerlos ni evitarlos. Un formidable reves debia castigar su culpable indiferencia. Los dos egercitos se encontraron en una vasta llanura entre Tours y Poitiers. Abderahman fue el primero que dio la señal del ataque. La victoria, largo tiempo indecisa, se declaró por las armas de Carlos. El caudillo Muslim hizo los mayores esfuerzos por reunir sus tropas, que empezaban a vacilar y a dispersarse, y precipitandose, para darles egemplo, enmedio de las filas contrarias, halló en ellas el termino de sus prosperidades y de su vida. Privados de su general, los Arabes no opusieron resistencia a los Francos, y estos hicieron una horrible matanza. Los restos del egercito se acogieron en los alrededores de Narbona, de donde la noticia de tamaño desastre propagó el espanto y la consternacion desde los Pirineos hasta Siria.

A la muerte de Abderahman sucedieron nuevas desventuras. Su sucesor Abdelmelic fue tan desgraciado en sus empresas, como incapaz de apaciguar las turbulencias que agitaban las

provincias. Ocupó su puesto Ocba, que pensó cuerdamente en afianzar el gobierno antes que en vengar los ultimos desastres. Mostrose mui celoso en castigar los malversadores de la hacienda publica; en confiar la administracion de la justicia a manos integras y puras; en distribuir con igualdad los tributos, en virtud del censo que mandó formar de todos los vecinos de España; en fundar escuelas y mezquitas, y en dar en su conducta personal un egemplo de sabiduria y moderacion. Hallandose en marcha acia las provincias Francesas, recibio la noticia de la revolucion de los Bereberes, o Berberies, y tubo que marchar a Africa para refrenarlos, dejando distribuido el mando entre los gefes inferiores, persuadido de la prontitud de su regreso, y de la seguridad de su triunfo.

La fortuna satisfizo sus esperanzas. Su expedicion tubo un termino pronto y feliz, y las tropas Mahometanas que acudieron a su auxilio de Siria y de Egipto eran tan considerables, que con el sobrante de ellas se hizo en pocos meses la conquista de Sicilia. Ocba volvio a la peninsula, donde la discordia de los gefes preparaba grandes calamidades a los pueblos, y division y ruina a las armas Sarracenas. Abdelmelic se habia distinguido en estas ocurrencias por su firmeza y celo en defensa de la causa publica. Ocba

pidio al califa el gobierno de España para aquel ilustre caudillo, y murio en Cordoba, con la pesadumbre de no haber podido apagar las teas de la guerra civil que anunciaban ya por todas partes un incendio general y espantoso.

Algunas tropas reciénvenidas de Africa eran las que con mas empeño fomentaban estos disgustos, y las que al fin sacaron los aceros contra sus propios hermanos. Abdelmelic, confirmado en el mando por el califa, salio al encuentro de aquella caterva alborotada, y la campaña tubo varias vicisitudes en que ambos partidos fueron sucesivamente vencidos y vencedores. Abdelmelic, despues de haber experimentado muchos reveses, se fortificó en Cordoba, desde donde envió proposiciones de paz y de conciliacion a Baleb y Thaalaba, caudillos de los Africanos. Sospechando estos que semejantes ofertas provenian de la flaqueza del partido del gobernador, se encaminaron a Cordoba, con animo de dar alli el ultimo golpe a su poder. Los Cordobeses, temerosos de los males del sitio, y de la conquista, se apoderaron del caudillo, y lo entregaron atado en manos de sus feroces contrarios. Estos le dieron una muerte horrorosa, y Baleb fue proclamado gobernador, por un pueblo atemorizado, y por un egercito rebelde.

Pero Thaalaba, que se creía con tantos derechos como su complice a la autoridad suprema, ofendido de su eleccion y del entusiasmo con que fue recibida por los guerreros y por los ciudadanos, congregó las tropas que pudo, y les declaró en alta voz que no quería autorizar con su presencia aquellos desordenes, y que aquel mismo día se ponía en marcha con los que se decidiesen a seguirlo. Hizolo en efecto, con gran parte de las huestes, a que se reunieron otros partidarios en su marcha a Merida.

Por otra parte Omeya ben Cotan, hijo de Abdelmelic, y Abderahman ben Ocba, amigo de aquel ilustre caudillo, juraron vengar su muerte, y contaban para ello con las tropas de Toledo, y con las de las provincias de Oriente, que no olvidaban sus beneficios, ni cesaban de reverenciar su memoria. Marcharon acia Cordoba, y Baleg salio a su encuentro, aunque sus huestes habian quedado mui debilitadas de resultas de la fuga de su compañero. Encontraronse las dos falanges en los campos de Calatraba, donde el desesperado furor con que embistieron los Africanos no fue menos admirable que el increíble esfuerzo con que fueron recibidos. Omeya y Baleg se buscaron en el ardor del conflicto, y pelearon con encarnizada saña, hasta que Baleg

cayó atravesado de parte a parte por la lanza de su enemigo. Con esto desmayaron los Africanos, y los que sobrevivieron a la derrota se acogieron a la division de Thaalaba.

Cundio la enemistad entre los partidos, y los buenos Muslimes ansiaban tener un gobernador, revestido de la autoridad del califa, que pusiera termino a tantas calamidades. Husam parecia destinado por la Providencia para cumplir aquellas esperanzas. Cuando este caudillo puso el pie en Andalucia, Thaalaba se habia apoderado de Cordoba, donde halló mil prisioneros, a quienes mandó degollar a vista del pueblo. Ya estaba congregada la multitud para tan sangriento espectaculo, cuando tubo noticias de la inesperada venida de Husam que se habia adelantado con mil caballos. Este anuncio le hizo mudar de intento: mandó retirar aquellos desgraciados, y salio a recibir al gobernador, el cual los puso en libertad, y envio a Thaalaba al Africa con buena escolta. En seguida se ocupó en desbaratar el partido de aquel rebelde, y en apaciguar las provincias, lo que verificó en parte, prestandose los habitantes a obedecerlo, y acogiendo dociles a su patrocinio. Para distraer a los descontentos, y estirpar en ellos la aficion a la vida vagabunda y a la rapiña, hizo una gran

distribucion de las tierras mas fertiles, entre Sirios, Arabes, y Palestinos.

Mas no por esto pudo calmar la ambicion de algunos gefes, acostumbrados a mandar sin superior, y a enriquecerse en las tormentas de las facciones populares. Distinguianse entre ellos Samail y Thueba, hombres arrojados e indomitos, que reunieron fuerzas considerables, y de comun acuerdo, y por su propia^{es} autoridad, depusieron a Husam, y declararon enemigos publicos a los que lo obedeciesen. Husam determinó sorprender a aquellos malvados en Cordoba, con cuyo obgeto se puso en marcha con gran secreto y diligencia, y con una escolta de amigos fieles: mas cayó en manos de una partida de los contrarios, y los dos caudillos de la insurreccion mandaron encerrarlo en una torre de Cordoba. Aben Cotan, amigo del ilustre preso, entró disfrazado en la ciudad, y despues de informarse del estado de la opinion y de las perversas intenciones de los que mandaban, formó el proyecto de romper su prision, y de restituirle el mando que legitimamente le pertenecia. Habiendo comunicado su intento a treinta valientes soldados de su confianza, se apoderó con ellos, durante la oscuridad de la noche, de la torre en que Husam estaba encerrado, y al romper el

dia corrió las calles en su compañía, se hizo dueño de las puertas de la fortificación, y exitó a la juventud a que se armase en defensa de la razón y de la justicia. Samail puso cerco a Córdoba, cuya guarnición se defendió con denuedo; pero Husam hizo una salida, y murió en ella, con la mayor parte de los que lo acompañaban.

Entonces quedó dividida España entre los dos gefes vencedores; mas si estos habían sabido vencer los obstáculos que se oponían al establecimiento de su autoridad, no fueron parte a contener los excesos de los comandantes inferiores, a quienes habían dado el ejemplo de la insubordinación. A tan alto punto llegaron los desordenes, y la opresión de los buenos, y las violencias cometidas contra Muslimes y Cristianos, que la desventura general trajo consigo su propio remedio. En despecho de los turbulentos, que no querían poner término a la anarquía, la mayor parte de los caudillos se juntaron, y confirieron el mando a Jusuf, que hasta entonces no se había alistado en ningún partido, y se había limitado a cumplir con su obligación. Toda España aplaudió tan acertado nombramiento, y descansó llena de buenas esperanzas. Thueba había fallecido poco antes, y Jusuf dio el gobierno de Toledo a Sa-

mail, y el de Zaragoza a su hijo, en consideracion a sus meritos y nobleza, y por templar el disgusto que podria haber exitado en ellos su elevacion.

Pero los desastres ocasionados por las anteriores desavenencias, requerian medidas vastas, y un plan de gobierno que abrazase toda la estension de los dominios Arabes en la Peninsula. Para facilitar la direccion de los negocios, Jusuf la dividio en cuatro grandes provincias, poniendo a la cabeza de cada una de ellas, hombres acreditados por su valor, y adictos a la autoridad de los califas. Al mismo tiempo se manifesto inflexible contra todos aquellos que se valian de la autoridad, para enriquecerse y frustrar el sistema de union y de tranquilidad a qué se encaminaban todas sus miras. Los sacudimientos que habian agitado la España tenian aun conmovidos los animos, y no bien satisfecha la ambicion de los que querian prosperar en medio de la miseria publica. Jusuf no pudo evitar que hubiese descontentos, ni que murmurasen de sus providencias los que no podian acostumbrarse al orden. Distinguióse entre ellos Amer, caudillo de muchas tribus Arabes, que por sus grandes riquezas, y por sus alianzas con algunas familias ilustres se creia autorizado a dar rienda suelta a sus

designios. Escribio al califa contra Jusuf, y este sorprendio la carta. Descubierta la traicion, uno y otro se quitaron la mascara, e hicieron preparativos de guerra, contando Amer con muchas partidas de guerreros de oriente, y Jusuf, con los egercitos fieles, y con todos los que habian seguido las banderas de Samail. Fueron muchos y mui encarnizados los encuentros; grande la perdida de una y otra parte; espantoso el desorden que se introdujo en las provincias, y miserable la condicion de los pueblos, privados de autoridad legitima, y continuamente espuestos a la codicia y la venganza de las facciones.

Tal era la situacion de los Arabes en España, acia los fines del dominio de los califas de oriente. Duró este periodo cuarenta y cinco años, y en él dominaron la peninsula veinte caudillos principales, de los que muchos se distinguieron por su valor, y mui pocos por sus virtudes. Antes de entrar en la narracion de los sucesos posteriores, debemos volver atras con nuestra historia, y presentar en resumen los principales acaecimientos ocurridos en Africa y en Siria.

CAPITULO IX.

Revueltas en Africa. Fin de la Dinastia Ommiyah.

DEJAMOS pacificados a los Berberies por la intrepidez de Ocba, aunque fermentaba entre ellos el germen de la rebeldia, contribuyendo en gran manera a exasperar su resentimiento las crueldades e injusticias de los gobernadores Arabes, que los oprimian y molestaban para socorrer los egercitos de la Peninsula. Los Berberies se sometian por un momento a la superioridad de sus dominadores, y se retiraban al interior de Africa, por senderos y desiertos que solo ellos conocian, y en que no osaban penetrar los Mahometanos. Volvian a reunirse en gran numero, y levantaban de nuevo el grito de independencian; hicieronlo asi despues de la salida de Ocba, y acometiendo de pronto a los Muslimes, les mataron tanta gente, que fue necesario que acudiese a contrarrestarlos el formidable egercito que guarnecia las fronteras de Egipto. Al saber estas nuevas, los Berberies

doblaron sus esfuerzos, y con inmensa muchedumbre de guerreros, aguardaron a sus enemigos en un desierto abrasado, que parecia un mar de arena. Fue espantoso el choque de aquellas huestes. El polvo y las flechas oscurecieron la luz del dia. Todas pelearon con igual furor, y los historiadores Arabes los comparan a tigres y leones, que con implacable fiereza se despedazan. Los caballos Arabes no pudieron resistir el cansancio, el ardor del sol, ni el choque de los ginetes Moros. Los Muslimes fueron completamente desbaratados, y los que salvaron la vida, se embarcaron con precipitacion, y buscaron asilo en las playas Españolas.

Por este tiempo fue proclamado califa Walid ben Jezid, gran poeta y musico sobresaliente, pero hombre destemplado en sus pasiones, menospreciador de la religion, dado al vino y al libertinage, y enemigo del trabajo y de la aplicacion. Pocos meses despues de haber tomado posesion del mando, los pueblos de Siria de comun acuerdo proclamaron a su primo Jezid, el cual aprobó la conmocion, y ofrecio cien mil monedas de oro por la cabeza de Walid. Hallabase este divirtiendose con sus esclavas y cantores, en un jardin de las inmediaciones de Damasco. Acercaronse los amotinados, dispersaron la guardia, y en-

trando donde estaba el gefe de los creyentes lo despedazaron sin piedad, y llevaron su cabeza y sus manos a Damasco. Jezid fue reconocido por las tropas, y tratado de usurpador por muchas ciudades de oriente, que se negaron a prestarle obediencia. Fue breve su reinado, durante el cual los dominios orientales del Islamismo no presentaron mas que una vasta escena de crueldades, robos, y disturbios.

Sucediole su hermano Ibrahim, contra quien se alzó el caudillo Meruan, bajo el pretexto de vengar la muerte de Walid, y de libertar a sus dos hijos, que se hallaban presos en Damasco. Suleiman tomó el mando de las tropas del califa, y dio muerte a los dos principes, exasperando de este modo mas y mas a los contrarios. Dieronse varias batallas, y como iba cundiendo la discordia, y los pueblos maldecian la autoridad de un principe debil, incapaz de contener el torrente de la guerra civil, Ibrahim abdicó la corona, y reconoció por su gefe a Meruan. Lo mismo hicieron las tropas, y los caudillos, y todos los pueblos de Siria. Meruan fue el ultimo principe de la raza de los Ommyahs, y él mismo precipitó la perdida de su dinastia por su descuido y abandono. Durante su reinado se acabó de desmembrar el imperio, rotos los vinculos de

la subordinacion, armados los pueblos unos contra otros, y entregadas las huestes a los caprichos del primero que se ponía a su cabeza. Murio peleando en Egipto, y los restos de su familia tubieron un fin tan lamentable, que no podemos menos de referirlo en este lugar, para dar una idea de la barbarie de aquellos siglos y de aquella nacion. Noventa fueron los individuos de la familia de Ommiyah, que se acogieron a la corte de Abdala, rico personage, mui unido con la faccion que aspiraba al trono. Este hombre inhumano los convidó a un magnifico banquete, y cuando estuvieron reunidos en el salon del festin, mandó azotarlos, hasta que cayeron desfallecidos. Entonces se estendieron las alfombras, y las gentes comieron sobre aquellos desventurados, oyendo sus gemidos, hasta que todos perecieron. Los deudos de la misma ilustre familia fueron perseguidos, y arrojados a los campos y soledades, donde murieron devorados por los perros y aves de rapiña.

CAPITULO X.

Segunda Epoca del Dominio de los Arabes en España. Abderahman.

LA destruccion de la raza de los Ommiyahs no fue tan completa como habian deseado sus enemigos. Abderahman que descendia de aquella ilustre familia se hallaba lejos de la escena sangrienta en que perecieron los suyos, cuando se consumó aquel crimen espantoso. Buscaronlo sin embargo para saciar la venganza de los que habian ocupado el trono de sus padres, y tubo la fortuna de que sus amigos le diesen avisos oportunos, y lo proveyesen de joyas y de caballos. Disfrazose, y temeroso de ser descubierto en Siria, donde, como hijo de principes opulentos, era generalmente conocido, abandonó sus palacios y la ciudad nativa, y sin osar acogerse a poblado, andubo errante y fugitivo, entre Beduinos y pastores, acostumbrandose facilmente a la dureza de aquella vida, y no echando menos los regalos y delicias en qué habia pasado su niñez. Empleaba los dias huyendo

de los hombres, y las noches en continuo sobresalto, y por las alboradas, era el primero que salia de la tienda, y ponía el freno al caballo.

Pensando estar mas seguro en Africa, pasó a ella, siendo su gobernador Aben Habib, que debía su elevacion a los califas Ommiyahs ; pero siguió el aire de la fortuna, y echó en olvido a sus antiguos protectores. Tenia este caudillo dadas las ordenes mas severas para prender al joven fugitivo, y cuando supo por sus espías que habia entrado en los terminos de su jurisdiccion, avisó a los alcaldes, y esforzó sus diligencias y precauciones.

Pero Abderahman hallaba por todas partes gentes bien intencionadas que se le aficionaban, y le ofrecian asilo y defensa. Tenia a la sazón veinte años ; era de gentil talante ; de magestuosa fisionomia, y su condicion afable ganaba los corazones de cuantos lo trataban. Los Beduinos del aduar en que estaba hospedado fueron una noche alcanzados de una compañía de gente de a caballo, enviada por Aben Habib para prenderlo. Preguntaronle por un joven de Siria, dándole las señas que concordaban con las de Abderahman, y recelando ellos que aquella indagacion llevase intenciones siniestras, les respondieron que el mozo que buscaban ha-

bia ido a caza de leones con otros juvenes, y debian pasar la noche en un valle que les indicaron. Partieron los soldados en aquella direccion, y los honrados Beduinos marcharon presurosos a sus tiendas, y dieron cuenta a su huésped de lo ocurrido. Agradecioles Abderahman con lagrimas en los ojos lo que por él habian hecho, y acompañado de seis valientes mancebos, huyó por asperos desiertos, hasta llegar a Tahart, donde hallaron generosa acogida. Eran los habitantes de aquel pueblo, Berberies de la tribu de Zeneta; la misma de la que descendia la madre de Abderahman, por lo que no tubo inconveniente en descubrirles su nombre y condicion, y las desgracias de su familia. Divulgada esta noticia, los principales de la tribu lo visitaron con gran afecto y entusiasmo, ofreciendole su amistad y favor, y acrecentando la buena voluntad que ya le tenian, y que naturalmente inspiraban su gallardia y afabilidad.

Iban entretanto agravandose de tal modo los males que oprimian a los pueblos de España, que su mismo exeso debia acelerar su terminacion, y acarrear una epoca mas tranquila y venturosa. Conocianlo asi todos los buenos Muslimes, y gemian al ver que no se presentaba la menor esperanza de remedio. En esta amarga

crisis no faltaron varones prudentes y determinados que pensasen en tomar una medida capaz de aterrar a los malos, y dar seguridad y reposo a los buenos. Juntaronse hasta ochenta caudillos en Cordoba, y con la reserva y precauciones que las circunstancias exigian, conferenciaron desapasionada y pacíficamente sobre los medios de acabar la guerra civil, y establecer en España un gobierno independiente y justo, que asegurase la administracion de justicia, el orden publico, y una sucesion permanente de mando. Todos convinieron en el funesto aspecto que presentaban las cosas de Oriente; en el trastorno del imperio de los Muslimes; en la necesidad de separar la peninsula Española de los dominios de Asia, y Africa; en fin en la misera condicion de los pueblos, que ya vivian aislados y prevenidos unos contra otros, sin osar mantener las relaciones de trafico y de industria que son las que forman la vida de los estados. Conocienda la naturaleza y la estension del mal, era necesario tratar del remedio que mas podia convenirle. Mas esta proposicion impuso silencio a los miembros de aquella junta, hasta que uno de ellos, Wahib ben Zahir, se levantó y dijo: "que la autoridad del imperio Muslimico se ha separado de su puro y santo origen, y ha caido en

manos indignas de manejarla, es una verdad harto dolorosa, pero demasiado conocida y patente; que todo lo que de ella provenga, traera consigo degeneracion, y perversidad, es una consecuencia necesaria de lo que vemos en el orden comun de la naturaleza, por que los rios y corrientes, son tanto mas turbios y cenagosos, cuanto mas se alejan de sus primitivos manantiales. Pero ¿quien sera el insensato que teniendo cerca la peña de donde brotan las primeras aguas, prefiera calmar la sed con las que ya se han impregnado en fango y corrupcion? Aun existe la familia del profeta enviado de Dios. Un bastago de aquel arbol glorioso vegeta todavia al abrigo del hierro mortifero que ha destruido el tronco. Abderahman vaga profugo en las arenas de Africa, conducido sin duda por la providencia cerca de los confines de España, para cimentar en este pais, con la sangre de Mahoma, la pureza de su doctrina, la legitimidad de su imperio, y la ventura de las naciones." Los miembros de la reunion que no estaban en el secreto de los destinos de Abderahman, procuraron informarse menudamente de todo lo relativo a este interesante personage; y cuando Wahib hubo satisfecho su curiosidad, todos se pronunciaron unanimes, y con ardiente

entusiasmo en favor del noble proscrito, declarando que debía reinar en España, con entera independencia de los califas Orientales, y de todos sus gobernadores en Egipto y en Africa, y respondiendo los que alli se hallaban por todos los demas Muslimes, que no tardarian en abrazar esta favorable ocasion de terminar los males de la guerra civil, y de acogerse a una autoridad sancionada por la voz del cielo.

Temam ben Alcama, y Wahib ben Zahir partieron a Africa, con gran secreto y diligencia, pretestando diversos motivos, afin de que Jusuf no recelase sus verdaderas intenciones. Llegaron a Tahart, donde fueron acogidos con el mayor cariño por los Moros Zenetes, y presentados al augusto profugo, le dieron cuenta de la comision que traian, pintandole al mismo tiempo con los mas vivos colores la triste situacion de las provincias de España, y los ardientes deseos que tenian todos sus habitantes de reconocer como gefe de la nacion un hombre, tan digno por su sangre como por sus meritos, de regirla. Abderahman contestó que se hallaba pronto a pelear por la causa de los Muslimes de España, y que aceptaba con la mayor satisfaccion la obediencia que le ofrecian. “ Ni los trabajos, dijo, ni las adversidades me intimidan: ni los horro-

res de las batallas y de la muerte me ponen espanto, que ya en pocos años la inconstante fortuna me ha enseñado a despreciar muchas veces la vida, y me ha puesto delante de los ojos espantosos peligros y amarguras; y pues tal es como decis la voluntad de nuestros hermanos, yo soi contento de ser su caudillo y defensor, si Dios quiere." De gran jubilo sirvio a los enviados la respuesta que acababan de recibir. Propagada la noticia entre los Zenetes, fue acogida con grandes demostraciones de aplauso. Todos ellos celebraron tanto la determinacion de los caudillos de Cordoba, como la condecendencia de Abderahman. Ofrecieronle socorros de gente armada, no solo para instalarlo en su nueva autoridad, sino para conservarle su posesion, y a pesar de su modestia y repugnancia, dispusieron que lo acompañasen mas de mil hombres agueridos. Hechas todas las disposiciones para la marcha, Abderahman montó a caballo, y fueron generales las lagrimas de unos y otros. Al fin fue necesario separarse de tan buenos y leales amigos, y someterse a los decretos de la providencia.

Su llegada a la costa de Andalucia, difundio el gozo y la esperanza en aquellos pueblos, que lo recibieron como su libertador, con sinceras

aclamaciones y grandes festines. A los pocos dias, se le allegaron mas de veinte mil hombres, y toda la juventud de las provincias meridionales lo reconoció por monarca, y quiso alistarse bajo sus banderas. Cuando llegó a Sevilla, salió a recibirlo la poblacion entera, y allí mismo recibió diputaciones de muchas ciudades principales, que le ofrecían sumision, e imploraban su patrocinio.

Jusuf sabía todas estas cosas, y estaba cada vez mas resuelto a sostener su autoridad, y negar obediencia al nuevo monarca. Dio orden a su hijo, que mandaba en Cordoba, de sostener aquel puesto: pero Abderahman puso cerco a la ciudad, con animo de no levantar el campo hasta rendirla. Salio el hijo de Jusuf al encuentro de estos nuevos enemigos; trabose una batalla general, y los rebeldes fueron arrollados y perseguidos hasta los muros. Samail acudio con numerosas huestes al socorro de Cordoba: Abderahman dejó diez mil hombres en el sitio y partió con el resto de sus tropas a detener su marcha. Encontraronse los egercitos en las inmediaciones de Musara. Fue violento el choque, y largo y obstinado el conflicto: pero los Zene-tes peleaban con tanto furor, que no habia medio de resistirles. Las tropas de Samail deja-

ron el campo de batalla y perdieron gran numero de combatientes. La noticia de este vencimiento llenó de consternacion a los Cordobeses, los cuales, propusieron al gobernador que concertase la entrega de la plaza, pareciendole temeridad hacer frente a las fuerzas que se aproximaban. El hijo de Jusuf respondió que si en cierto tiempo no recibia los socorros que esperaba, les dejaria hacer con el vencedor una capitulacion honrosa y pacifica. Pero cuando Abderahman volvió al campamento, hubo noticias de que Jusuf y Samail se habian refugiado a provincias distantes. Los habitantes concertaron su entrega, con la condicion de que las tropas del rei entrasen por una puerta, y la guarnicion saliese por otra. El rei se detubo poco tiempo en Cordoba, pues llamaban su atencion las provincias turbulentas, muchas de las cuales se pacificaron, y cedieron a su yugo, como lo hizo tambien el mismo Jusuf, por los consejos y mediacion de Samail, a quien Abderahman recompensó con el mando de la España oriental. Volvió en seguida a Cordoba, para asistir al parto de la sultana Howara, que dio a luz un principe, a quien se dio el nombre de Higem. Abderahman celebró este acontecimiento distribuyendo grandes limosnas, erigiendo suntuosos edificios, y plan-

tando en su huerta una palma, de la que dicen que provienen todas las que hai en España. La ciudad de Cordoba fue declarada metropoli del imperio de los Muslimes en la peninsula.

Jusuf, que no podia acostumbrarse a obedecer, despues de haber ocupado por espacio de nueve años el mando supremo, reunio alguna gente, y atacó de pronto las tropas de Abderahman. La batalla fue sangrienta pero pronta. Jusuf cayó cubierto de heridas, y los suyos se rindieron al vencedor, o se refugiaron en los montes. Sin embargo aun tenia partido en España, y particularmente en Toledo, cuya numerosa guarnicion pertenecia a sus antiguas tropas: pero pudo mas la decision de los vecinos, y estos entregaron la plaza a los gefes que iban a ponerle asedio. La posesion de esta antigua capital no fue tan larga y pacifica como debia esperarse. Tramose en ella una conjuracion, cuyos gefes dieron muerte a los fieles y prepararon una larga resistencia. Abderahman acudio en persona a castigarlos: mas viendo que el sitio podria ser largo y penoso, envió mensajeros a la ciudad, ofreciendo el perdon de los rebeldes. Despues de largas conferencias entre estos, resolvieron aceptar aquel partido. Asi se verificó

señalando el rei en esta ocasion tanto su prudencia como su generosidad.

Mas a estos disturbios domesticos, siguieron hostilidades de un caracter mas serio, y cuyas causas tenian raices mas profundas. Abu Giafar Almanzor, califa de oriente, no podia mirar sin despecho la perdida de tan ricas posesiones, ni el entronizamiento de una familia, obgeto de su ogeriza y de su temor. Dispuso una expedicion formidable, para que pasase a España, y destruyese el nuevo trono que se habia levantado sobre las ruinas del antiguo dominio. Abderahman, informado de estos preparativos, por sus amigos los Zenetes, tomó vigorosas disposiciones para su defensa, encargando el mando de la frontera a hombres de su confianza, y armando toda la juventud de los pueblos fieles. Desembarcaron las tropas orientales en la costa de Algarbe, y noticiosos de esto los rebeldes de Toledo, se apoderaron del alcazar, degollando a su guarnicion, y proclamaron al califa de oriente. Abderahman acudio al peligro mas inmediato, y con los tercios mas escogidos de Africa y Andalucia, destruyó a los reciénvenidos, muriendo en esta ocasion su gefe Mogueith, gobernador de Cairvan. Abderahman mandó su cabeza a

esta ciudad, en cuya plaza la fijó de noche un confidente, con una inscripción que decia: “ Asi castiga Abderahman a los temerarios.”

Los que escaparon con vida de aquella accion, se ocultaron en la serrania de Ronda, de donde pasaron a Africa, a pedir ausilios para continuar su empresa, en tanto que otros permanecian en los montes de Elbira, sublevando a los pueblos, y peleando con varia fortuna contra los destacamentos que los acometian. Toledo abrio de nuevo sus puertas a las armas del rei: mas estas tenian que acudir a puntos tan remotos, que solo la prudencia de Abderahman, y la fidelidad con que lo servian sus pueblos, podrian hacer frente a tantos y tan ostinados enemigos. Los Cristianos de Galicia, se rebelaron; en la costa de Granada hubo tambien descontentos y parcialidades, y en la de Cataluña se aparecio una escuadra con tropas de desembarco, mandadas por Sekelebi, y que parecian resueltas a dar el ultimo golpe a la autoridad de Abderahman. En todos estos puntos habia continuas peleas, que solian ensangrentarse, y ocasionar considerables perdidas a ambos partidos; mas en ninguno era tan encarnizada la lucha como en Andalucia, donde las tropas del califa, mandadas por Meknesi, consiguieron algunas ventajas, y se apoderaron

aunque por pocas horas de Sevilla. En uno de estos encuentros, Abdelmelic, gobernador de aquella plaza, mató por sus manos a su hijo Casim, por haber vuelto la espalda al enemigo. Pero no fue de mucha duracion el triunfo de Meknesi; acometido por las tropas de Merida y Cordoba, al paso del Guadalquivir, murio peleando con el mayor denuedo, y su cabeza, y las de cincuenta caballeros que lo escoltaban, fueron presentadas a sus huestes, que no tardaron en desordenarse y huir. El mismo exito tubo la conspiracion de Husein en Zaragoza, y la irrupcion que hicieron los Francos por los Pirineos. Aquel gefe fue decapitado por los gobernadores de la provincia, y los invasores estrangeros volvieron arrollados a sus montañas.

En medio de todas estas agitaciones, era admirable la sabiduria que brillaba en la conducta publica y privada de Abderahman. No solo acudia personalmente adonde lo llamaban los mas urgentes peligros, si no que dirigia todas las operaciones de la campaña, atendia a la defensa maritima de las costas, y cuidaba de la administracion de la justicia, y del buen arreglo del gobierno interior. Con no menor atencion se aplicaba al desempeño de sus obligaciones domesticas, al estudio de la literatura, y a la prac-

tica de las virtudes privadas, que suele ser la piedra de toque de los hombres constituidos en altas dignidades. Sus dos hijos Suleiman y Higem recibian una educacion esmerada bajo la direccion de los hombres mas doctos de su tiempo. Su padre les mandaba asistir a los tribunales, y al consejo de estado, afin de que desde temprano se acostumbrasen al manejo de las negocios publicos, y a la inteligencia de las leyes. Solemnizaban estos principes los dias del nacimiento del rei, dando esplendidos convites a los sabios de la nacion, y celebrando academias literarias y justas poeticas, en que daban un generoso premio al mejor elogio que se presentaba de Abderahman. Ellos mismos hacian versos, y elegantes discursos, que recitaban en aquellas reuniones, imitando el ejemplo de su padre, que en las exequias de su amigo y compañero Moavia, cadi principal de España, pronunció un elocuente elogio funebre, ante toda la poblacion de Cordoba, y en otras ocasiones compuso piezas poeticas, de las que aun se conservan algunas que acreditan su ingenio y gusto acendrado.

Mas los intervalos que daba a estas ocupaciones tranquilas eran breves, y continuamente turbados por las revueltas que hervian por todas

partes, y que fomentaban a porfia la envidia de los califas de oriente, y la ambicion de los gefes subalternos.

Poco tiempo despues de los alborotos que hemos referido, Abulaswad, hijo de Jusuf, que estaba preso en una de las torres de la capital, logró inspirar compasion a sus carceleros, fingiendo con mucha propiedad y destreza que habia perdido la vista. Descuidaronse en su custodia, y él supo aprovechar aquella negligencia, escapandose de la torre, con la ayuda de algunos amigos secretos de su padre, que le habian dispuesto ropa y caballo a los orillas del Guadalquivir. Cuando llegó esta noticia a oidos de Abderahman, dio grandes muestras de pesadumbre y recelo. “Todo es obra, dijo, de la sabiduria eterna, que nos enseña con este acontecimiento, que nunca se hace bien a los malos, sin hacer al mismo tiempo mal a los buenos.” No fueron en efecto vanos sus temores. Abulaswad se acogio a las montañas de Cazorla y Segura, donde se le reunieron seis mil hombres, de la antigua faccion de su padre. Partio Abderahman con tropas escogidas, y muchos caballeros principales de las provincias fieles, y empezó la guerra, con notable desigualdad entre los dos partidos, pues los rebeldes, muchos de los cuales

eran bandidos desalmados, ocupaban las malezas y los riscos, y las tropas del rei, que eran la mayor parte de caballeria, sufrían grandes molestias en aquellas sierras asperas, y quebradas. Muchas veces intentó Abderahman empeñar una accion general, atrayendo al enemigo a la llanura; mas nunca pudo verificarlo. Al fin cansado de tanta dilacion mandó que sus balles-teros rompiesen por los montes, y persiguiesen a los malvados, do quiera que se ocultasen. Asi se hizo, con tanto acierto y fortuna, que fueron pocos los que escaparon con Abulaswad acia los Algarbes. Este desalumbrado continuó perseguido, y se vio poco despues abandonado por los suyos, sin quedarle otro refugio que los despoblados y las malezas, donde vivia como fiera de los montes, echando menos el retiro y oscuridad de la prision en que habia pasado su juventud. Mas afortunado fue su hermano Casim, aunque no menos imprudente; pues tambien alzó el estandarte de la rebelion, pero cayó en manos de las tropas leales, que lo presentaron encadenado a Abderahman; mas este, satisfecho con su sumision y arrepentimiento, le concedio generoso perdon, lo puso en libertad, y le dio grandes posesiones en Sevilla.

Terminada esta campaña, y un viage que hizo

en seguida Abderahman por la mayor parte de sus estados, para oir por si mismo las quejas y demandas de sus subditos, volvio a su amada Cordoba, donde celebró la pacificacion de su reino, construyendo la gran mezquita de aquella ciudad, cuyos planes trazó él mismo, con tanta magnificencia como gusto. Quiso que exediese en dimensiones y suntuosidad a las dos celebres mezquitas de Bagdad y Damasco. Tenia este edificio diez y nueve puertas que daban entrada a otras tantas calles de columnas de preciosos marmoles. La elevacion de la torre era de cuarenta brazas, y todos sus adornos y proporciones arregladas al mas severo gusto de la arquitectura Arabe. Abderahman dotó con gran munificencia las escuelas pertenecientes a esta mezquita; trabajaba en ella una hora cada dia, y gastó en su construccion mas de cien mil doblas de oro.

Esclusivamente dedicado al bien de sus pueblos, y deseoso de asegurarles la tranquilidad despues de su muerte, Abderahman pensó seriamente en dejar el trono al abrigo de la intriga y de la ambicion. Con este obgeto, congregó en su alcazar de Cordoba a los gobernadores y tenientes de las provincias, a los secretarios y consejeros de estado, a los gefes

de la justicia y de la religion, y a los principales personajes de su corte, y en presencia de ellos, declaró a su hijo Higem por sucesor de la corona. Todos los presentes hicieron su juramento de fidelidad y obediencia, como fieles y leales a su señor el rei Abderahman durante su vida, y para despues de sus dias a su hijo Higem, declarado sucesor de su imperio, y todos por su orden le tomaron la mano. Aunque Suleiman y Abdala, hermanos de Higem, eran mayores que él, dio el padre la preferencia a este, por haber manifestado siempre suma prudencia, afabilidad y rectitud, aunque otros atribuyeron aquella preferencia, al influjo desmedido que egercia la sultana Howara, madre de Higem en el animo de su esposo. Como quiera que sea, los dos principes, disimularon su resentimiento, y asistieron a la jura de su hermano. Terminada esta ceremonia, y despedidos los gobernadores, Abderahman pasó con Higem a Merida, donde terminó su gloriosa vida, despues de una breve dolencia, a los cincuenta y nueve años, dos meses, y cuatro dias de su edad. Fueron suntuosas sus exequias, pero menos notables por la pompa que las acompañó, que por el dolor de sus pueblos, y por las sinceras

lagrimas que derramaron sobre su tumba. Hígem pronunció su oracion funebre.

Abderahman fue uno de aquellos hombres adoctrinados en la escuela de la adversidad, y aventajados dicipulos de tan rigurosa maestra. Su nombre figurará con honor en el catalogo de los principes nacidos para bien de los pueblos. Reunio las grandes cualidades de guerrero, y de hombre de estado, con la agudeza del ingenio, la aficion a las empresas utiles, la piedad religiosa, y las virtudes tranquilas del hombre privado. Las circunstancias dificiles que acompañaron su gobierno, y las discordias que lo agitaron dieron mayor lustre a sus prendas generosas, ofreciendole frecuentes ocasiones de egercer su discernimiento y discrecion, y de practicar la beneficencia y la magnanimidad, tan faciles y comunes cuando sopla el viento de la buena fortuna.

CAPITULO XI.

*Higem. Batallas de Bulche, y de Lorca.
Rebelion de la España Oriental. Guerra
Santa. Caracter de Higem.*

HIGEM fue aclamado rei en Merida y en Cordoba, donde lo recibieron las tropas y el pueblo con las demostraciones de fidelidad que merecia el que se anunciaba como digno sucesor del fundador del trono de España. Pero sus dos hermanos no pudieron disimular por mas tiempo su rencor, y se emplazaron en Toledo para concertar los medios de gobernar sus provincias con entera independendia de la autoridad real. Galib ben Teman, gobernador de aquella ciudad, afeó sus intenciones, y se manifestó firme en el cumplimiento de su deber. Suleiman ofendido de sus razones mandó ponerlo en prision, cargado de cadenas. Sabidas estas novedades por el rei, escribió en terminos moderados a su hermano, preguntandole la causa del castigo que habia impuesto a uno de sus mejores servidores. Irritado Suleiman

al recibo de esta carta, hizo venir al preso, delante del mensagero del rei, y clavarlo a un palo, diciendo con increíble audacia: “di a tu señor que nos dege mandar en nuestras provincias, que no es esto gran indemnizacion del agravio que hemos sufrido, y cuentalé tambien el caso que hacemos de sus mandatos.”

Lleno de justo enojo el rei Higem, al saber la insolencia y rebeldia de sus hermanos, mandó a todos los gobernadores de las provincias que los tubiesen por enemigos del estado, y que pusiesen sus plazas y castillos en pie de defensa. Reunio veinte mil hombres, de todas armas, y con ellos marchó a Toledo, donde ya se habian hecho grandes preparativos, y se habian congregado las tropas seducidas por los principes. Quedó Abdala encargado del mando de la plaza, y Suleiman tomó el campo, con designio de presentar batalla a su hermano y señor legitimo.

Encontraronse ambas huestes cerca de Bulche, y se mezclaron en sangrienta batalla, cual si fueran enemigos de lei, lengua, y costumbres diferentes. A la caida del sol empezaron a retroceder los de Suleiman, y la oscuridad de la noche impidió su completa derrota. El vencedor siguió hasta Toledo, y le puso cerco, defendiendola Abdala con inteligencia y valor.

Durante el asedio, el rei hizo un viage a Cordoba, y Abdala, viendo que no se presentaban los socorros que Suleiman habia prometido, que las provisiones escaseaban, y que el pueblo se mostraba despechado e impaciente, pidio licencia a los sitiadores para enviar un mensagero a su hermano, con propuestas de rendicion. Obtenida la venia de los caudillos, el mismo Abdala pasó disfrazado a la capital, donde Higem lo recibio con los brazos abiertos, olvidando todo lo pasado, y ofreciendo tambien perdonar a Suleiman, si dejaba las armas. Concertada entre ambos principes la entrega de Toledo, pasaron juntos a aquella ciudad, enmedio de las aclamaciones de los moradores. Abdala se retiró a una hermosa casa de campo que su hermano le dio en aquellas cercanias.

Suleiman entretanto ni desmayaba al ver el funesto golpe que acababa de recibir su partido, ni se sentia con deseos de acogerse a la noble generosidad del rei. Retirose a tierras de Murcia; siguió alistando gente; sedujo algunos veteranos y logró presentar un gran egercito en el campo de batalla. Pero las tropas reales, mandadas por Alhakem, hijo de Higem, no se intimidaron al ver el crecido numero de contrarios que los aguardaban; antes bien rompieron por

medio de sus huestes con tan furioso empuje, que los pusieron en desordenada fuga, despues de haber hecho en ellos una matanza horrible. Cuando llegó el rei ya no habia egercito enemigo. Suleiman no se halló presente a esta catastrofe, y cuando tubo noticia de ella por los fugitivos, echó a correr sin saber a donde, con algunos pocos amigos. Aun estos lo abandonaron, viendose acosados en todas partes, por las tropas fieles. Refugiose el malaventurado a un pueblecillo, desde donde escribió a su hermano, implorando su perdon. Higem se lo concedio sin vacilar, exigiendole tan solo que se retirase a alguna ciudad de Africa, y dándole considerables sumas por las haciendas y estados que poseia en la peninsula.

Mas estos disturbios de la familia real dejaron en pos un incendio que no pudo apagarse tan prontamente como la enemistad que les dio origen. Unieronse algunos gobernadores del oriente de España, y tomaron el campo con tercios numerosos y aguerridos. Salio contra ellos Abu Othman, gobernador de Valencia, el cual los vencio en repetidas batallas, y se apoderó de las ciudades que aquellos revoltosos oprimian y tiranizaban. El rei mandó a Othman que se acercase a los Pirineos, y aguardase re-

fuerzos, para recobrar las plazas que los Cristianos habian quitado a los Muslimes.

Afin de terminar con prontitud y seguridad aquella empresa, Higem mandó publicar la guerra santa, que era la que se hacia contra los que no creian en la lei de Mahoma; novedad que produjo entonces mucha sensacion en España, porque ya hacia largos años que los Muslimes solo peleaban entre si, descuidando la obligacion que el Koran les impone, de propagar la fe con la cimitarra. Alistaronse con celo y entusiasmo cuantos jovenes se hallaban en estado de combatir, y formose un egercito compuesto de muchas divisiones. Cada una de ellas tomó distintas direcciones, y aquellos torrentes impetuosos se esparcieron con impetu irresistible por Galicia, Biscaya y Cataluña, hasta penetrar en las provincias meridionales de Francia. La destruccion fue espantosa; el botin inmenso; estraordinario el jubilo de los pueblos Muslimes. Higem, recibio en Cordoba los despojos que le correspondian, y los consagró a la construccion de la mezquita que su padre habia comenzado.

Quedó por fin concluida esta magnifica obra, de cuya amplitud podra formar el lector alguna idea, sabiendo que cubrian su techumbre cua-

trocientas sesenta y siete mil y trescientas tejas. Formaban su distribucion interior treinta y ocho naves a lo ancho, y diez y nueve a lo largo, divididas por mil y noventa y tres columnas de marmol. Dabanle entrada diez y nueve puertas, cubiertas de planchas de bronce de maravillosa labor, y la principal estaba revestida de laminas de oro. Alumbraban su vasto recinto mil y setecientas lamparas, que consumian veinte y cuatro mil libras de aceite al año, y ciento y veinte libras de aloe y ambar para sus perfumes.

La terminacion de este soberbio monumento de su piedad religiosa, satisfizo toda la ambicion del rei, quien desde entonces solo pensó en disponer su alma para el ultimo trance. Aunque era joven, sabia cuan instables son los bienes terrenos, y añaden que dio asenso a una prediccion astrologica acerca de su temprana muerte. Lo cierto es que aun no habia cumplido cuarenta años, cuando declaró a su hijo *Alhakem* por heredero de la corona, y como tal fue jurado en Cordoba, con estraordinario concurso de grandes personajes, y ruidoso jubilo de los pueblos.

Acometiole en seguida una violenta enfermedad que en breves dias puso termino a su

existencia. Poco antes de morir llamó a su hijo y sucesor, y le dio sabios consejos sobre la ciencia del gobierno, y la administracion de la justicia. Conservanse aun estos documentos en las *Cronicas Arabes*, y todos ellos respiran la mas suave filosofia, y el mas puro amor a la razon y a la verdad.

Fue Higem hombre de prendas elevadas; incapaz de venganza y de rencor; protector de los trabajos utiles; magnifico en sus empresas; templado en sus acciones, y fervoroso en su devocion y creencia. Alivió en cuanto pudo la suerte de los pueblos; buscó y recompensó los hombres de merito; fomentó la aficion a las letras y a la lengua Arabe, mandando que la practicasen los Españoles, y abandonasen el Latin corrompido de que se servian. Supo grangearse la voluntad de sus vasallos, y el respeto y la admiracion de sus enemigos. En fin, si no eclipsó la gloria de su padre, dio grandes pruebas de no desmerecer su origen, y de haber aspirado a emular sus acciones y su conducta.

CAPITULO XII.

Alhakem. Disturbios en España. Guerra con los Cristianos. Revueltas en Cordoba.

APENAS supieron Abdala y Suleiman que su sobrino Alhakem habia subido al trono de Cordoba, por fallecimiento de su padre, renovaron sus pretensiones a la soberania de España, o a lo menos de algunas provincias de ella, de cuya posesion se creian violentamente despojados. Suleiman volvio a España, y unido con su hermano, consiguió formarse un gran partido en Toledo, y en otros pueblos de Castilla, en tanto que los Andaluces, fieles a la memoria de Abderahman, se armaron en defensa de los legitimos derechos de su nieto. Alhakem entendio las maquinaciones de sus tios; se dispuso a entrar en campaña, y marchó con sus huestes acia Toledo.

En su jornada acia aquella ciudad, y al estar en sus cercanias le llegaron nuevas de la derrota de las tropas Muslimes que guarnecian las faldas de los Pirineos, y de los preparativos que hacian los Cristianos para atacar las plazas de la

frontera oriental de España. Poco despues se supo la perdida de Pamplona, la entrega de Huesca, y los manejos de los gobernadores de muchas ciudades de aquella provincia, que acostumbrados a gobernar con independendencia de la corte, buscaban la amistad de los enemigos, para eximirse de la autoridad de su monarca. Alhakem partio con la flor de su caballeria a los puntos amenazados, y no solo recobró las plazas perdidas, si no que entró en Francia, se apoderó de Narbona, degollo cuantos Cristianos hubo a las manos, haciendo gran numero de cautivos, y tomando ricos despojos. Concluida tan felizmente esta expedicion, volvio acia Toledo, en cuyo territorio peleaban sin cesar las tropas Andaluzas, con los rebeldes, que aunque superiores en numero, no sabian lidiar con union ni firmeza, como gente aventurera y vagabunda, que solo habia venido de Africa a buscar fortuna, y a evitar el castigo que por sus crímenes merecia. La llegada del rei puso termino a estas hostilidades. Vencidos en todos los encuentros, los facciosos huyeron acia Murcia y Valencia.

Toledo se rindio por secretas inteligencias de los moradores, y Alhakem siguió el alcance a los fugitivos, hasta que los obligó a venir a las

manos. Acometieronse con igual intrepidez ambos egercitos, y duró el empeño la mayor parte del dia. Al caer el sol, los de Alhakem, siguiendo el egemplo del rei, rompieron la primera linea de los contrarios, a pesar de los esfuerzos que los dos gefes hacian para reunirlos y animarlos. Suleiman hizo rostro a los mas impetuosos combatientes, y él solo puso en duda la batalla que tan declarada estaba por su sobrino. Abdala acudio tambien con sus caballeros, y viendo Alhakem el pequeño numero que arredraba a sus victoriosos escuadrones, se adelantó a la cabeza de los Zenetes, y en aquel punto cayó Suleiman, atravesado el cuello por una flecha. Abdala, viendo muerto a su hermano, desesperó de la fortuna, y se puso en fuga con su gente, tomando la direccion de los montes de Denia y Valencia. Al dia siguiente, las tropas del rei, que se disponian a renovar el combate, quedaron sorprendidas viendo abandonado el campo por los enemigos. Descubriose el cadaver de Suleiman, y Alhakem mandó enterrarlo con grandes honores, para lo cual el egercito suspendio su marcha.

En breve terminó esta desventurada guerra, por la sumision de Abdala a su sobrino, el cual lo trató con noble generosidad, como tambien a

la mayor parte de los gobernadores que habian tomado las armas.

Pero los Cristianos de las provincias del Norte continuaban invadiendo los dominios del rei, el cual marchó contra ellos, y despues de celebrada una tregua con los de Galicia, volvió apresuradamente a Cordoba, en virtud de los urgentes y secretos avisos de su primo Casim. Este le descubrió el plan de una vasta conspiracion que se habia tramado en la capital, y en la que él mismo habia tomado parte, fingiendose enemigo de Alhakem, para enterarse de todo lo que pensaban los conjurados, y de los medios que iban a emplear para llevar adelante sus miras. Casim, de acuerdo con el monarca, continuó fingiendo, y se aseguró de los nombres de todos los complices, y de los sitios de sus reuniones. Dos dias antes del señalado para atacar el alcazar, todos los conspiradores fueron presos por el presidente del consejo. Trescientas cabezas cubrieron aquella noche las alfombras de Alhakem, y presentadas en la mañana siguiente a vista del publico, lo llenaron de horror y consternacion.

Abderahman, hijo de Alhakem, mancebo de quince años, contenia al mismo tiempo a los Cristianos, moviendose con gran celeridad de

unos puntos a otros, segun la urgencia del peligro, y ganandoles batallas importantes, en que fue enorme la perdida de los invasores. No por esto desmayaron; aunque disminuidas sus fuerzas, se limitaban a incomodar los fuertes de la raya: mas esta aparente calma fue precursora de una borrasca terrible. De pronto se desprendieron de los montes que les servian de refugio; corrieron y talaron los campos de Portugal; se mantubieron dos años en aquel territorio, en despecho de Alhakem, que acudio personalmente a contrarrestarlos, y en dos batallas sangrientas, derrotaron y persiguieron a los Muslimes, inspirandoles un terror que hasta entonces no habian experimentado. Abderahman vengaba en los Pirineos el honor de sus armas, y logró intimidar a los Cristianos de Galicia, y obligarlos a celebrar una tregua, de que ambos partidos necesitaban, para reparar las perdidas que habian traído consigo tantos desastres y trastornos.

Las ultimas victorias del principe, y la solemnidad de su jura, como heredero de la corona de España, apaciguaron las revueltas interiores, y ya no habia guerra sino contra Cristianos, para conservar las fronteras, amenazadas continuamente por los Españoles de las montañas.

Vivían estos separados del mundo entero, sin comercio, sin artes, sin cultura; espuestos a las mas duras privaciones en soledades fragosas, e intransitables; exclusivamente dedicados a la guerra, y hallando en su patriotismo y en su valor los medios de llevarla adelante con ahinco. Los Muslimes los despreciaban por su ignorancia y pobreza: pero no dejaban de conocer que eran irresistibles en el campo, y que seria muy difícil desalojarlos de los puntos que les servian de asilo.

Alhakem confió el mando de las tropas de las fronteras a caudillos acreditados, y se encerró en su alcazar de Cordoba, donde se anegaba en delicias, bajo las sombras frondosas de sus vergeles, y en medio de una turba de hermosas esclavas, que lo adormecian con sus alagos, y con los suaves ecos de sus voces, y de sus arpas. Solo egercia las funciones de la soberania, para apaciguar la sed de sangre que en los ultimos años de su reinado le agitaba el corazon. Empezó a disgustarse el pueblo, y a murmurar de los diez mil hombres que guardaban la persona del rei, y de las contribuciones extraordinarias que hacia pagar a ciertos generos, al entrar por las puertas de la ciudad. Diez

traginantes que se negaron a pagar este tributo, fueron presos, y condenados a morir clavados en palos. Reunido el pueblo para presenciar aquel atroz espectaculo, ocurrio que un soldado de la guardia hirio a uno de los concurrentes. Alborotose la muchedumbre, y con gran voceria y tumulto cargó a pedradas sobre el agresor, acometiendo despues a la guardia, en la que hizo sangriento destrozo. Sabida esta novedad por el rei montó a caballo, con todas las fuerzas disponibles, y atacó a los amotinados, los cuales se refugiaron al arrabal, encerrandose los unos en sus casas, muriendo los otros despues de una inútil resistencia, y quedando trescientos vivos en manos de las tropas. Estos desventurados fueron clavados en palos a orillas del rio; el arrabal sufrio tres dias de saqueo, y sus habitantes salieron desterrados de Cordoba.

Los infelices emigrados, cuyo número pasaba de veinte mil, se distribuyeron en varias direcciones. Este incidente dio lugar a una de aquellas singulares anomalias que se encuentran a veces en las combinaciones de la especie humana, y que contribuyen a mezclar las razas mas distantes en su origen, y a variar los elementos de que se componen los pueblos. Mas de

quince mil de estos proscritos, pasaron a Africa, y en su peregrinacion llegaron a las puertas de Alejandria. Los moradores de aquella ciudad les negaron la entrada: mas los Andaluces desesperados, y no pudiendo sufrir las contrariedades de la fortuna, penetraron por fuerza de armas en sus muros, y despues de una atroz matanza, se hicieron dueños de aquella antigua capital de Egipto. Todo el poder del califa de Oriente no fue parte a despojarlos del dominio que habian usurpado. Fue necesario capitular con ellos, y entregarles una fuerte suma, con la que se retiraron a la isla de Creta, donde fundaron un estado populoso, rico, formidable por sus fuerzas maritimas, y abatido finalmente por las armas del imperio Griego.

Pero el recuerdo de la sangrienta catastrophe del arrabal no se apartaba un momento de la imaginacion de Alhakem. Acometiole una grave melancolia, que no solo abatio su espiritu, sino que inflamó su sangre, turbó sus facultades mentales, y lo condenó a una completa imbecilidad. Compuso sin embargo en este miserable estado, unas canciones que esprimian el desorden de su alma, y que contenian al mismo tiempo, imagenes vivisimas, y cuadros energicos de los

remordimientos y amarguras que le devoraban el corazon. En fin acrecentose su dolencia, y cedio a una violenta fiebre que lo arrebató despues de un reinado de mas de veinte y cinco años, tan agitado como los anteriores, mas no ilustrado como ellos lo fueron por acciones memorables, grandes virtudes, y suntuosos monumentos.

CAPITULO XIII.

Abderahman ben Alhakem. Conmociones Populares. Entrada de los Normandos.

SUBIO Abderahman II al trono de Cordoba en medio de las aclamaciones de los pueblos, cuyas esperanzas reanimaban las excelentes prendas de aquel joven, y la memoria de sus hazañas y conquistas.

Luego que Abdala, hijo de Abderahman I, tubo en Tanger la noticia de la muerte de su sobrino Alhakem, no habiendo apagado todavía la nieve de sus canas el fuego de su corazón ambicioso, pasó el mar con muchas tropas, y se proclamó rei de España, en los pueblos abiertos que no podian resistir la entrada de su gente. Salio el rei a su encuentro, y en pocos empeños y escaramuzas, lo obligó a retirarse a Valencia, a cuya ciudad puso cerco, resuelto a no levantarlo hasta la total destruccion de las facciones. En este tiempo llegaron al campamento los dos hijos de Abdala, con intencion de interceder con Abderahman, y persuadir a su

padre a someterse a la autoridad legítima. Habia dispuesto Abdala una salida contra los sitiadores, y cuando arengaba a sus tropas, e imploraba el favor de Dios en pro de la causa justa, aunque fuese la de su sobrino, sopló un viento friisimo, extraño en aquel clima, y Abdala cayó al suelo sin habla, comprimidos sus nervios, y turbada en parte su razon. Recobrado algun tanto, y pudiendo hacer uso de la palabra, declaró en presencia de sus caudillos, que Dios habia hecho notoria su voluntad, y que no queria oponerse a sus sabios decretos. Mandó llamar a sus hijos, y por medio de ellos escribió al rei, sometiendo a su obediencia, y entregandose a su generosidad. Mui en breve se presentó el mismo anciano ante su sobrino, que no permitió que se arrodillase, como lo intentaba, si no que lo alzó a sus brazos, estrechandolo en ellos con la mayor ternura. Quedó asentada la paz entre ellos, y Abdala pasó al gobierno de Murcia, que le confirió Abderahman, donde murio dos años despues, habiendo reparado en ellos, con su docilidad al rei, y su justicia para con los pueblos, el daño que habian hecho a su fama su antigua inquietud y ambicion.

Pacificados estos disturbios domesticos, pasó Abderahman a Cataluña, donde los Cristianos

hacian grandes progresos. Esta expedicion fue corta y gloriosa. Barcelona, Urgel, y otros puntos importantes cedieron a las armas de los Sarracenos.

Tan importante era a la sazón el trono de Cordoba que los mas poderosos estados del mundo solicitaban su amistad, y apetecian su alianza. El emperador de Oriente, que aun dominaba gran parte de las antiguas posesiones del imperio Romano, envió una esplendorosa embajada al rei Abderahman II, con el obgeto de concertarse con él contra los califas de Bagdad, que ya iban adquiriendo gran preponderancia.

Mas aunque aceptó aquellas proposiciones, no pudo por entonces distraer su atencion de los enemigos que amenazaban sin cesar las fronteras. Ya los habian repelido sus tropas en diversas ocasiones, aunque sin abatir sus animos, ni desbaratar sus esperanzas, y cansado de tan ostinada resistencia, preparaba el rei una fuerte expedicion que pudiese termino a tan cansada lucha, cuando supo que se habian alzado con el gobierno de Merida algunos revoltosos, y que reunian fuerzas considerables con las que podian causar serios disturbios en el estado. Acudieron a esterminar aquel mal las tropas destinadas

a los Pirineos, y se puso cerco a Merida, cuyos habitantes, victimas de las violencias de los rebeldes, deseaban sacudir su yugo, y abrir las puertas a los sitiadores. Asi lo hicieron al cabo, con tanto secreto y vigilancia, que cuando los facciosos quisieron prevenir el golpe, ya estaba toda la fortificacion en manos de los leales.

Poco despues ocurrieron otras graves desavenencias en Toledo, pueblo sugeto entonces a continuos disturbios, por el gran numero de Judios y Cristianos que lo habitaban, y que aunque sometidos a los Sarracenos, los aborrecian, y deseaban su destruccion. Pusose a la cabeza de los descontentos Higem el Alikí, rico mancebo Toledano, que aspiraba a la gloria de ser cabeza de un partido, y que alistó en el suyo, a costa de grandes sumas, parte de la guarnicion, y otros muchos Sarracenos de las cercanias. Estalló la conspiracion antes de tiempo, mas no por esto se frustraron los planes de los conspiradores. El gobernador de Toledo, que a la sazón se hallaba fuera de la ciudad, se unio con Omeya, hijo de Abderahman II, y tomó sus disposiciones para castigar a los rebeldes. Los sediciosos, exitados por Higem, y provistos de buenas armas que él les habia distribuido, salieron bajo sus ordenes al encuentro de las tropas reales. Tres

años duraron estas hostilidades en campo abierto, y aunque Omeya logró destruir a los de Hígem en una emboscada, no por esto se rindió Toledo, donde se refugiaron los restos de los vencidos.

Los descontentos de Mérida, aprovechándose de estos disturbios, y de la ausencia del gobernador, se pusieron de acuerdo con un famoso bandido, que era entonces el azote de las provincias de Occidente, cuyos partidarios se fueron introduciendo poco a poco en la ciudad, hasta que, reunidos en número suficiente, atacaron a las guardias, mataron a algunos empleados, se apoderaron de las armas, y las repartieron al populacho. Abderahman partió con diligencia, acompañado de toda su caballería, y juntándose en el camino con las guarniciones de la comarca, puso sitio a Mérida, que estaba bien defendida y fortificada. Conducido por sus principios humanos y generosos, el rei no solo recomendó a los caudillos que tratasen benignamente a los rendidos, y respetasen las vidas de los que huyesen, sino que mandó arrojar flechas a la ciudad, con papeles en que ofrecía perdón y olvido, con tal de que le fuesen entregados los gefes de aquella rebelión. Cayeron estos escritos en manos de algunos de ellos, y previnieron su desgracia con

la fuga, de lo que noticiosos los honrados habitantes se ofrecieron rendidos a la clemencia del monarca. Fue Abderahman recibido en Merida con grandes demostraciones de alegría de los vecinos, y con mucho temor de los inquietos y revoltosos. Escusaron humildemente los principales del pueblo su falta en no haber podido prender a los señalados cabezas de la rebelion, a lo que Abderahman contestó: "Doi gracias a Dios que en este dia me ha librado del disgusto de derramar sangre de los Muslimes. Tal vez Dios abrira los ojos de su entendimiento, y si asi no se verifica, él me dara poder para impedir que turben la quietud de mis pueblos." Pocos meses despues se rindio por hambre Toledo, despues de un cerco de tres años. Higem cayó herido en manos del gobernador, que le mandó cortar la cabeza: mas los otros rebeldes fueron perdonados.

En esta epoca fue cuando los Normandos, pueblos feroces y belicosos, de los ultimos confines del Norte de Europa, despues de haberse esparcido por Francia, Alemania e Italia, donde arrollaron cuantos ostaculos se oponian a su marcha, invadieron tambien la peninsula Española, con una fuerte expedicion que desembarcó en las costas de Portugal. Acudieron los caudillos

Mulismes con grandes refuerzos, y los obligaron a embarcarse, cargados de ricos despojos. Mas no tardaron en presentarse de nuevo en Huelva, en Cadiz y en otros puntos de la costa, de los que no fue tan facil desalojarlos. Estendieronse por aquel territorio, degollando a los inocentes habitantes, robando los pueblos, y quemandolos despues cuando los habian saqueado completamente. Sevilla, reducida a escombros, fue abandonada por sus moradores. Los Normandos, saciada su codicia y su deseo de destruccion, evacuaron la Andalucia, y continuaron molestando las costas de Portugal. Abderahman visitó la escena de estos desastres; consoló a los que habian sido victimas del furor de los barbaros, y despues de repartir cuantiosas limosnas, volvio a Cordoba, donde celebró la jura de su hijo Muhamad, solemnizando esta ocasion con rasgos de beneficencia. Acometido despues por la ultima dolencia, exaló el ultimo aliento con la misma suavidad y compostura que habian reinado en todas las acciones de su vida.

Abderahman II fue digno del nombre ilustrado por el fundador de su dinastia. Los escritores Arabes le dan los dictados de padre de los desvalidos, leon en las batallas, oraculo en los consejos, y manantial de gracia y de perdon. Reu-

nia a la intrepidez natural a su familia, y a la dulzura peculiar de su animo, vasta erudicion, y gran destreza y fecundidad poetica. En sus obras publicas, manifestó su exelente juicio y propension a la beneficencia, pues dio la preferencia a las de conocida utilidad, y beneficio de los pueblos. Fundó muchas escuelas; labró fuentes y calzadas; contubo las inundaciones del Guadalquivir, con diques y alamedas; estableció correos, abrevaderos y baños; por ultimo, parecia animado por el unico deseo de hacer felices a sus subditos, y de suavizar los males de la guerra, que nunca provocó, y en la cual procuró disminuir los desastres que trae siempre consigo. Reinó treinta y un años, dejó cuarenta y cinco hijos varones, y los pueblos lloraron su muerte como la de un buen padre.

CAPITULO XIV.

*Sucesos de Oriente. Conquista de Sicilia.
Invasion de Roma. Muhamad. Guerras
en España. Almondhir.*

DESDE la ereccion del trono de Cordoba, por el ilustre descendiente de la raza de los Ommiyahs, se introdugeron el cisma, el odio y la rivalidad en el antiguo imperio de los Califas. Almanzor reinó con este nombre en Bagdad, y fue el fundador de aquel poderoso estado, tan celebre en las historias de Oriente, y tan formidable a los sucesores de Constantino. El poder que adquirio este principe fue tan considerable, que despues de haber consumido inmensas sumas en guerras costosas, y en esplendidos edificios, dejó por su muerte un tesoro cuyo valor se puede calcular a ciento y cincuenta millones de pesos fuertes. Su hijo Mahadi hizo una romeria á la Meca, con una caravana de muchos camellos cargados de nieve, erigiendo en los sitios de descanso fuentes y caravanseras, para alivio de los que emprendiesen la misma peregrinacion.

En la embajada que los emperadores de Oriente enviaron al califa Mochtader, la guardia de este caudillo se componia de ciento y sesenta mil hombres a pie y a caballo, armados todos con el mayor esplendor y adornados con cinturones de oro y pedrerias. Siete mil eunucos rodeaban su trono. Treinta y ocho mil piezas de tapiceria adornaban los muros de su palacio; veinte y dos mil alfombras cubrian los pavimentos, y cien leones, con otros tantos guardias, servian de defensa a los patios y jardines. En medio de otros espectaculos de lujo y primor, se notaba un arbol de oro y plata, con diez y ocho ramas cubiertas de pajaros de los mismos metales, que movidos por una maquina interior, agitaban las alas, y cantaban tonadas suavisimas. Al esplendor de la corte correspondian la fuerza del imperio, y la riqueza de las ciudades. Muchas de ellas servian de deposito al comercio de todas las naciones de la tierra. En fin el cetro de Bagdad llegó a ser el regulador de los destinos de Oriente, y a inspirar justos recelos a los mas poderosos monarcas de Europa.

No es extraño que aspirase a romper sus limites un cuerpo politico tan lleno de vigor, y colocado en medio de naciones que por espacio de muchos siglos habian seguido el carro de los

conquistadores, y recibido sucesivamente el yugo de las potencias que mas preponderancia adquirian en la balanza de los poderes del mundo antiguo. Mohadi, el tercero de los califas de la nueva dinastia, envió contra el imperio de Oriente, regido entonces por Irene, y por su hijo Constantino, un egercito de noventa y cinco mil hombres, mandado por su hijo Harun, tan celebre en los romances, y en las ficciones de los Arabes. La marcha de este caudillo privó al debil soberano de Constantinopla de muchas de sus mas importantes provincias, obligandolo a firmar una paz ignominiosa, y a pagar anualmente un considerable tributo. Cinco años despues de esta espedicion, Harun subio al trono de sus padres, y deslumbró al mundo con su poder, con su magnificencia, y con su osadia. Llamose *Al Raschid* (el justo), y ganó este ilustre dictado, por el celo con que hizo respetar las leyes en sus vastos dominios. Su corte era el centro de la civilizacion, y la reunion de todos los sabios y literatos de oriente. Ocho veces invadio las fronteras del imperio Griego, para reclamar el pago de los tributos que él mismo habia impuesto, siendo un simple general. Niceforo, sucesor de Irene, quiso emanciparse de esta humillacion, y le envió un embajador que

despues de haber hablado con arrogancia al califa, puso a sus pies un monton de espadas. Harun sacó su cimitarra, y cortó de un golpe las armas Griegas, sin doblarle siquiera el filo. En seguida dictó a su secretario, en presencia del embajador, la siguiente respuesta; " en nombre de Dios mui misericordioso, Harun al Rashid, comandante de los fieles, a Niceforo, el perro Romano. He leído la carta del hijo de la muger infiel, y no quiero que oigas, si no que veas mi respuesta."

No fue esta una vana amenaza. El califa destruyó en los llanos de Frigia la flor de los egercitos imperiales; volvió a dictar condiciones a su dueño, y este volvió a eludir su observancia. Repitiose el castigo, y reiterose la ofensa, hasta que cansado de tanta perfidia Harun, pasó con increíble celeridad las nevadas cimas del Tauro en el rigor del invierno, y despues de haber barrido con un egercito de cuatrocientos mil hombres los estados mas florecientes del imperio, obligó a su gefe a cumplir sus tratados, y lo humilló hasta el extremo de hacerle acuñar moneda con la imagen y el lema del califa y de sus tres hijos.

Estos, despues de la muerte de su padre, lejos de sostener su gloria, arruinaron y divi-

dieron la nacion con sus parcialidades y guerras civiles, a las que despues de muchos años puso termino la prudencia de Almamon, cuya politica se redujo a consolidar su dominio, restableciendo la paz domestica, y a cimentar la ventura de sus pueblos, dando generosa proteccion a las ciencias, a las artes, y a los trabajos utiles.

Su hermano Motassem tubo que lidiar con los Persas que se le rebelaron, y con el emperador Teofilo, que reunia el valor del guerrero a la destreza del negociador. La guerra entre aquellos dos monarcas fue una de las mas sangrientas y destructoras de que hacen mencion los anales del mundo: pero los Griegos habian llegado a aquella epoca de degeneracion que anuncia la ruina de los pueblos. Teofilo merecio el titulo de *desgraciado*, y en tanto grado lo fue, que sin el apoyo del emperador de los Francos, probablemente hubiera perdido el trono, y acelerado la destruccion del imperio.

Con Motassem, fenecio la gloria de su nacion y de su familia. Los Arabes habian perdido su entusiasmo, su vigor y su frugalidad, en tanto que los Turcos salian de su primitiva oscuridad, y aspiraban a ocupar el puesto de sus dominadores. En la corte de Bagdad estas tropas mercenarias repitieron las escenas que habian

ofrecido a Roma las guardias pretorianas, ensayandose de este modo al gran papel que despues debian representar en las margenes del Bosforo.

A las desventuras politicas que minaban el poder de los califas de Bagdad, se agregaron los disturbios religiosos. Alzose en el corazon de Arabia un predicador fanatico, que se decia representante de Mahoma, de Juan Bautista y del angel Gabriel, y ayudado por las tribus mas barbaras y feroces del desierto, fundó la secta de los Carmatianos, que en pocos años se hizo temible a cuantos profesaban la fe pura del Koran. Las numerosas huestes que se agregaron a las banderas del fanatico entraron en Meca, dieron muerte a treinta mil peregrinos, profanaron la Caaba, y se llevaron en triunfo la piedra negra obgeto sagrado de la devocion de los Muslimes.

El miedo que inspiraron estos enemigos a la corte de Bagdad, exitó la indocilidad de los gefes de las provincias, que se negaron a prestarle obediencia, y el fanatismo y la ambicion de otras sectas y facciones, que sucesivamente fueron desmembrando los estados de aquel floreciente imperio. Al fin el califa Rahdi, el trigesimo nono de los sucesores de Mahoma, fue el ultimo que merecio el titulo de gefe de los creyentes. Des-

pues de su muerte, los que se llamaban califas, solo dominaban en los muros de Bagdad, y el ultimo de ellos, incapaz de reprimir la ambicion y turbulencia de los Turcos de su guardia, abandonó el mando a los Persas, que pagando su sumision con cruel ingratitud, le mandaron sacar los ojos, y lo condenaron a perpetuo encierro. La epoca posterior a esta catastrofe no ofrece mas que un caos de disturbios, persecuciones, y anarquia.

Los Sarracenos de Africa, sometidos al califa de Cairvam, aunque no gozaban del reposo que da un gobierno firmemente establecido, estendian sus limites, y reducian a su obediencia a los Berberies y otros pueblos feroces de las cercanias del desierto. La invasion que hicieron en Sicilia tubo su origen en una aventura amorosa. Eufemio, joven Siciliano de una ilustre familia, condenado a la mutilacion por haber querido sacar de su convento a una monja de quien estaba enamorado, imploró el auxilio de los Sarracenos, y volvió a su patria revestido de la purpura imperial, y a la cabeza de una escuadra de cien buques, y de un egercito de setecientos caballos, y de diez mil peones. Los Griegos entregaron a Siracusa, y poco a poco la isla entera cayó en manos de los Muslimes. Sicilia

sirvió de punto de apoyo para otras incursiones en la península Italiana, y esta hubiera reconocido la lei de Mahoma, a no hallarse tan destrozado por facciones y revueltas el pueblo a quien este prometió el dominio del mundo.

Sin embargo, los Sarracenos de Sicilia, que aspiraban a declararse independientes de los dos califas de Asia y Africa, quisieron acreditar su arrojo y poderio, atacando la ciudad que por tantos siglos habia dictado leyes al Universo. Penetró una expedicion por la embocadura del Tíbre, y los Muslimes ocuparon los arrabales de Roma. El capitolio hubiera cedido a la cimitarra de los Arabes, si en los apuros del sitio y de la defensa, no hubiera subido al trono pontificio Leon IV, cuyas primeras disposiciones anunciaban mas bien la energia de un guerrero que la suavidad de un apostol. En pocos dias fortificó la ciudad, levantó tropas, animó a los desalentados Romanos, y formó alianza con los Napolitanos, cuyas galeras, ayudadas por una espantosa borrasca, aniquilaron la escuadra Sarracena, de la que no se escapó un solo hombre.

En tanto que la dominacion Arabe sufria en oriente tantas perdidas, y parecia acercarse a un total aniquilamiento, la dinastia de occidente

arraigaba mas y mas su poderio, sacando nuevo vigor y fortaleza de los disturbios interiores, y de los ataques esternos que no cesaban de combatirla.

Despues de la muerte de Abderahman II, cuarto rei de la familia de los Ommiyahs en España, fue proclamado en Cordoba su hijo Muhamad, de cuyo gobierno concibieron los pueblos buenas esperanzas, tanto por sus excelentes prendas de humanidad, justicia y valor, como por su erudicion y natural ingenio. El primer hecho que dio a conocer las inclinaciones de su indole fue un rasgo de tolerancia, digno de ser imitado por los principes que desean conservar el reposo de sus subditos. Sucitose entre los doctores de la lei Mahometana una reñida disputa, sobre las doctrinas que profesaba el sabio Andaluz Abu Abderahman Baqui, y que sus enemigos condenaban como opuestas a la pura fe del Koran, y a las opiniones de los mil y trecientos comentadores mas acreditados de aquel libro. El rei Muhamad mandó que se juntáran en su presencia los doctores de uno y otro partido, oyó sus disputas, y declaró que las diferencias de ambas doctrinas eran meras sutilezas que no alteraban lo esencial de la lei y de la tradicion: por lo que, y en atencion a la vida

egemplar de Baqui, mandó que continuase su enseñanza, y prohibió que se le molestase con anatemas y persecuciones.

En los primeros años de su reinado, se renovaron muchas de las escenas que habian agitado el anterior. Sublevose Toledo, y cedió despues de un largo sitio a la presencia de su monarca; los Cristianos hajaban de los montes, y no cesaban de molestar las guarniciones de la frontera, y los Normandos volvieron a destruir las ricas campiñas Andaluzas, y a desaparecer, cuando las tropas del rei se acercaban, hartas de botín, de crímenes, y de destruccion.

En medio de estos desastres, lo que mas llamó la atencion del rei, fue la guerra de los Cristianos, con quienes se habia ligado el bandido Hafsun, hombre audaz y desalmado, que logró seducir a los gobernadores de muchas plazas importantes de Cataluña. Marchó a combatirlo Muhamad, con todas las tropas de Andalucia, y otras muchas que se le allegaron en Toledo, y al ver Hafsun la tormenta que se acercaba, escribió al rei en los terminos mas sumisos, protestando por cielos y tierra que todos sus pasos eran artificio y disimulo para engañar a los enemigos del Islam; que a su tiempo volveria sus armas contra ellos, y esperaba que el rei des-

preciando las apariencias, le ayudaria con las gentes de su mando; que le concediese a lo menos una tregua limitada, para madurar sus planes y dar el golpe que tenia meditado.

Persuadido el rei por estas protestas, no solo se astubo de atacar a las tropas del bandido, sino que puso a su disposicion algunas huestes de Andalucia y Valencia, y le prometio el gobierno de Huesca, y tal vez el de Zaragoza; con lo cual, y para dejarlo en libertad de obrar, se retiró a Merida, dejando a su hijo Almondhir en la raya de Galicia, para aprovecharse del movimiento que Hafsun habia prometido. Mas este no tardó en descubrir sus perfidos intentos: las tropas que el rei habia dejado bajo su mando, fiadas a la amistad que el perverso aparentaba, acamparon tranquilamente, y se entregaron al sueño y al reposo, quando en el silencio de la noche fueron atacadas de pronto, y degolladas cruelmente por los foragidos de la banda de Hafsun, de cuyos aceros escaparon pocos.

Muhamad juró tomar atroz venganza de esta negra traicion, y así lo hizo su hijo Almondhir, acometiendo con irresistible furor a los malvados, en quienes hizo una matanza espantosa. Los paises en que ellos dominaban reconocieron la autoridad del rei, y Hafsun perseguido por to-

das partes, abandonado de sus huestes, y sin esperanza de salvarse, repartió sus despojos entre los pocos amigos que le quedaban, y se retiró solo a los bosques mas enmarañados.

Aprovecharonse los Cristianos de estos disturbios, y bajaron en gran numero de los montes, esparciendose los unos por Navarra, los otros por la frontera de Portugal, donde ocuparon las plazas mas importantes. Mas al mismo tiempo dejaban desguarnecidas sus posesiones, en las que entraban frecuentemente los Muslimes, talando los campos, quemando los pueblos, y apoderandose de los habitantes y de los ganados. Esta encarnizada lucha tenia continuas alternativas de buena y mala fortuna para unos y otros, no siendo menos admirable la constancia de los Españoles en sostenerse contra fuerzas tan desproporcionadas, que la prontitud de los Sarrazenos en acudir a los diversos puntos en que se presentaban sus enemigos.

Las ventajas que estos conseguian llegaron sin embargo a intimidar a los Muslimes, por haber ocurrido al mismo tiempo algunos fenomenos extraordinarios que hicieron gran impresion en aquellos animos supersticiosos. Hubo un gran eclipse de luna; cayó un rayo en el alcazar de Cordoba, casi a los pies del rei, y poco

despues sobrevino un terremoto tan horrible que cayeron edificios, hundieronse montes, sumergieronse pueblos enteros, y el mar se retiró de las costas tragandose muchas islas y peñascos. Quizas influyeron estas calamidades en el espiritu de Muhamad, y lo persuadieron a ceder a la mala fortuna: lo cierto es que celebró treguas con los Cristianos, los cuales tenian igualmente necesidad de reposo.

Hafsun, que habia vuelto a recobrar algun partido, temeroso de que el rei emplease el tiempo de la tregua en perseguirlo, pidió auxilios a los Cristianos, y con inmensa muchedumbre de ellos, y de rebeldes Muslimes, bajó hasta el Ebro, atropellando cuanto se le oponia. Muhamad y su hijo se pusieron en marcha con el grueso del egercito, y de tal modo intimidaron a los enemigos, que estos no se atrevieron a aguardarlo, sino que huyeron a los montes a marchas forzadas. Mas los Muslimes los perseguian de cerro en cerro, sin permitirles descanso, hasta que Almondhir, que mandaba la vanguardia, se les acercó tanto, que no pudieron reusar el empeño. Trábase en los campos de Aibar la batalla, que fue pronta, pero decisiva: los Muslimes desordenaron a sus contrarios; Hafsun salio herido de muerte; el rei de Navarra Garcia

Iñiguez murio peleando ; todos sus tercios huyeron llenos de terror, y sus armas y riquezas quedaron en manos de los vencedores.

A este triunfo siguieron otros menos importantes, ganados por Almondhir, contra el hijo de Hafsun, que por muerte de su padre, tomó el mando de sus tropas, y continuó en alianza con los Cristianos. El rei permanecia en Cordoba, dirigiendo los negocios de su monarquia, y dando las mas acertadas disposiciones para enviar socorros al principe, y a los demas caudillos de la frontera, a medida que los iban necesitando. Estaba conversando una tarde, en la huerta del alcazar con uno de los sabios de su corte, el cual ponderandole la ventura de los reyes, que de tantas delicias gozan, y de tanto esplendor viven rodeados, observó que a pesar de toda esta felicidad, la muerte no respeta la altura de los tronos, y así acomete al monarca mas potente, como al pastor mas humilde. Muhamad respondió que la corona oculta bajo sus joyas espinas agudisimas, y que la muerte es obra de Dios, y principio de la dicha de los buenos. Retirose a dormir, despues de esta conversacion, y del sueño pasó a la eternidad, sin haber tenido el menor sintoma de dolencia.

Muhamad no tubo prendas eminentes : pero

fue templado en sus costumbres, y aplicado al desempeño de sus obligaciones. Tubo cien hijos, de los cuales le sobrevivieron treinta y tres.

Almondhir, que estaba ausente, cuando ocurrió la muerte de su padre, se presentó en Cordoba, donde tomó posesion del mando, y empezó a gobernar con acierto y moderacion. Distinguióse este principe por su frugalidad y modestia, mas no tubo tiempo de dar a conocer las otras prendas de su indole. Reinó dos años al cabo de los cuales murio peleando con los rebeldes de Toledo, atravesado de innumerables lanzas. Todos los caballeros de su escolta tuvieron la misma suerte.

CAPITULO XV.

Abdala. Guerra civil. Abderahman III.

Revueltas en Africa.

EL consejo de estado de Cordoba proclamó rei y juró obediencia al principe Abdala, hijo de Muhamad y hermano de Almondhir.

Esta eleccion fue una señal de descontento y rebeldia para un gran numero de provincias y ciudades. A un mismo tiempo estallaron en diferentes puntos insurrecciones contra la autoridad del monarca, promovidas y capitaneadas, no ya por aventureros oscuros y ambiciosos, si no es por hombres acreditados e ilustres, los unos por su sangre y gerarquia, los otros por sus servicios y empleos. Los hermanos del rei, y su hijo Muhamad, que desde el reinado anterior se habia mostrado insubordinado y discolo, se negaron a obedecer sus ordenes; siguieron aquel egemplo los gobernadores de Lisboa, Sidonia, Merida, y otras ciudades, en tanto que Aben Hafsun, hijo del famoso Hafsun, de quien hemos hablado en el capitulo precedente, ocupaba la

ciudad de Toledo y sus cercanias, teniendo a sus ordenes muchas huestes que se le habian allegado de las provincias orientales de España.

Muchos de estos alborotos fueron comprimidos por los caudillos fieles ; pero cuando se apagaba el fuego de la sedicion en un punto, brotaba en otro con mas furia. Las Alpujarras se llenaron de rebeldes, que unidos con los Cristianos de aquel pais, atacaron al egercito del rei, prendieron al gefe que lo mandaba, e hicieron gran estrago en las tropas. Mas Abdala vengó cruelmente el honor de sus armas. La batalla de Jaen escarmentó a estos enemigos, de los que mas de doce mil perdieron la vida con su gefe. Por falta de este tomó el mando un Sirio, arrojadísimo y temerario, que volvió a presentar batalla en las inmediaciones de Granada, donde cayó en manos del rei, que le mandó cortar la cabeza. Sus tropas se ocultaron en los montes de Elbira, y evitaron con esmero el medir las armas con sus vencedores.

Tomaban cuerpo entretanto las parcialidades de la parte occidental de Andalucia, adonde se aproximó Almudafar, hijo del rei, decidido a dar el ultimo golpe al partido de su hermano Muhamad, y de sus tios. Al avistarse las tropas contrarias, siendo igual en unas y otras el deseo

de venir a las manos, se trabó una escaramuza, que llegó a ser en breve batalla general, sostenida por ambas partes con incansable ahinco. Muhammad y los caballeros de su bando, que eran de los principales de Andalucía, pelearon con heroico valor, y muchos de ellos murieron en la demanda. El principe cayó herido en manos de su hermano, y la misma suerte tubo Alcasim, hermano del rei Abdala. Almudafar entró en Sevilla, y calmó los bandos a que habia dado lugar la rebeldia de aquellos magnates. Muhammad murio en un encierro, dejando un hijo llamado Abderahman, que estaba reservado para grandes cosas. Almudafar lo siguió mui en breve al sepulcro, a donde lo precipitó la mano de un asesino.

Tranquilizados los disturbios domesticos, los egercitos que estaban en la frontera Cristiana salieron de su inaccion (por haber entonces paz con Castilla) a cuyo monarca escribió Ahmed, caudillo de los Sarracenos, intimandole energicamente que se convirtiese al Mahometismo, y amenazandolo con la muerte, si a ello se negaba. Los Cristianos juntaron sus huestes, y vinieron contra los Muslimes, cuya fuerza no bajaba de sesenta mil hombres, y encontrandose en cercanias de Zamora, trabaron sangrienta pelea, que man-

tubieron cuatro dias con estraordinario encarnizamiento. La muerte de Ahmed intimidó a los Muslimes: empezaron a desordenarse, crecio el pavor, y su derrota fue completa. Los Cristianos celebraron el triunfo colocando sobre las almenas y a las puertas de Zamora las cabezas que habian cortado.

Abdala conocia que estos desastres provenian tan solo de la buena inteligencia que reinaba entre Hafsun y los Cristianos. En estos veia los enemigos naturales de la fe Mahometana: pero en aquel solo consideraba un vasallo rebelde, un conspirador osado, y un traidor perverso. Fundado en esta politica, y a pesar de que la tregua habia sido rota por los Españoles, renovó las negociaciones para continuarla, fijando por primera condicion que los vasallos de su corona, que le negasen obediencia, serian perseguidos y castigados por las dos partes contratantes. Quedó sancionado este punto, con harto disgusto de muchos Muslimes fanaticos, que murmuraban abiertamente del rei, suprimiendo su nombre en las oraciones publicas, y tratandolo como descomulgado e impio. En este sentido escribio una satira harto maligna e ingeniosa Suleiman ben Albaga, joven instruidisimo a quien Abdala habia prodigado

los testimonios de su proteccion y benevolencia. De unos en otros vino a averiguarse el autor de aquellos versos, que hacian mucho ruido en la corte, y que todos sabian de memoria. El rei lo hizo traer a su presencia, le mandó recitar su composicion, aplaudio las gracias del estilo, y lo dejó ir sin otro castigo que una multa de mil piezas de plata por cada verso; pena que quizas pareceria suave al poeta, por que ordinariamente los monarcas Sarracenos se vengaban de un modo mas serio de tamaños desacatos.

Mas pronto decayó el animo del rei, sumergiendose en una profundo melancolia, que minaba poco a poco su existencia. Dio motivo a esta fatalidad la muerte de su madre Athara, a quien honró y respetó toda su vida, y cuya perdida lloró con amargas lagrimas. Mandó labrarle un magnifico sepulcro, y junto a este, otro para si, el que no tardó en ocupar, habiendo cedido a la tristeza que se apoderó de su alma, y que lo privó enteramente de apetito y de reposo.

Su sucesor, Abderahman III, hijo del principe Muhamad, habia sido educado en el palacio de su abuelo, con todo el esmero que inspiraba a este anciano el entrañable cariño que le tenia. Rodearonlo desde sus niñez los hombres

mas doctos de Cordoba, en una epoca en que esta ciudad era el punto de reunion de los mas eminentes literatos de oriente y occidente, y cuando la nacion Arabe era la mas culta e instruida de cuantas pobablan el mundo antiguo. Aprendio el Koran, las historias tradicionales, la gramatica, la poesia, los proverbios Arabes, la biografia de los principes de su nacion, la ciencia del gobierno, y otros ramos de literatura y erudicion. Adiestrabase al mismo tiempo en la equitacion, en el manejo de toda especie de armas, y en las estratagemas de guerra, que era lo que constituia la estrategia de aquel siglo. Tenia veinte y dos años cuando subio al trono, y ya en aquella edad era no menos admirable por su discrecion y prudencia que por su ingenio e instruccion. Pensó desde luego en cortar de raiz las disensiones que habian agitado los reinados de sus abuelos, y su primer campaña contra Hafsun fue tan destructora como decisiva, con lo que aquel incansable enemigo quedó atemorizado, y reducido a encastillarse en las sierras mas inaccesibles. Abderahman, queriendo dar al trono de Cordoba todo el esplendor que le correspondia, tomó, despues de aquella victoria, el titulo de Imam, o principe de la religion,

poniendose de este modo al nivel de los califas de oriente.

Mas con todas sus virtudes, y con toda la destreza de su politica, no logró Abderahman III estirpar el germen de la rebelion en sus estados. Hafsun tenia amigos y cooperadores en Jaen, en Elbira y en otros puntos del medio dia de España. A todos ellos acudieron las tropas del rei, y él en persona a los de mas importancia, y con su constancia y tenacidad consiguio reducirlos, y establecer su autoridad en ellos. Hafsun, viendose destituido de socorros, envió emisarios a Abderahman, implorando su misericordia ; mas no quiso darle oidos, declarando que no merecia piedad el que habia dado ocasion a tanta mortandad, y a tantos desastres. Hafsun no tenia mas apoyo que Toledo, cuyas fortificaciones le ofrecian alguna seguridad, y en donde estaba el grueso de su partido. Volvio a aquella ciudad, y el rei lo siguió con todo su egercito ; pusole cerco, y manifestó su intencion de no levantarlo hasta haberse aposesionado de los muros.

En situacion tan peligrosa y difícil, Hafsun pudo escaparse con sus tesoros y una pequeña escolta ; y los que mas se habian comprometido

en su faccion, sabiendo que no debian aguardar otro paradero que el cadalso, reunidos en gran numero, salieron impetuosamente de las puertas, y rompiendo por las huestes reales, corrieron acia el norte para juntarse con los Cristianos. Los Toledanos, libres de aquel azote, se entregaron a Abderahman, y lo recibieron como a un libertador. Las tropas de la frontera rechazaron al mismo tiempo a los Cristianos, y aseguraron los limites de las posesiones Mahometanas. España gozó algunos meses de desconocida tranquilidad: los buenos confiaban en la firmeza del monarca: los rebeldes habian aprendido a temerlo, y la concordia de sus vasallos aumentaba sus fuerzas, y lo hacia respetable a las naciones estrañas.

Este credito general que habia adquirido el rei llamó la atencion de los principes de la familia de Edris, que despues de haber dominado largo tiempo en Africa, se veian espuestos al destronamiento y a la persecucion, por el gran numero de enemigos que contra ellos acudian de las fronteras de Asia. Eran los Edrises aliados de la tribu de los Zenetes, que, como ya hemos visto, habian dado tantas pruebas de fidelidad y de cariño a los antepasados de Abderahman. Considerose este obligado por la

gratitud a socorrer aquella desgraciada familia, decendiente como la suya del profeta, y habiendo tenido particular esmero en aumentar su marina y guarnecer sus costas, no le fue difícil armar una poderosa expedicion, que desembarcó en la costa de Africa, y se apoderó de Tanger, y de Ceuta. Reanimados los Edrisen con este socorro, salieron de las plazas en que estaban sitiados, y lograron reunir suficientes tropas para rechazar acia el desierto a los usurpadores de su trono. Las huestes Andaluzas derrotaban entre tanto a los enemigos que tenian en frente, logrando unos y otro apaciguar las turbulencias que habian agitado aquellas regiones, y que los herederos del profeta recobrasen los dominios de que habian sido injustamente despojados.

CAPITULO XVI.

Fundacion de Azahra. Guerra con los Cristianos. Conspiracion de Abdala. Fin del reinado de Abderahman.

OCUPABASE entre tanto el califa de Cordoba en construir un sitio real, que llegó a ser en sus dias una de las mas magnificas ciudades del mundo. Habiasse aficionado el monarca a un amenisimo bosque situado cerca de la margen del Guadalquivir, y en él solia pasar los meses de primavera y otoño. Poco a poco fue engrandeciendo y adornando el alcazar o quinta que alli le servia de residencia, y en menos de un año este suntuoso edificio contenia mas de cuatro mil columnas de preciosos marmoles, reuniendo en sus numerosas cuadras y gabinetes todo el lujo, todo el esplendor del gusto oriental. Los pavimentos se componian de mosaicos de piedras raras y esquisitas, formando ingeniosos laberintos y arabescos; cubrian las paredes delicadas filigranas de estuco, en cuyos dibujos estaban entretegidas inscripciones filosoficas y religiosas, sacadas del Koran y de los

mas acreditados escritores Arabes; y los techos no eran menos admirables por las ricas maderas de que se componian, que por los adornos de oro y esmaltes de que estaban cubiertas. En algunos de sus salones habia hermosas fuentes de agua cristalina, que caia en tazas y conchas de figuras diferentes, trabajadas por los mejores artistas de su tiempo. En una de ellas se alzaba un cisne de oro, maravillosamente construido por un famoso maquinista de Constantinopla, y sobre él pendia una perla, regalada por el emperador Griego, de incomparable tamaño y hermosura. Contiguos al alcazar, estaban los jardines, formados de bosques de arboles frutales, de sombrías calles de mirtos y cipreses, y de lagos transparentes, que reflejaban la frondosidad de sus margenes, y la pura atmosfera de Andalucia. En el centro de estos jardines, sobre una altura que los dominaba, se erguia un pabellon en que el rei descansaba cuando venia de cazar: sostenianlo columnas de marmol blanco, con capiteles dorados, y en el medio habia una fuente de porfido, que manaba azogue en lugar de agua. Los baños correspondian a la grandeza del edificio, cerca del cual se construyó una mezquita, que no cedia a la de Cordoba en estencion ni en brillo.

Estaban al rededor la casa de moneda, las escuelas, los alojamientos de los grandes, los cuarteles de las tropas, formando un esplendido conjunto, que acreditaba el gusto y la opulencia de su dueño. Abderahman tenia una guardia compuesta de doce mil hombres; ocho mil de ellos a caballo, mandados por principes de la casa real, y repartidos en compañías, que servian por sus turnos cerca de la persona del rei. Este procuraba reunir en su corte los personajes mas ricos y nobles del reino: mas daba la preferencia a los sabios y poetas, con quienes vivia familiarmente, y cuyos consejos oia con docilidad, en todas las cuestiones espinosas, y coyunturas difíciles.

Mas todos estos placeres que lo rodeaban no aletargaron su animo, ni le hicieron descuidar los negocios politicos y militares de su gobierno. Noticioso de los movimientos que hacian los Cristianos en las orillas del Duero, dio tan acertadas ordenes para un armamento general, que en pocos dias la España entera se puso sobre las armas, y los caminos se cubrieron de escuadrones, aparatos de guerra, acemilas y provisiones. Acercose el rei, con cien mil hombres escogidos a Zamora, confió su asedio a caudillos acreditados, y salio al encuentro del rei Ramiro,

que venia con todas sus huestes al auxilio de aquella plaza. Encontraronse los dos egereitos, y no osaron acometerse, arredrados por un gran eclipse de sol, que sucitó en unos y otros recelos supersticiosos. Al tercer dia empezó el conflicto, atacando y defendiendose sucesivamente las huestes enemigas, hasta que Ramiro rompio por medio de los Muslimes con su caballeria, esparciendo terror y desorden en sus escuadrones: pero el rei Abderahman, que guardaba la retaguardia, viendo que los suyos cedian, se lanzó con la caballeria de Cordoba al costado de los contrarios, llamandoles la atencion por aquella parte, y obligandolos a hacer un movimiento general. Entonces se encarnizó mas el encuentro, a que pusieron fin las tinieblas de la noche, quedando incierta la victoria, y penetrados de horror cuantos la habian disputado.

Permanecieron los Muslimes sobre el campo de batalla, que estaba regado de sangre, y cubierto de muertos y heridos. Descansaban los vivos, mezclados con los cadaveres, esperando con impaciencia y temor la luz del dia para acabar aquella inhumana contienda: los Cristianos se retiraron, y por varios vados pasaron el rio sin animo de probar al dia siguiente la suerte de las armas. Vista su partida por Abderahman,

y no conviniéndole empeñarse en seguirlos, volvieron las huestes Muslimes acia Zamora, donde empezaron con nuevo ahinco los ataques a la plaza, defendida con inapeable constancia por los de Ramiro. Los sitiadores lograron derribar dos muros, y entrar por aquel punto a un foso interior lleno de agua, que los Cristianos defendían con animo desesperado. Allí fue violentísima la porfia del acometimiento y de la repulsa. La nube de flechas oscurecía la luz del cielo; los Cristianos morían sin retroceder, y los Muslimes, en su empeño por adelantar, perdían cuantos hacían frente a sus contrarios. Al fin los cadáveres de los sitiadores llegaron a formar tan crecido numero, que con ellos se llenó el foso, y formaron un puente por el que pasaron sus compañeros, sacrificando a los que contrarrestaban su impetu. Escalaronse los muros; rompieronse las puertas, y en todas las torres tremolaron las banderas del Islam. Los vencedores respetaron a las mugeres y a los niños: rasgo de humanidad debido quizás al espanto que produjo en ellos la horrorosa perdida que habían sufrido.

El rei Abderahman III, dejando asegurada aquella frontera, y dadas las ordenes necesarias para reparar los muros de Zamora, pasó con su

egercito a Merida y a otras ciudades del medio-dia, gozando del pacifico espectaculo que ofrecian entonces aquellas regiones, en que, con pocos años de seguridad y reposo, se habia estendido y perfeccionado el cultivo de la tierra, y propagadose la aficion a las ciencias y a las artes. Cordoba reunia a la sazón los hombres mas doctos del mundo, y dos celebres academias, una consagrada a la literatura y a la poesia, y otra a las ciencias fisicas, a la astronomia y al calculo. Esta segunda reunion se celebraba en casa de los dos medicos del rei, hombres tan acreditados por sus conocimientos, como venerados por su beneficencia y por sus virtudes. Murio entonces en la misma ciudad el celebre Cordobes Ahmed ben Muhamad, el mayor de los poetas de aquel siglo, cuyas composiciones, recogidas despues por el principe Alhakem, fueron la admiracion de Oriente. Sus exequias fueron celebradas con estraordinaria pompa, y acompañadas por un numeroso gentio de pueblo y de magnates. Los Muslimes Andaluces se distinguian entre todas las naciones de su creencia por la aficion a la poesia, y por los honores que tributaban a los que sobresalian en su cultivo.

Ramiro entretanto volvio a bajar de los montes, corrio parte de las tierras de Portugal, ata-

có las guarniciones de la frontera, se apoderó de Zamora, y degolló a los Moros que defendian esta plaza. El caudillo Abdala, a la cabeza de la caballeria Andaluza, partio a tomar venganza de estas ofensas, y lo consiguió derrotando, a las orillas del Duero, las huestes Cristianas, recobrando a Zamora, y lavando en sus muros con sangre de los enemigos, la Sarracena que ellos habian derramado. Quedó debilitada en gran manera la fuerza de los Cristianos de resultas de este ultimo triunfo, en terminos que Ramiro envió emisarios a Cordoba para negociar una tregua, y hacer otras proposiciones pacificas. Abderahman envió otra embajada a Leon, donde estaba la corte de los Cristianos. El termino de la tregua fue de cinco años, y se observó por uno y otro lado con la mas severa escrupulosidad.

Atento siempre al bien de sus subditos, Abderahman III se aprovechó de aquel intervalo de paz y holgura, para decidir el gran punto de la sucesion a la corona. Recayó la eleccion en el principe Alhakem, con quien competia su hermano Abdala en aficion a las buenas letras y en sobresalir en todas buenas artes y gentilezas de caballeria, y en ganar la voluntad y favor de los hombres, y hacerse amar de los pueblos por su afabilidad y generosas liberalidades: eran

ambos de exelentes prendas, admirable ingenio y erudicion ; pero Abdala celebrado de todos, desvanecido acaso con el demasiado favor del aura popular, dió oídos a las sugestiones de algunos ambiciosos que buscaban por medio de este principe su propia exaltacion, y le hicieron concebir ideas que trocaron su feliz estado de honra y celebridad presente, por esperanzas torpes e inciertas de una subida violenta al trono, ya destinado a su hermano. La grandeza del intento ofrecia temor, peligros, dilaciones e incidentes que obligaban a nuevos proyectos. Fue el caso que Ahmed ben Muhamad, hombre sabio y especial amigo y favorecido del principe Abdala, que apenas se apartaba de su lado, que le acompañaba en casa y en el campo ; pero al mismo tiempo hombre de animo atrevido, disimulado en sus cosas, tan adulator como soberbio y codicioso de subir y levantarse a mayores, con un exterior de respeto, de suavidad y singular modestia, todo artificios y ficcion para lograr sus intentos ; este, pues, persuadió al principe Abdala, que la gente principal de todas las provincias y la de la capital de todas las clases, lo miraban como agraviado en la preferencia que habia dado su padre a su hermano Alhakem declarandolo su futuro sucesor, desentendiendose de

las prendas que lo distinguian y del general amor que el pueblo le manifestaba: que si él queria, y si entraba en ello no habia dificultad en hacer por él una aclamacion popular, y remediar lo hecho, y aun obligar al Rei su padre a cederle el trono, y si era menester se tomarian determinaciones mas fuertes. Deslumbrado el principe Abdala con las lisonjas y alabanzas de este, con las promesas y seguridades que todo lo facilitaban, y en suma por la fatalidad de su estrella, mas que por malignidad de su corazon, le permitio fomentar su bando, procurando al mismo tiempo ganar las voluntades de los caudillos de la guardia, honrando con especial favor a los amigos de su favorito, y familiarizandose con toda clase de gente. El plan de la conspiracion fue descubierto al rei, con la indicacion segura del dia en que debia estallar, y Abderahman mandó prender a su hijo con los principales complices de su delito. Fueron nombrados algunos jueces de la confianza del monarca para averiguar los pormenores de la conspiracion; el principe declaró cuanto sabia, y Ahmed fue decapitado el mismo dia señalado para levantar el grito de la revolucion. El principe Abdala murió tambien, segun opinion comun, por orden de su padre, y apesar de los ruegos de su hermano

el principe heredero, y de la ternura paternal de Abderahman, que en aquel caso se creyo obligado a sacrificar los sentimientos naturales a los dictados de la justicia, y a la seguridad del trono.

En este tiempo llegó a Cordoba una magnifica embajada del emperador de oriente, que pedia la amistad y alianza del califa de España, como sus predecesores la habian tenido con los califas de Bagdad. Abderahman ostentó en esta ocasion su lujo y su magnificencia, recibiendo a los embajadores en medio de su esplendida corte, que se hallaba entonces en el mas alto punto de brillo y opulencia. Las armas del rei ganaban continuas batallas en Africa y en Galicia. Sus naves derrotaban a las de Tunez que las habian insultado: por ultimo su imperio se hallaba consolidado; su estado floreciente; su tesoro lleno de riquezas, y su nombre cubierto de aclamaciones por sus pueblos, y respetado por todos los monarcas del mundo.

Abderahman, feliz en todas sus empresas, anegado en delicias, y con un entendimiento enriquecido con el estudio, y con el cultivo de la poesia y de la literatura, murio de una ligera indisposicion, declarando a uno de sus intimos amigos que ajustada bien la cuenta de los momentos de perfecta y pura tranquilidad de animo de que

habia gozado en los cincuenta años de su reinado, apenas contaba catorce dias de sincera felicidad. Fue uno de los mayores monarcas de su siglo ; despreocupado, activo, magnifico, generoso, fundador del imperio de los califas del occidente, que rivalizó con los estados mas florecientes del mundo, haciendo temblar a los reyes mas poderosos de la Cristiandad. Dejó aseguradas sus fronteras, tranquilos sus dominios, afianzado su poder en Africa, y un nombre que no mancharon los delirios de la ambicion, ni las pasiones bajas y destructoras que tan comunmente turban la paz de los pueblos, y marchitan el lustre de los tronos.

CAPITULO XVII.

*Alhakem II. Guerras en España y en Africa.
Proteccion a las Letras. Gobierno Interior.*

ALHAKEM se habia dado a conocer en su juventud, y en todo el tiempo de su vida que precedió a su elevacion, por su aficion a las letras y a los conocimientos utiles, por su extraordinario esmero en recoger libros preciosos, y por la proteccion y ricos galardones que daba a los sabios y literatos. Su biblioteca era numerosisima, y estaba ordenada con gran metodo y clasificacion, siendo inmensas las sumas que gastaba en aumentarla, por medio de los agentes que con este obgeto enviaba a Bagdad, a Alejandria y a las ciudades principales de los dominios Mahometanos. Pero desde que su padre le confió los cuidados del gobierno, ya no fueron los libros su principal atencion, y solamente se ocupaba en ellos, y en la comunicacion de los sabios, en aquellos ratos que hurtaba a las severas obligaciones de su estado. Con todo

eso no se olvidó en el trono de favorecer a los buenos ingenios, ni de convidar a los sabios mas célebres de Oriente y Africa a que viniesen a establecerse en España. Encargó su biblioteca a su hermano Abdelaziz, por su aficion al estudio, y a su hermano Almondhir el especial cuidado de los doctos y de las academias, y fijó su residencia en Azahra, desde donde gobernaba el reino, y continuaba el sistema de paz y de justicia que tan gloriosamente habia seguido su padre.

En los primeros años de su reinado, las hostilidades de Moros y Cristianos se reducian a correrias y pequeñas invasiones en los territorios reciprocos. Alhakem proyectó dar un golpe decisivo, y tomó grandes disposiciones para penetrar en los posesiones contrarias, y arredrar aquellos infatigables enemigos. Antes de ordenar sus egercitos, promulgó reglamentos mui sensatos sobre la policia militar que deberia ser observada en aquella expedicion, sobre las calidades de los que serian admitidos en el alistamiento, sobre la distribucion de los despojos, y sobre el respeto con que debian ser mirados los niños, las mugeres, los ancianos y los monges.

Congregadas las tropas en Toledo, partió con ellas el rei a la frontera, deseoso de acreditar

que no solo era gobernador sabio y prudente, si no tambien diestro y esforzado caudillo. Entró en los limites Cristianos, y puso cerco a Santistevan; apoderose de esta ciudad, cuya resistencia provocó una sangrienta venganza, y en seguida ocupó a Salamanca, a Zamora, y a otras plazas importantes. Esta brillante campaña obligó a los Cristianos a proponer condiciones de paz, que fueron aceptadas por el rei, con cuya ocasion se enviaron embajadas reciprocas, suntuosos regalos, y mutuas espresiones de cordialidad y estima.

Pero los estados del rei Alhakem II en Africa no gozaban del reposo que habia sabido establecer en la peninsula. Alhasan, que gobernaba en su nombre las provincias Africanas, se rebeló contra la autoridad legitima, sometiendo a las armas de un usurpador. Apercibieronse armamentos navales en los puertos de Andalucia, y desembarcó un numeroso egercito en las inmediaciones de Tanger. Pero en el primer encuentro quedó vencido, y destrozado, y sus restos, refugiados en Ceuta, pidieron nuevos socorros, sin los cuales temian ser victimas del furor de sus enemigos. Galib, famoso caudillo de los egercitos de Alhakem, pasó el estrecho con grandes refuerzos y preparativos, y Alhasam, temeroso de no poder resistirle, se fortificó en

un punto remoto y elevado. Galib se aprovechó de este abandono, y entabló negociaciones con los aliados de Alhasam, los cuales dejaron poco a poco su partido, hasta dejarlo sin otra fuerza que la guarnicion del castillo que le servia de refugio. Galib le puso sitio, le cortó el agua, y propuso al rebelde una avenencia amistosa, que sus grandes apuros lo obligaron a aceptar. Diole seguro para él, su familia, y sus tesoros, pero con la forzosa condicion de ponerse en manos de Galib, y pasar en su compañía a España. Asi quedó convenido, y asegurada la persona de tan peligroso contrario, Galib recorrió las posesiones de Africa, mudó los caudillos que en ellas mandaban, restableció el orden, y esterminó los descontentos y discordias.

Enterado de estas novedades el rei, y de que Galib volvía a España, conduciendo al gefe de la insurreccion, quiso acreditar al primero la magnificencia con que sabia mostrar su gratitud, y al segundo la generosidad con que trataba a un enemigo vencido. Con este obgeto dispuso que aquellos dos personajes fuesen recibidos con todo esplendor en las ciudades de su tránsito, y cuando se acercaron a la capital, salió a recibirlos con lucido acompañamiento de los

magnates principales de la corte. Cuando se avistaron, bajó Alhasan de su caballo, y se echó a los pies del rei, mas este lo levantó, lo hizo montar de nuevo, y entró con él en Cordoba, adonde habia concurrido inmensa muchedumbre. Alhakem ofrecio proteccion y amparo a su antiguo enemigo; le cedio uno de sus palacios, y le prodigó el dinero y los regalos. Mas su rendimiento no era mas que una rebeldia disimulada, pues a los pocos meses de su residencia en Cordoba, pidio permiso de pasar a Africa, que le fue concedido, aunque con no mucha satisfaccion del rei, y con orden de fijar su morada en ciertos puntos. Alhasan le dio gracias por su dignacion, y apresuró su marcha, para la cual se le facilitaron cuantos buques pidio de la marina real. Desembarcó en Tunez, y desde alli pasó a Egipto, donde se puso bajo la proteccion del Soldan, el cual a instancias suyas escribió una carta insolente al rei Alhakem, amenazandolo con todo su poder, y llamandolo usurpador de los estados de Africa.

Para complacer a la sultana Sobiha, madre del principe Higem, se celebró en Cordoba con gran ostentacion la jura de este, aunque mui niño, como heredero de la corona; en cuya ocasion recompensó el rei con grandes regalos a

los poetas Arabes que florecian en España a la sazón. Eran estos muchos y buenos, pues la afición a la poesía habia llegado a ser la moda dominante, y los Mahometanos Españoles, que reunian al ingenio natural de los hijos de la península, el gusto oriental, y la erudición cultivada entonces con tanto éxito por los escritores Arabes, sobresalian en las composiciones métricas, en la pintura de los afectos vivos, y en los elogios de las grandes acciones. Habia tambien en Cordoba mugeres que se habian hecho celebres por sus poesias, distinguiendose entre ellas Lobna, doncella hermosa, favorita del rei, a quien servia de secretaria para su correspondencia privada, docta en gramática, en aritmética, y en otras ciencias.

A egemplo del rei, los gefes de las provincias honraban y favorecian a los literatos, de lo que resultaba la emulacion con que todos ellos aspiraban a merecer las gracias de la corte, y la opinion del publico. Habia en las principales ciudades academias de hombres instruidos, sostenidas a espensas de los poderosos, entre los cuales adquirio gran fama Ahmed ben Said, de Toledo, en cuya magnífica morada se reunian cuarenta o cincuenta aficionados a la literatura, que, segun los historiadores Arabes, lo eran

tambien a los deleites de la mesa, y a los goces de la vida social. Congregabanse en un salon cubierto de ricas alfombras, y adornado con bellas colgaduras; enmedio habia un brasero que exalaba suaves perfumes. Sentabanse en torno los socios; leian un capitulo del Koran; conferenciaban sobre su contenido, y recitaban cada cual sus composiciones. Terminaba la sesion con un suntuoso banquete, en que se servian cabritos asados, espuma de leche, manteca, y dulces, que eran los manjares mas delicados de aquella epoca.

El rei no atendía tan solo al fomento de las letras; cuidaba aun con mayor ahinco de todos los ramos de la prosperidad pública, tomando disposiciones que serian honrosas a los monarcas mas ilustrados de los siglos posteriores. Mandó empadronar los pueblos de sus estados, de qué resultó que habia en España seis ciudades grandes, capitales; ochenta de considerable poblacion, trescientas de tercera clase, e innumerables aldeas, lugares, torres, y alquerias; solo en las tierras que riega el Guadalquivir habia doce mil; en Cordoba se contaban doscientas mil casas; seiscientas mezquitas; cincuenta hospicios, ochenta escuelas publicas, y novecientos baños para el comun. Por orden de este mo-

marca se beneficiaban muchas minas de oro, plata, y otros metales, ademas de otras muchas que se explotaban por cuenta de los particulares. Protegia la pesca de corales en las costas de Andalucia, y la de perlas en las de Cataluña. La agricultura llegó a un grado de prosperidad cuyas trazas se conservan aun, a pesar de las vicisitudes de los tiempos, y del desorden de los gobiernos posteriores. Labraronse azequias de riego en las vegas de Granada, Murcia, Valencia, y Aragon; construyeronse grandes depositos de agua para riego, que sirvieron de modelo a los que aun existen, y se hicieron diversas plantaciones de toda especie de arboles, como convenia al terreno y clima de las provincias. En suma, para servirnos de las espresiones de los Cronistas Arabes, este buen rei mudó las lanzas y espadas, en hazadas y rejas de arado, y convirtio los animos guerreros e inquietos de los Muslimes en pacíficos labradores y pastores. Los mas ilustres caballeros se preciaban de cultivar por sus manos sus huertos; todos iban al campo y moraban en las aldeas, en las epocas de la siega y de la vendimia, y muchos pueblos siguiendo su natural inclinacion se entregaron a la ganaderia, y trashumaban de unas provincias a otras, procurando a sus rebaños comodidad de pastos en ambas estaciones.

Tales fueron los efectos que produjo en España un reinado de quince años, parte de los cuales fueron agitados por guerras que el monarca no pudo evitar, y por disensiones intestinas cuyos germenos se habian arraigado profundamente en los reinados anteriores. Murio Alhakem, dejando en afliccion y horfandad a un pueblo cuya ventura fue el obgeto constante de su esmero, y de su aplicacion. Su reino, enmedio de los desordenes que lo precedieron, y de las calamidades que vinieron en pos, y que se han propagado hasta nuestros dias, fue como un meteoro brillante que luce algunos instantes en la oscuridad de la noche, para restituirla despues al imperio de las tinieblas.

CAPITULO XVIII.

Higem II. Expediciones de Almanzor. Disturbios en Africa. Prision de D. Garcia.

TENIA Higem poco mas de diez años cuando fue proclamado rei de España, por muerte de su padre. Muhamad, gran favorito de la sultana madre, fue nombrado por ella secretario principal de su hijo, y su tutor, y director de todos los negocios del gobierno. El rei, que por su tierna edad, y por su natural inclinacion, no pensaba sino en inocentes juegos y placeres, vivia en una completa lejanía de los asuntos politicos, y Mahamud era obedecido como verdadero depositario de la autoridad soberana. Sus primeras disposiciones tubieron por obgeto hacer guerra perpetua a los Cristianos, rompiendo las treguas del reinado anterior, y asegurar las posesiones Africanas, concertandose con algunos caudillos que las habian invadido y molestado.

En seguida visitó los puntos mas inmediatos a las fortalezas Cristianas, tomó sabias medidas para la defensa de la linea, y entró en el territo-

rio enemigo, atropellando cuanto se le oponia, y empuñando diversos encuentros en que lo favorecio constantemente la fortuna. Su conducta despues del triunfo le atrajo el cariño de los soldados, a quienes distribuyó con suma imparcialidad y desprendimiento los despojos, reservando de ellos tan solamente el quinto que correspondia al Monarca. Estas batallas en que lucio tanto su valor como su pericia, le grangearon el nombre de Almanzor, que la historia le ha conservado.

A aquella primera espedicion siguieron otras muchas, cuyos pormenores presentan una larga serie de hazañas, en que desplegaron ambas partes su intrepidez y constancia, y que terminaron por el desaliento de los Cristianos, y por la perdida de Astorga y de Leon. Almanzor no dejaba respirar a sus enemigos; atacabalos en diferentes puntos, y por lo comun en aquellos en que menos lo aguardaban, y aunque sufrio algunos descalabros, terminó felizmente todas las campañas, y ensanchó el territorio por la parte del norte.

En los intervalos que le dejaban libres las fatigas de la guerra, Almanzor volvia a Cordoba, a enterarse del curso de los negocios durante su ausencia, y a egercer el mando civil en que cada

dia se arraigaba mas, procurando alejar de la persona del rei todos los que podian egercer algun influjo en su animo, y teniendolo en una rigurosa tutela, que mas bien podia merecer el nombre de esclavitud. En estos viages a la capital frecuentaba las academias que él mismo habia fundado, visitaba las escuelas, premiaba a los maestros y discipulos sobresalientes, y daba otras disposiciones favorables al bien de los pueblos.

Reprimidos los Cristianos de la frontera occidental, Almanzor quiso intimidar a los de Oriente, con cuyo obgeto se dirigió con sus tropas a Cataluña. Borel, conde de Barcelona, salio a su encuentro, con numero superior al de los Muslimes, pero compuesto en gran parte de gente baldia y montaraz, incapaz de obedecer, y de resistir a los ordenados tercios de Almanzor. En efecto los primeros impetus de estos desbarataron a los Cristianos, y no les dejaron otro refugio que Barcelona. Pusose cerco a esta ciudad, de donde escapó el rei por mar, y los habitantes se rindieron sin resistencia a los invasores.

En tanto Alhasan, de quien ya hemos dicho que se habia acogido a la proteccion del soldan de Egipto, reunio numeroso egercito, y pasó a la costa del norte de Africa, atacando en ella las

posiciones del califa de Cordoba, rechazando las tropas que acudieron de España a su defensa, y obligando a sus restos a que se refugiasen en Ceuta. Mas sabiendo aquel caudillo que habia salido de España una expedicion formidable con el obgeto de despojarlo de sus ususpaciones, entabló negociaciones para su entrega y sumision, y allanadas las dificultades que este asunto ofrecia, entró con entera confianza en Ceuta, donde a pocos dias se le cortó la cabeza por orden de Almanzor.

Ocupó su puesto en las desavenencias de Africa el caudillo Abulbehar, contra quien marchó Zeiri ben Aitia, gefe de las tropas españolas, apoderandose en breve de todo el territorio que aquel ocupaba, en el cual habia muchas importantes ciudades, y recogiendo un cuantioso botin del cual envió gran parte a Almanzor. Estableciose despues de estas victorias en Fez, de donde fue llamado a egercer un alto empleo en la capital, y su entrada en ella fue notable por el gran numero de riquezas y curiosidades que consigo traia, y por las grandes festividades y obsequios con que fue recibido. Mas su buena amistad con Almanzor no fue duradera: indispusieronse estos dos personajes, ambos poderosos y soberbios, y demasiado encumbrados y

potentes para ceder uno a otro. Zeir ben Aitia pidió licencia para volver a su gobierno de Africa, y partió, enojado contra el favorito, mas no menos resuelto por esto a continuar defendiendo la causa que habia abrazado.

En efecto, durante su ausencia, Jadoc caudillo de los rebeldes, se habia apoderado de Fez, y habia arrollado en diferentes ocasiones los escuadrones Andaluces que guardaban los dominios Españoles en aquellos paises. Zeiri reunio con gran presteza los tercios fieles, marchó contra ellos, les dio diferentes batallas, y peleando cuerpo a cuerpo con Jadoc, lo mató y envió su cabeza a Cordoba.

Venida la primavera del año siguiente, Almanzor se aproximó a las fronteras de Galicia, destruyó las fortalezas de los Cristianos, quemó sus templos, tomó grandes despojos de los pueblos, y cautivó mozos y doncellas. Adelantose precedido por el terror que inspiraba su nombre, entró en Santiago, quemó la iglesia principal, se apoderó de sus campanas, y con ellas y con un acompañamiento de cuatro mil cautivos juvenes de ambos sexos, entró en Cordoba, donde fue recibido con universal alegría y magnífica ostentacion. Tal era la incansable actividad de este guerrero, que cuando, despues de aquella cam-

paña, los Cristianos lo creian reparando sus perdidas, y gozando de su triunfo, se aparecio de pronto ante las huestes del conde Garcia Fernandez, el cual hizo cuanto pudo por evitar un encuentro: mas no logró su intento. Rodearonlo por todas partes los Arabes, y se vio obligado a entrar en accion, haciendo un esfuerzo impetuoso, que al principio fue funesto a la vanguardia de sus enemigos. La retaguardia y las alas la sostubieron, y los Cristianos defendieron el terreno con vigorosa tenacidad. Pero la acometida era tan violenta que las tropas, a pesar del brio de los gefes, empezaron a huir desanimadas, y en seguida fue general la fuga, y espantoso el desorden. Entre los caballeros cautivos se hallaba el conde Don Garcia, pero tan gravemente herido que murio pocos dias despues, sin que lo aprovechasen las medicinas y el cuidado que se le prodigaron por orden de Almanzor. Mandó este poner el cuerpo del conde en una caja primorosamente labrada, envuelto en un precioso paño de escarlata y oro, con esquisitos balsamos y perfumes, con el designio de enviarlo a los Cristianos: lo que verificó sin querer admitir los regalos y sumas de dinero que ofrecian por su rescate,

Poco despues, el rei Bermudo II de Leon,

vencidas sus tropas por los Muslimes, envió emisarios a Almanzor para concertar condiciones de paz. Agub ben Amer pasó a Leon a seguir estas negociaciones, y a su vuelta a Cordoba fue encarcelado por sospechas que tubo Almanzor de la parcialidad con que habia manejado aquel asunto.

CAPITULO XIX.

Guerra de Africa. Batalla de Calat Anosor. Muerte y Caracter de Almanzor. Gobierno de Abdelmelic.

ZEIR BEN AITIA mantenía en público su amistad y buena inteligencia con Almanzor, hasta que engreído con sus victorias, y con el poder que había adquirido en Africa, empezó a dar rienda suelta al odio que ocultaba en su corazón. Edificó la ciudad de Wabda, la fortificó y labró en ella un suntuoso alcazar, con robustos torreones y murallas, y en él depositó los tesoros que había acumulado en sus conquistas. Asegurado este punto, para en caso de reves, y distribuidos los mandos del ejército a caudillos de su confianza, ordenó que se suprimiese en las oraciones públicas el nombre de Almanzor, y que se mencionase raras veces en ellas el de Higem; envió presos a Ceuta a muchos oficiales protegidos por su enemigo, y maniobró con su ejército en las provincias Africanas, como si se dispusiera a proceder como dueño absoluto, y no

como gobernador obediente a las ordenes superiores. Enterado Almanzor de todas estas novedades, envió contra Zeir al caudillo Wadha el Feri a la cabeza de una fuerte expedicion.

Pasó esta hueste a Tanger, y allí se le agregaron los Zenetes, y otras tribus fieles al califa de Cordoba. Con ellas salio Wadha al campo, y no tardó en avistarse con las tropas enemigas, con las que estuvo peleando por espacio de tres meses, sin que se decidiese la victoria por una ni otra parte. Pero el egercito Español, que no tenia de donde sacar refuerzos, se fue poco a poco debilitando y cediendo al numero, hasta verse obligado a guanecerse con gran perdida en los muros de Tanger. Allí se hizo fuerte Wadha, y escribio a Cordoba pidiendo socorros de hombres, dinero, y provisiones, pues de todo carecia. Almanzor, con esta nueva, salio de la capital; se establecio en Algeciras; mandó allegar mucha gente de guerra, y envió con ella a su hijo Abdelmelic. Toda la flor de la caballeria de España, y los principales comandantes militares de las provincias se reunieron para esta empresa.

Cuando llegaron tan infaustas noticias a oidos de Zeir ben Aitia, conocio cuan grande era su peligro, y pidio ausilios a muchas tribus de lo

interior. Abdelmelic y Wadha salieron de Tanger, y se encontraron con los rebeldes a poca distancia de aquella ciudad, donde se trabó la batalla mas cruda y sangrienta de que hacen mencion los anales de la historia de los Arabes. Duró desde el salir el sol hasta el ponerse, con igual tezon en una y otra parte, y en todos los instantes del dia. En lo mas recio del conflicto se dirigió contra Zeir un mancebo negro, llamando Zalem, cuyo hermano habia muerto a manos de aquel caudillo, y conociendolo por sus insignias, le dio tres crueles heridas con su alfange, y no lo acabó creyendo que eran mortales. El negro se presentó a Abdelmelic, y le dio cuenta del suceso; noticia que alentó a las tropas del rei, y les hizo aumentar su esfuerzo, y adelantarse mas denodadamente contra los contrarios. Faltos estos de la asistencia de su caudillo, y creyendolo muerto, se desordenaron y pusieron en fuga, haciendo en ellos los Andaluces gran matanza. La confusion y la tropelia de los vencidos llegaron hasta las tiendas de Zeir, a la sazón de estar los facultativos curando a este sus heridas: huyó con el torrente, y con los caballeros y gefes que lo rodeaban, y dejó en manos de los vencedores riquezas, tiendas, pabellones, armas, caballos, y el

innumerable ganado que habia recogido para aprovisionar su gente. Su presurosa retirada se detubo en una aspera angostura, cerca de Mequinez: alli se reunio con la mayor parte de sus nobles, y muchos de los soldados que habian sobrevivido a la ultima accion. Abdelmelic, sabiendo donde estaba su contrario, envió con mucha diligencia a Wadha con cinco mil caballos escogidos que fueron a tomarlo descuidado. Sin embargo, los rebeldes se defendieron con brio, y a pesar de la noche, los Andaluces mantubieron su empeño, derrotaron a los de Zeir, les mataron mucha gente, y les cogieron mil caballeros, a quienes Abdelmelic mandó despues dar libertad, y medios de regresar a sus respectivos paises. Zeir huyó con una pequeña escolta, sin parar hasta Fez, cuyos habitantes le cerraron las puertas, pero dejaron salir a su familia, que estaba en la ciudad, y con ella se refugió en el desierto. Abdelmelic entró en Fez con aclamaciones de triunfo.

Publicose esta feliz noticia en todas las mezquitas de España, y celebrese con grandes regocijos en Cordoba, donde Almanzor mandó dar libertad a mil y quinientos cautivos, y a trescientas esclavas Cristianas; repartio cuantiosas limosnas, y pagó las deudas de la gente

pobre y honrada. Abdelmelic quedó gobernando las posesiones Africanas por espacio de tres meses, y fortificó a Ceuta y otros puntos importantes. Su regreso a España reanimó las esperanzas de Zeir: juntó algunas tribus, reconquistó parte de sus antiguos dominios, y encrudecidas sus heridas en una pelea, murió con las armas en la mano, víctima de su ambición y despecho.

Almanzor se había retirado de Algeciras desde las primeras noticias de los triunfos de su hijo, y a fin de evitar que los Cristianos se aprovecharan de los disturbios de Africa, para reparar sus pérdidas, entró de repente en las provincias de oriente, donde halló gran reunion de tercios que se disponian a pasar la frontera. Sin darles tiempo a formar la batalla, cargó sobre ellos, los persiguió en su fuga, desmanteló su fortalezas, taló sus campos, quemó sus pueblos, y sembró en aquellas regiones el espanto y la desolacion. No satisfecho con esta venganza, mandó venir escuadrones de Africa, los aguardó en Toledo, y desde esta ciudad se encaminó acia el Duero, cuyas margenes recorrió, sin hallar resistencia en ninguna parte. Los Cristianos estaban acampados en las cercanias de Calat Anosor, y las tres divisiones, en que

estaba repartida su hueste, cubrian los campos, hasta donde podia alcanzar la vista. Cuando los Muslimes de la vanguardia los descubrieron, se horrorizaron de su muchedumbre, y avisaron a Almanzor, que reconoció en persona la posicion de los enemigos, y dio sus disposiciones para la batalla. Hubo aquel dia algunas escaramuzas a que puso termino la venida de la noche.

En la corta tregua que esta les concedio a fâvor de sus sombras, los caudillos Mahometanos no gustaron un momento de reposo; inquietos con el temor y la esperanza, miraban al cielo, como si los primeros albores del dia debieran traerles la decision de su suerte. Hizo Almanzor la oracion de la mañana; los caudillos ocuparon sus puestos, y se reunieron a sus banderas respectivas. Los Cristianos se pusieron en movimiento, haciendo temblar la tierra con el peso de la masa inmensa que sus tercios formaban. Empezó el combate, y ambos ejércitos parecian resueltos a morir antes que retroceder. Los caballos cubiertos de hierro de los Cristianos hendian las huestes enemigas, sin que estas fuesen parte a resistir su impetu; Almanzor entraba con sus Andaluces en lo mas recio de la lid, admirandose de aquella desusada tenacidad; gritaban los gefes animando a los

soldados, y se alzaban espesas nubes de polvo, que anticipaban la lóbreguez de la noche. Esta separó a los enemigos, sin que ninguno hubiese cedido un palmo del campo de batalla. Almanzor se retiró a su pabellon, aguardando a que se congregasen, como solian hacerlo, los caudillos de su egercito: mas viendo que solo parecian algunos pocos, e informado de que la mayor parte de ellos habian perecido peleando, y otros estaban malheridos, conocio el estrago que habian padecido los suyos, y dio orden de levantar el campo antes del dia, y pasar el Duero, llevando los escuadrones en orden de pelea, por si los enemigos le seguian el alcance. Los Cristianos, viendo el movimiento de los Muslimes, y recelando que fuese para venir otra vez a las manos, se pusieron en orden de batalla; mas cuando estubieron seguros de su retirada, no osaron dar un paso adelante, cansados de los trabajos del dia anterior, y consternados de la enorme perdida que habian sufrido.

Almanzor se sintio tan abatido y apesadumbrado, que no cuidó de sus males, y con la agitacion y tristeza de su animo sus heridas se encrudecieron, y conocio que se acercaba el termino de su existencia. No pudiendo estar a caballo lo pusieron en una silla, y fue condu-

cido catorce leguas en hombros de sus soldados. En una aldea de las fronteras de Castilla lo encontró su hijó Abdelmelic, que iba enviado por el rei Higem para informarse de su situacion, y alli fallecio a los sesenta y cinco años de su edad, en medio de sus tropas, cuya consternacion, y despecho por tan irreparable perdida, era el mas sincero elogio que pudiera hacerse de sus eminentes prendas y virtudes.

Almanzor habia ocupado veinte y cinco años el alto puesto de Hagib, o secretario del rei, que le habia confiado la sultana Sobiha, madre de Higem II, y por la menor edad, y animo apocado de este principe, tubo en realidad la representacion y egercicio de la suprema autoridad. Manejó en aquel espacio de tiempo todos los negocios de paz y guerra; nada se hacia en el reino sin su consentimiento, de modo que solo le faltaba el nombre de monarca: mas solo empleó su ilimitado poder en bien y aumento de la nacion. Mientras dilataba de mar a mar las fronteras, no padecio intercadencia ni menoscabo la felicidad del estado, pues con el temor que inspiraban su vigor y prudencia, no hubo quien sucitase la mas leve chispa de sedicion, como las que antes habian abrasado a España. Asi en su tiempo el estado fue tan flore-

ciente, que nunca habia llegado a tan alto grado de poder y grandeza. Pasaron de cincuenta las jornadas victoriosas que hizo contra Cristianos, sin que estas continuas fatigas le estorvasen atender al manejo de la hacienda, a la construccion de obras publicas, a todos los ramos de gobierno interior, y sin que se entibiase, en medio de tan arduos negocios, su aficion a las letras, que cultivó con mucho exito, mostrandose ademas generoso protector de los que en ellas sobresalian.

Sobrevivio poco tiempo su amiga y favorecedora, la sultana Sobiha, que en el lecho de la muerte aconsejó a su hijo confiase el gobierno de España al hijo de Almanzor, Abdelmelic, esperando hallar en él la prudencia, el celo y el valor de su padre. Tenian solido apoyo estas esperanzas en la conducta anterior de aquel caudillo, que en todas las epocas de su vida se habia mostrado buen vasallo, soldado valiente, moderado en sus deseos, escrupuloso en el servicio, y afecto al trabajo y al estudio. Los pueblos aplaudieron la eleccion, y se aumentaron estos prosperos anuncios cuando se supo que Abdelmelic se proponia seguir las huellas de su padre, y que a ejemplo de este, habian formado el proyecto de continuar la guerra contra los

Cristianos, hasta esterminarlos, o arrojarlos allende de los Pirineos.

Fijando desde luego su atencion en las cosas de Africa, tan revueltas a efecto de los desordenes promovidos por Zeir, confió el mando de aquellas posesiones a Alman, hijo de aquel caudillo, a quien se unieron y prestaron obediencia las tribus Zenetes. Abdelmelic le hizo magnificos regalos, y a fin de que pudiese egercer con mas holgura su autoridad, mandó llamar a Cordoba a Wadha, y que este dejase en manos de Alman la provincia de Fez y sus dependencias. Ofrecio el nuevo gobernador enviar anualmente a la capital cierto numero de caballos de raza pura Arabe, con hermosos jaeces, armas y otras preciosidades, y con el primer presente envió a su hijo Manser, como en rehenes de su lealtad y obediencia.

Abdelmelic no descuidaba por esto la guerra contra Cristianos. Su primera expedicion se dirigió a Lerida, ante cuyos muros logró ventajas considerables contra los enemigos; la segunda fue contra Leon, a donde entró despues de alguna resistencia, y cuyas fortificaciones mandó destruir. En los años siguientes de su gobierno siguió el mismo sistema de invasiones, y aunque sus armas no lograron triunfos tan seña-

lados como las de su padre, siempre terminaba felizmente la campaña, volviendo a Cordoba con gran numero de cautivos y ricos despojos. Muchas familias Cristianas imploraron su proteccion, y acudieron a la capital, donde se les dieron casas y jardines, y fueron mui bien recibidos por el rei, y agazajados por el pueblo. El rei de Leon, que tenia correspondencia amistosa con Abdala ben Abdelaziz, poderoso magnate de Toledo, se valio de su mediacion para negociar paces con Abdelmelic, mas este no quiso dar oidos a aquellas proposiciones, y solo consintio en una corta tregua.

Terminado su termino, se abrieron de nuevo las hostilidades, y los Muslimes se apoderaron de muchas grandes ciudades de occidente, y penetraron en Portugal. Pero al terminar esta campaña, los Cristianos los acometieron, y los obligaron a replegarse sobre Toledo, y despues sobre Cordoba. Abdelmelic murio poco despues de esta derrota, envenenado, segun se dijo entonces, por su ocultos enemigos. Seis años duró su gobierno, y largo tiempo su memoria entre los amantes de su patria.

CAPITULO XX.

Gobierno de Abderahman. Reinado de Muhamad. Conjuracion de los Africanos. Guerra contra Suleiman. Batalla de Guadiaro. Muerte de Muhamad.

ACOSTUMBRADO el rei Higem al retiro de su alcazar, a los juegos y recreos con que lo divertian sus cortesanos, y al aislamiento y separacion en que su madre lo habia tenido, miraba con indiferencia los negocios del estado, y no tenia mas voluntad que la de los magnates que se habian apoderado de su favor y confianza. A instigacion de estos, confió el gobierno de sus estados a Abderahman, hermano de Abdelmelic, en los mismos terminos con que este lo habia poseido, y movido además por la amistad y cariño que le profesaba. Reducido a vivir en el ocio de la corte, heredero de inmensas riquezas, dotado de gallardo continente, y entregado a los galanteos y festines de una capital opulenta y voluptuosa, Abderahman se envanecio con la alta dignidad de que se vio revestido, sin echar de ver que carecia de los medios de sostenerla.

Desconocia el curso de los negocios, y le eran estrañas las fatigas y privaciones de la guerra: asi que perdio de vista el norte que su padre y hermano se habian propuesto, y solo pensó en abandonarse sin freno a los impulsos de su ambicion.

Cuando Alman tubo noticias de aquel nombramiento, envió al nuevo gobernador grandes presentes, entre ellos ciento y cincuenta soberbios caballos, a lo que agradecido Abderahman, hizo grandes honras a los enviados del caudillo de Africa, les dio preciosos vestidos y alajas, y envió a Manser a su padre. Estas bondades obligaron mas y mas a Alman, y recogió y mandó a Cordoba mil caballos, que causaron admiracion a todos los inteligentes.

Abderahman no pudo resistir a los alagos del poder ni quedar satisfecho con el que gozaba. No tenia el rei Higem hijo alguno que le sucediese en el imperio, aunque por su edad no carecia de esperanza de tenerlos. Abderahman sin pararse en esta consideracion, sin consultar los intereses de los parientes del rei, guiado tan solo por su inconsiderada vanidad, y confiado en la mal segura inclinacion del pueblo, que lo amaba y bendecia, por un ciego respeto a la memoria de su padre, se atrevio a proponer y persuadir

al rei que lo nombrase futuro sucesor de la corona de España, suspendiendo sin embargo la solemne declaracion hasta despues de su regreso de la primer salida que intentaba hacer contra Cristianos. Aunque todo esto se trataba en los secretos recintos del alcazar, cundio la noticia por el pueblo, y exitó su odio y su indignacion. La nacion estaba acostumbrada a la sucesion hereditaria de los principes legitimos; admiraba la dinastia reinante, que tantos hombres grandes habia producido, y estaban ya borradas de la memoria de aquella generacion las revueltas, y las calamidades a que habia dado lugar la ambicion de los que en otro tiempo se disputaron el mando. Muhamad, principe de la familia real, fue el que mas se agravio de aquella novedad inesperada, porque en caso de morir el rei sin hijos, él era quien debia sucederle en el trono. No pudiendo sufrir por mas tiempo las maquinaciones del favorito, se salio de Cordoba, pasó a las fronteras de Castilla, se juntó con muchos gobernadores y caudillos, y entró con ellos y con numerosas tropas en Andalucia, manifestando a los pueblos los osadas pretenciones de Abderahman, y el ultrage de la familia real, sacrificada a sus criminales intentos. No le fue difícil concitar los animos de los nobles, indispuestos ya

contra el gobernador por su altanería, y en breve tiempo su reunio un egercito numeroso.

Cuando Abderahman tubo noticias de la tormenta que contra él se armaba, salio con mucha diligencia de Cordoba, a la cabeza de la caballeria Africana, y de la guardia del rei, con animo de oponerse a sus enemigos antes que fuesen mas poderosos. Apenas habia partido de la ciudad, los parciales que en ella tenia Muhamad, le dieron cuenta de lo que pasaba, anunciandole al mismo tiempo que la ciudad quedaba desguarnecida, y que le seria facil apoderarse de ella. En efecto, tomando caminos estraviados, Muhamad se dirigio a Cordoba con la mayor celeridad posible; se hizo dueño de la guardia y de la persona del rei; publicó la deposicion de Abderahman, y lo declaró traidor y enemigo publico. El desacordado gobernador, volvio a la capital contra el dictamen de sus caudillos, y confiado en el favor del pueblo. Entró sin resistencia: pero al aproximarse al alcazar, se le opusieron en gran numero los partidarios de Muhamad, y gran parte de la nobleza y de la plebe. Al primer acometimiento, los de Abderahman rompieron y atropellaron aquella muchedumbre; pero se aumentó el gentio, y por todas partes resonaban los gritos: muera, muera,

el usurpador. El entonces, viendo que la opinion publica se le declaraba en contra, apesar del denuedo de los suyos, de los que muchos murieron peleando, solo pensó en salvarse, y se encaminó acia una puerta de la ciudad, defendiendose con valor, y abriendose camino con las armas. Pero atajado por todas partes, cayo muerto su caballo, y él, herido de muchas lanzas, fue presentado a Muhamad, y crucificado de su orden. Sus bienes fueron aplicados al fisco, y sus amigos no osaban presentarse en las calles, temerosos de experimentar su misma infausta suerte.

Muhamad, incitado por los de su partido, y aprovechandose del movimiento popular que se habia pronunciado en su favor, hizo que el rei lo nombrase su primer secretario. Para congraciarse con los habitantes de Cordoba, y sabiendo que la guardia de Zenetes era aborrecida de la multitud, ordenó que saliesen del alcazar y de la ciudad, cuya medida exasperó a aquellos Africanos, entre los cuales habia gente mui noble y poderosa. Distribuyó los principales empleos entre sus amigos y partidarios; apartó del lado del rei a los que lo rodeaban, y le dio por servidores intimos, hombres de su entera

confianza; y viendo que sus ordenes se obedecian sin resistencia, que todos reconocian en él un derecho legitimo a la sucesion, y que no habia competidor alguno que pudiera disputarsela, quiso tantear la opinion, y propagó la voz de que el rei habia caido enfermo de mucho peligro. Cuando vio el poco interes con que fue recibida esta noticia, determinó asesinar a Higem: pero Wadha, camarero de aquel monarca que lo amaba y compadecia, se opuso con prudencia y valor a este designio, diciendole que para lograr lo que deseaba no era necesario sacrificar a aquel pobre joven; que seria mucho mejor valerse de medios mas suaves, y que el mismo le propondria los que juzgaba mas conducentes al logro de sus proyectos. En efecto quedaron de acuerdo en encerrar con gran secreto a Higem, confiando su guardia a un hombre seguro; buscaron otro mui semejante al rei, en estatura, edad, y fisionomia; se apoderaron de él por sorpresa, lo ahogaron, y colocado en el lecho del rei, se divulgó la grave enfermedad que lo postraba, y la declaracion que habia hecho de principe heredero en su pariente Muhamad. Pocas horas despues se anunció la muerte del rei, y el cadaver del que habia representado su

papel fue enterrado con gran pompa, sin que el pueblo tubiese la menor sospecha de aquella supercheria.

Viendose colocado en la cuspide del poder, y deseando desembarazarse de todos los que pudieran armarse en su daño, su primera disposicion fue mandar llevar a efecto la orden que habia dado, para la espulsion de los Africanos. Ofendidos los caudillos de este agravio, decidieron resistir la providencia a todo riesgo, tomaron las armas y se opusieron abiertamente a las ordenes del rei, tratandolo de perfido y de usurpador injusto. Reunidos en tropel, y sedientos de sangre y de venganza, rodearon el alcazar gritando al pueblo que Muhamad era un asesino; que Higem habia sido sacrificado a su ambicion, y que ellos tomaban a su cargo el castigo del delincuente, y el noble empeño de vengar al monarca legitimo. Muhamad salio con sus guardias Andaluzas, y trabó sangrienta pelea con los conjurados. El pueblo acudio en inmensa turba y atacó a los Africanos, obligandolos a retirarse, como lo hicieron, atropellando animosamente a cuantos se les oponian. En esta peligrosa retirada, cayo prisionero el comandante de aquellos valientes. Muhamad le mandó cortar la cabeza, y arrojarla por el muro a los

Africanos que ya estaban fuera. Cuando vieron la desgracia de su caudillo eligieron para vengar su muerte y mandarlos, al intrepido Suleiman, el cual despues de haber hecho una furiosa entrada en el pueblo, forzado a salir, por la superioridad de los contrarios, se retiró a las fronteras de Galicia, hizo alianza con el Conde Don Sancho, y de acuerdo los dos, trataron de hacer guerra al que se llamaba rei de Cordoba.

En efecto, poco tiempo despues se presentó Suleiman con escogidos tercios Cristianos, en las cercanias de la capital, y habiendose encontrado con el egercito de Muhamad, se acometieron con tanto furor que solo de Cordobeses quedaron muertos mas de veinte mil hombres. Muhamad tubo que retirarse a Toledo donde era gobernador un hijo suyo. Alli reparó sus perdidas algun tanto, y despachó embajadores a los Cristianos de Aragon y Cataluña, los cuales le suministraron considerable numero de tropas ausiliares tomando en cambio grandes sumas de dinero.

Suleiman, despues de la batalla de que acabamos de hacer mencion, se presentó ante los muros de la capital, cuyos habitantes quisieron resistirle: pero por consejo de Wadha se abrieron las puertas al vencedor. Desconfiado con razon

de los vecinos, por el odio que profesaban a los Africanos, Suleiman acordó con el mismo Wadha que mantubiese la ciudad en quietud, protestando que no entraba por no molestar a los habitantes con tan desagradables huespedes; sin embargo se aposentó en los alrededores, y aguardó a que se tranquilizasen los animos, y pocos días despues hizo su entrada publica, con grandes aplausos de la muchedumbre. Estas demostraciones de buena inteligencia no disiparon su desconfianza. Tomó a su cargo el gobierno, mudó a muchos empleados, condenó a muerte a algunos revoltosos, y enterado de la existencia de Higem, no quizo revelar aquel secreto al publico, bajo el pretesto de que era demasiado temprano para poner en manos tan debiles la suerte de la nacion. Dejó al rei a cargo de varios amigos suyos, y se dispuso a salir contra Muhamad, que con treinta mil Muslimes, y nueve mil Cristianos habia salido de Toledo resuelto a volver a tomar posesion del trono. Diose la batalla a diez millas de Cordoba; fue bien sostenida por ambas huestes: pero los Africanos cedieron a la caida del sol, y huyeron a Zahra donde robaron contra la voluntad de Suleiman el alcazar y la mezquita, llevandose todas las preciosidades que aquellos dos edificios

contenian, y otras muchas que les produjo el saqueo de las casas principales. Siguió la retirada acia Algeciras, donde los Africanos pensaban embarcarse para la costa opuesta.

Muhamad entró en Cordoba, donde fue recibido como libertador: pero solo se detubo dos dias, y partió con toda su gente, siguiendo el alcance de los Africanos. Estaban estos acampados a las orillas del Guadiaro, no lejos de Algeciras. Con el orgullo de la pasada victoria, Muhamad los acometió, sin dar tiempo a que descansasen las tropas de su mando. Esto hizo mas venturosa la suerte de Suleiman, pues se aprovechó de la misma apretura en que se hallaba, y exitó a los suyos, manifestandoles que no les quedaba mas arbitrio sino vencer a morir. Los Africanos siguieron su impulso, y despues de un breve, aunque encarnizado conflicto, pusieron en desorden y fuga a los contrarios, haciendolos correr hasta la capital. En ella se fortificó el usurpador, reparando sus torreones, y haciendo escavar en torno de los muros un ancho foso, en que trabajaron noche y dia los habitantes. Esta continua fatiga, y la insolencia de los amigos y favoritos de Muhamad causaron gran indignacion en el pueblo y dieron lugar a varias sediciones parciales, que fueron facilmente

comprimidas. Muchos vecinos principales abandonaron sus casas, y pasaron al campamento de Suleiman, que con gran diligencia habia perseguido a su contrario. Los gefes de la provincia se negaban a tomar parte en la contienda; la guarnicion de Cordoba estaba dividida en facciones; escaseaban el dinero y los viveres: por ultimo, Muhamad conocia que la fortuna lo abandonaba, y todos pedian a gritos el termino de una discordia que amenazaba con grandes males a la peninsula. Wadha se aprovechó oportunamente de esta consternacion general; sacó a Higem de su prision, y lo presentó al pueblo de Cordoba como su monarca legitimo. Conmoviose la ciudad al oir tan estraña noticia, y la alegria y el entusiasmo sucedieron al abatimiento y a la pesadumbre. Muhamad se ocultó en el alcazar, pero fue descubierto, presentado al rei, y decapitado por su orden. Higem mandó que su cabeza, despues de paseada en triunfo por las calles de Cordoba, fuese enviada a Suleiman, para que le sirviese de escarmiento. Suleiman la remitió a Obeidah, hijo de Muhamad, que mandaba en Toledo, y que exasperado al ver la suerte de su padre, se ligó con su antiguo enemigo Suleiman, y juró guerra eterna a Higem.

CAPITULO XXI.

Cerco de Cordoba. Entrada y Reinado de Suleiman. Guerra civil.

CONTINUÓ Higem dando su entera confianza a Wadha, el cual salio inmediatamente con las tropas leales, para impedir la union de los nuevos aliados, y darles un golpe decisivo. Uniose con los Cristianos, atacó las tropas de Obeidah, las derrotó completamente, lo hizo prisionero, y lo envió a Cordoba, donde por orden del rei se le cortó la cabeza. Wadha tomó despues posesion de Toledo, y volvio a Cordoba, donde fue mui bien recibido por el rei, y colmado de riquezas y dignidades. Pero su exesivo orgullo, y el de sus parciales y amigos exasperaron a la nobleza y al pueblo, haciendo odioso al rei Higem, que solo en ellos confiaba, y que parecia ciego juguete de sus caprichos. Suleiman, que entretanto recorria la campiña de Cordoba, tubo noticias de estos descontentos, y poniendose de acuerdo con los gobernadores de muchas plazas importantes, juntó, de los ausilios que estos le enviaron, un egercito formidable, capaz de decidir

la suerte de España. Entonces llegó a ser penosa y critica la situacion de la capital, afligida por la peste, por el asedio, por la falta de provisiones y por la discordia interior. Higem que a todos temia, y de todos sospechaba, receló que Wadha tenia secretas relaciones con los enemigos, y olvidado de su antigua lealtad, y de sus buenos servicios, mandó cortarle la cabeza, sin averiguar la realidad de su culpa. Ocupó su puesto Hairan, gobernador de Almeria, caudillo de mucho valor y prudencia, el mas apropiado para salvar a Higem, si su fortuna no hubiese llegado al ultimo plazo. Era hombre benigno y generoso, y pudo suavizar algunas providencias tiranicas del rei, aunque no por esto disminuyó el odio con que sus subditos lo miraban. Al mismo tiempo peleaba con esfuerzo contra los sitiadores, los cuales se apoderaron sin embargo de todas las torres y fortalezas. Hairan cayo herido entre los mas leales y valientes caballeros de Cordoba, que defendieron la entrada hasta morir. Los Africanos entraron por las calles, hicieron cruel matanza en el pueblo, y saquearon la ciudad por espacio de tres dias, dando muerte con ciego furor a muchos personajes ilustres, y esparciendo el espanto y la

desolacion en aquella antigua morada de la civilizacion, de las artes y de la prosperidad.

Aquel mismo dia se apoderó Suleiman del alcazar, a cuyas puertas quedó Hairan confundido entre los cadaveres de los que habian muerto peleando. Levantose el infeliz, en las tinieblas de la noche, y mientras los vencedores estaban entregados al saqueo, se recogio, ocultando su nombre y su dignidad, en casa de un pobre, donde fue curado de sus heridas. Higem desaparecio, sin que nadie haya sabido la suerte que le cupo, y sin dejar otra sucesion que miserias, calamidades y ruinas. Suleiman fue declarado rei por los barbaros de sus huestes, y por un pueblo cansado de sufrir, y deseoso de restablecer a qualquiera costa su antigua tranquilidad.

Sosegadas las primeras turbulencias a que dio lugar en Cordoba la mudanza de gobierno, el nuevo rei despidio las tropas auxiliares, dio los principales mandos a sus amigos, y posesiones y tenencias por juro de heredad, con reconocimiento de homenaje, y obligacion de venir a su servicio cuando los llamase. Asi empezó el gobierno feudal en los dominios Arabes de España, como ya existia en los estados Cristianos, y

estas enagenaciones perpetuas de provincias y ciudades, disminuyendo la soberania, prepararon el destrozo y la decadencia de la nacion.

Hairan, curado de sus heridas, salio secretamente de Cordoba, se unio con algunos amigos y parciales, y entró en Almeria, apesar de la resistencia que le opuso el nuevo gobernador. De alli pasó a Ceuta, donde mandaba Ali ben Hamud, y le persuadió que congregase sus gentes, y que ligado con su hermano Alcasim, señor de Algeciras, pasase a España y echasen de Cordoba a Suleiman que reinaba contra la voluntad de los Andaluces. Hablolle del rei Higem, como si todavia viviese, poderandole el peligro que corria en manos de su opresor, y la facilidad de concitar contra este el animo de un pueblo que tan justamente lo aborrecia. “El desventurado Higem, le dijo, solo confia en tu socorro, y yo, que soi el depositario de sus secretos, te aseguro en su nombre, que si logras romper las cadenas que lo oprimen, seras nombrado su sucesor al trono.” Encendido Ali en nobles deseos de venganza por gratitud al rei, se propuso prestarle cuantos auxilios pudiese, y cuando otra cosa no le fuese dada, castigar severamente a sus enemigos. Escribio a su hermano Alcasim, para que juntase sus tropas con las de los

gobernadores Andaluces, parciales de Hairan, y este regresó a España, anunciando los preparativos que se hacian en Africa para restituir el trono al monarca legitimo. Ali desembarcó en Malaga, donde mui en breve se le reunieron los enemigos de Suleiman: todos los pueblos se conmovieron, esparciendose por España las voces y asonadas de tan importante empresa.

Suleiman, noticioso de estas ocurrencias, escribió a sus amigos y aliados, pidiendoles tropas, y con las que pudo reunir, salio de la capital, y llegó a las inmediaciones de Almuñecar, donde Ali acababa de jurar solemnemente, en presencia de su egercito, restablecer al rei Higem en el trono de que estaba desposeido. Trabaronse varias escaramuzas, procurando Suleiman evitar un empeño general con los aliados, por que esperaba que con la dilacion y el tiempo se desharia aquella union, o se cansarian las tropas que la componian. Pero Hairan y Ali lo obligaron a venir a una batalla de poder a poder, en que fue grande la perdida de unos y otros, sin quedar decidida la victoria.

Siguieron a este otros encuentros, sin mas resultado que la disminucion de los egercitos, y las ruinas de los pueblos. Quiso Suleiman sacar mas gente de Cordoba y su comarca, pero lo

servian sin voluntad, y pasaban escuadrones enteros a las banderas enemigas. Hairan fomentaba el descontento y la desobediencia de las provincias, y las continuas marchas y movimientos de las tropas las agriaban y affligian mas y mas. Despues de muchos meses de inutilis evoluciones, los dos gruesos contrarios se encontraron en cercanias de Talca, en tierra de Sevilla, y como si estubiesen igualmente deseosos de terminar de una vez sus discordias, partieron al mismo tiempo uno contra otro, y pelearon con ahinco, hasta que en medio de la accion se volvieron contra Suleiman algunos de sus mismos escuadrones Andaluces, y decidieron el triunfo en favor de los Africanos. El y su hermano Abderahman, cubiertos de heridas, y muertos sus caballos, cayeron en manos del vencedor. Este continuó su marcha por Sevilla, y entró en Cordoba sin resistencia.

Cuando Ali tomó posesion del alcazar, prendio a Alhakem, padre de Suleiman, y mandó que compareciesen a su presencia este y su hermano. Preguntoles uno a uno qué habian hecho del rei Higem, y como ninguno le daba respuesta satisfactoria, sacó el alfange, exclamando: “ofrezco estas cabezas a la venganza de mi

rei.” Entonces Suleiman alzó los ojos acia él, y le dijo: “ hiereme a mi solo, que estos no tienen culpa,” mas Ali desatendió sus palabras, y con sus propias manos les dio muerte.

En seguida mandó que se examinase todo el palacio a fin de ver si podia descubrirse el paradero del monarca ; mas habiendo sido vanas sus diligencias, y quedando vacante el trono, el mismo Ali ben Hamud fue aclamado rei, por consejo de Hairan. Los pueblos que no conocian las prendas de aquel Africano, recibieron con indiferencia la noticia de su elevacion.

CAPITULO XXII.

*Ali ben Hamud. Abderahman Almortadi.
Alcasim ben Hamud. Yahie ben Ali.*

ESCRIBIO el nuevo monarca a todos los gobernadores, noticiándoles que el rei Higem, antes de perder su libertad, lo habia declarado futuro sucesor del trono, y exigiéndoles, como a servidores leales, que viniesen a jurarle fidelidad y obediencia. Muchos de ellos no contestaron a sus cartas; otros respondieron con frialdad, y ninguno se mostró pronto a defenderlo, y sostener sus derechos. Hairan en tanto se quejaba de su ingratitud, alegando que faltaba a las condiciones que con él habia estipulado, y el rei, enojado contra él, lo mandó ir a su gobierno de Almeria. Salio en efecto de Cordoba, mas no para obedecerlo, sino es para formar un partido contra él, y encender de nuevo las teas de la discordia. El descontento y el rencor cundieron de provincia en provincia, y muchos de ellos se juntaron en Guadix, y juraron emplear todo su poder en derribar del trono a aquel intruso aventurero, y colocar en él a un principe de la fami-

lia de Ommiyah, a quien correspondia legitimamente. Estos eran los intentos que se publicaban, pero las estipulaciones secretas eran menos generosas, y mas bien encaminadas a los particulares provechos de aquellos caudillos, pues solo aspiraban a repartirse los mandos y tenencias de España, haciendolas hereditarias en sus descendientes. Allegoseles gran hueste, atraida por el plausible motivo que pretestaban, y los preparativos hostiles que por todas partes se hacian, anunciaban una combustion general, de que muchos ambiciosos pensaban aprovecharse.

Hairan mandaba el egercito aliado, y con él se acercó a los muros de Cordoba. El rei Ali se puso a la cabeza de sus Africanos, y de algunas huestes Andaluzas, y acometio a sus enemigos con tan irresistible empuje, que los derrotó en un instante, sin darles tiempo de apercibirse. Hairan, aunque vencido, volvió a reunir gente de los pueblos de Jaen, y aclamó rei de España al gobernador de aquella provincia, que era de la casa de los Ommiyahs, y se llamaba Abderahman Almortadi. Este nombre bastó a dar gran impulso al partido contrario al rei Ali; todos los pueblos de aquellas sierras lo acataron como Señor.

Gilfeya, que mandaba los egercitos de Ali ben Hamud, buscó y encontró cerca de Baza a las

tropas de Abderahman III, a cuya cabeza estaba Hairan, nombrado secretario del nuevo monarca. Este fue vencido, y tubo que retirarse de fortaleza en fortaleza, mal herido, y con un pequeño numero de soldados, hasta Almeria. Mas a pesar de esta derrota, todas las ciudades de oriente y mediodia se declararon por Abderahman, y se dispusieron a restablecerlo en el trono de sus antepasados. Ali, que solo contaba con la obediencia del gobernador de Granada, pudo reunir algunas fuerzas, y mientras Gilfeya marchaba acia las Alpujarras, donde Abderahman se habia fortificado, fue a cercar a Hairan en Almeria. Hairan cayó herido, y el alcazar se entregó, creyendo la guarnicion que habia muerto su gefe. Este fue conducido a presencia de Ali, y decapitado por su mano. Ali volvió a Cordoba, y cuando se disponia a dar el ultimo golpe al poder de su competidor, los amigos que la familia de Ommiyah tenia en la capital sedugeron a sus esclavos, los cuales lo ahogaron en el baño. Reinó un año y nueve meses. Su muerte se divulgó como una desgracia o accidente natural, y así lo creyeron los de su guardia y servidumbre. Alcasim, su hermano, fue aclamado rei por las tropas, y avisado con increíble celeridad de aquel acontecimiento, vino

sin dilacion a Cordoba con cuatro mil caballos, de suerte que sus enemigos no tubieron tiempo para impedirle la entrada, ni evitar movimiento en contra : por lo que muchos principales caballeros de la capital se vieron forzados a jurarle obediencia, y seguirlo a su pesar. Antes de salir a campaña, mandó hacer grandes averiguaciones sobre la muerte de su hermano ; se dieron estraños tormentos a sus servidores intimos, y en fuerza de ellos declararon que habian cometido aquel atentado por satisfacer la venganza de algunos personajes, ofendidos de la cruel condicion del rei. Aunque no designaron personas determinadas, el rei Alcasim hizo quitar la vida a muchos nobles, por ligeros indicios y acusaciones aventuradas. Todos temian y temblaban en su presencia, y las primeras familias de la ciudad fueron las mas oprimidas. Muchos hombres principales huyeron, y acrecentaron el partido de Abderahman.

Crecian las esperanzas de este, de resultas de algunas victorias ganadas por los suyos en tierra de Jaen, pero sucedieron a su alegria los graves temores que les inspiró la llegada de Yahie, hijo de Ali, el cual informado de la muerte de su padre, salio de las costas de Africa, con la gente que pudo allegar, dejando orden para que

lo siguiese sin perdida de tiempo la que quedaron reclutando sus amigos. Su guardia se componia de negros de Sus, hombres feroces y turbulentos que juraron coronarlo en Cordoba, o morir peleando en la demanda. Alcasim quiso comprimir desde luego la ambicion de su sobrino; juntó sus tropas, y mientras se dirigia acia Malaga, los negros de Sus se apoderaban de la capital. Mas estos dos partidos se reunieron para hacer frente a su enemigo comun. Alcasim y Yahie se dividieron el imperio, y en tanto que el primero conducia a Ceuta el cadaver de Ali, para enterrarlo en una mezquita erigida por este en aquella ciudad, el segundo fue aclamado rei por los Cordobeses que aborrecian a su tio. Yahie, envanecido por este triunfo, declaró que Alcasim no tenia derecho alguno a la sucesion del reino de España, ni le pertenecia parte alguna en su gobierno, sino la que él como soberano, quisiese otorgarle. Los caudillos y gobernadores que se hallaban presentes confirmaron esta declaracion, y le ofrecieron sus servicios, para mantenerlo en su estado, sin condicion ni excepciones. Pero mui en breve tubieron que abandonarlo, noticiosos de haber desembarcado Alcasim con mucha fuerza, y de acercarse apresuradamente a la capital. Yahie salio de ella, y

se fortificó en un pueblo de la costa, y Alcasim ocupó a Cordoba, sin resistencia, pero sin que lo saliese a recibir la gente principal, como era costumbre. Enojose de tan fria acogida, y se vengó castigando atrozmente a los partidarios de su sobrino. Por estas crueldades se hizo mas odioso, y tan insufrible llegó a ser su yugo, que el pueblo se amotinó, y acudio armado a poner sitio al alcazar. La guardia se defendio con valor la primera noche: pero los amotinados se apoderaron de todas las puertas de la ciudad, y de sus fortalezas, y de tal modo apretaron el cerco del alcazar, que nadie podia salir de él ni entrar, sin esponerse a recibir un diluvio de flechas. Las cosas permanecieron en esta situacion por termino de cincuenta dias, y apuradas las provisiones, el rei Alcasim y sus guardias, no esperando socorro de ninguna parte, y temiendo perecer de hambre, se determinaron a salir por medio de la multitud, y huir si podian de la ciudad. Rompieron en efecto con gran impetu: pero el pueblo peleó con tanto valor, que mui pocos lograron abrirse paso, y los que escaparon de la plaza del alcazar, perecieron la mayor parte en las puertas del muro o en las calles. Entre estos hubiera sido despedazado Alcasim, a no haberlo recogido algunos caballeros gene-

rosos, que lo sacaron aquella noche de Cordoba, y lo acompañaron hasta Xerez, cuyo gobernador era su amigo y partidario.

Entretanto el egercito de Gilfeya, reforzado con los escuadrones de Manzor, que habia abrazado la misma causa, descendio a la vega de Granada, en busca de las tropas de Abderahman Almortadi. Encontraronse estas huestes en aquel espacioso campo, y como de comun acuerdo se acometieron con igual brio. Resistieron los de Manzor y Gilfeya el violento impetu de la caballeria de Jaen, que era superior en numero y destreza, y en lo mas recio de la refriega, cuando la victoria se declaraba en favor del descendiente de los Ommiyas, cayó este gravemente herido de una flecha, y espiró en la misma hora en que le anunciaban que sus tropas y aliados seguian triunfantes la fuga de sus enemigos. Divulgose tan infausta nueva, abatiendo los animos de los mas esforzados caudillos, y las fiestas que se preparaban en Cordoba, para recibir al bastago de aquel tronco ilustre, que tantas glorias habia proporcionado al reino, se convirtieron en llanto y en desesperacion. Toda la ciudad se llenó de desconsuelo y tembló de miedo de que se renovasen las entradas de los barbaros, y las calamidades de la guerra civil.

Para prevenir cuanto antes estas desventuras, creyeron los Cordobeses que debían acogerse a la misma familia que en tantas ocasiones los había preservado y defendido, y hallándose en los muros un descendiente de los Ommiyahs, inmediatamente fue aclamado rei con universales muestras de alegría y entusiasmo. Llamabase Abderahman Almostadir Bila: era hermano del celebre Muhamad el Mohdi Bila, y por consiguiente biznieto del grande Abderahman III: joven de gentil estatura y hermoso semblante, de buen ingenio y de loables costumbres; estudioso, elocuente, y poeta culto. De este insigne mozo esperaban los pueblos de España la reparacion de los males que por tanto tiempo habían sufrido. Pero no llegaron a realizarse tan venturosos anuncios. El rei, venida la pascua, trató de corregir la ilimitada licencia de su guardia, que solia aprovecharse de estas fiestas para cometer grandes desordenes en la ciudad, y insultar a los habitantes pacíficos. No acostumbrada aquella desenfrenada juventud a tan rigurosa disciplina, murmuró contra el rei, y se resistió a obedecer sus mandatos. Aprovechóse de este descontento Muhamad Obeidala, primo del rei, que estaba ofendido de su eleccion, y aspiraba a ocupar su puesto, y con sus muchas riquezas y popularidad, y el favor de

algunos nobles mancebos, leves e inconsiderados, concertó con las tropas de la guardia una conjuración tan pronta, como cruel y acalorada. Acometieron en la madrugada a la real cámara, y asesinaron a los que guardaban la puerta: el rei despertó al ruido, y se defendió con su espada, de los conjurados, que lo despedazaron a cuchilladas inhumanamente. Salieron en seguida por las calles, aclamando a Muhamad; mataron algunos sugetos principales; robaron sus casas; y el pueblo y los caudillos presenciaron esta violenta aclamación, sin que hubiese en tan populosa ciudad unión, fuerzas ni resolución para oponerse a los reos de tan atroz delito, ni para vengar la sangre inocente que habian derramado.

En este tiempo habia vuelto de Africa Yahie ben Ali, y sabiendo el estado de las cosas en Cordoba, y la fuga de su tio Alcasim, se contentó con asegurarse en las plazas que ocupaba en la costa. Obtubo que el gobernador de Xerez le entregase la persona de Alcasim, a quien encarceló en una torre, donde murió muchos años despues que su sobrino.

CAPITULO XXIII.

*Muhamad el Moctafi Bila. Yahie ben Ali.
Higem III.*

ENTRONIZADO por la violencia, y apoyado por los hombres mas perversos y audaces de Cordoba, Muhamad se declaró rei, y tomó el sobrenombre de Moctafi Bila. Sus tesoros, derramados con prodigalidad, le ganaron los animos de la plebe y de las tropas; en todas las mezquitas se hizo oracion por él, y todos los Muslimes le juraron obediencia y fidelidad. Agradecido a sus Zenetes y guardias les concedio nuevas libertades, mas esplendidas mesas, y mas preciosas armas y vestidos: a sus nobles parciales dio cargos y gobiernos a su contento, y con esta salvaguardia se creyó seguro, y no cuidó si no de reparar los jardines y amenidades de Zahra, y de procurarse las delicias y placeres de la vida. Ocupabase poco en el gobierno de las provincias, ni atendia a la defensa de las fronteras: los gobernadores eran dueños absolutos de los pueblos, y disponian libremente de

las rentas y de la riqueza publica. Por esta causa escaseaba el tesoro del estado, aunque el rei no tomaba de él cosa alguna al principio para los gastos de su casa; pero mui en breve se agotaron sus inmensas riquezas, y fue necesario molestar a los pueblos de Andalucia, y exigirles grandes sumas. Faltaban medios para las atenciones indispensables del gobierno, y aunque el rei era, de su natural condicion, liberal y generoso, el pueblo y sus guardias lo acusaban de avaricia, unos por lo que pagaban, y otros por lo que no recibian. Por calamidad y desventura de aquellos tiempos, no fue posible persuadir a los gobernadores de las provincias a la union y obediencia, necesarias para la conservacion del estado. A su egemplo, los caudillos de la frontera obraban independiente-mente, y a su capricho: muchos de ellos, de pobres y oscuros principios, en las revueltas y guerras intestinas habian llegado a ser temidos y poderosos. El pueblo, desasosegado y turbulento, se hizo enemigo de los que lo regian, y deseaba la inquietud, las conjuraciones, y revueltas, por tener ocasion de robos y venganzas, con la impunidad que acompaña siempre a las revoluciones populares. El rei, entregado a los placeres, y rodeado de poetas que lo dis-

traian con sus academias, y lo adulaban con sus elogios, o no conocia esta enfermedad politica de sus pueblos, o no tenia la firmeza conveniente para remediarla. Los mismos que, faltando a la honradez y a sus obligaciones, lo habian puesto ilegalmente en el trono, estaban ya impacientes, y resueltos a derribarlo. Algunos sediciosos rompieron la valla, y concitando a la multitud, cercaron las casas de los hombres mas ricos de la ciudad, y de los principales empleados, pidiendo a gritos las cabezas de algunos, la deposicion de otros, y por fin la muerte del rei, y la de sus secretarios. Los pocos caudillos de la guardia que permanecieron fieles, avisaron al rei de su peligro, y con alguna caballeria Africana lo sacaron de Zahra, y lo acompañaron a Ucles. Alli fue amparado y recibido por el alcaide, que en todas las discordias anteriores se habia conservado leal a su familia: mas pocos dias despues murio envenenado accidentalmente por unas yervas mortiferas con que se habia condimentado una salsa de que comio.

Cuando supieron los ultimos acaecimientos de Cordoba los parciales de Yahie, corrieron a Malaga, y lo exitaron a que viniese con todas sus tropas a ocupar la ciudad de Cordoba, y a tomar posesion del reino, que le pertenecia por

la declaracion del rei Higem el Muhayad a favor de su padre. Gobernaba Yahie sus estados de España y Africa con mucha moderacion y justicia: sus pueblos lo amaban sinceramente, y deseosos de su engrandecimiento se ofrecieron a darle cuantos auxilios necesitase para aquella empresa. Asi fue que mas por voluntad de sus ambiciosos amigos que por la suya propia, se puso en camino para Cordoba. Los vecinos principales y gente honrada, por librarse de la tumultuosa anarquia que los devoraba, se alegraron de su venida, y salieron a recibirlo, y a manifestarle su adhesion, y la confianza que tenian en su prudencia y buen gobierno. Toda la ciudad se conmovio a su entrada, y lo acogio con demostraciones de alegria. Apeose en la mezquita, y despues de hacer oracion, paseó las calles principales entre festivas aclamaciones. Luego escribió a los gobernadores mandandoles que se presentasen en Cordoba a jurarle obediencia: pero los mas distantes se escusaron con frivolos pretextos, y los mas cercanos manifestaron abiertamente que no lo reconocian por su rei, si no por un intruso, llamado por una parcialidad que ellos menospreciaban. El gobernador de Sevilla fue el que mas rebelde se mostró en aquella ocasion, y el rei se puso en

marcha con todas sus tropas y se dirigió acia aquella ciudad.

Pero ya habian previsto su ataque los parciales del gobernador, que era personaje de gran importancia, y que egercia mucho influjo en aquella parte de Andalucia. El mismo salio al encuentro del rei, y le preparó una emboscada, en que cayeron sus tropas, peleando con extraordinario denuedo, y vendiendo caras sus vidas. Yahie en lo mas recio de la batalla fue atravesado por una lanza, que lo cosio a la silla del caballo, y herido de otras muchas cayó muerto. Su enemigo le cortó la cabeza, y la envió a Sevilla con la nueva de su victoria.

Apenas se tubo noticia de ella en Cordoba, se entristecieron los amigos de la paz, y se apercibieron a nuevos trastornos y agitaciones. Sin embargo, el Divan se congregó inmediatamente, y dio la corona a Higem el Motad Bilah, hermano del malogrado Abderahman Almortadi, que vivia retirado del mundo, y jamas se habia mostrado deseoso de poder ni autoridad. Enviaronle mensajeros para anunciarle su eleccion, y como sabio y moderado, en vez de alegrarse manifestó su pesar de salir de la vida quieta y segura de su retiro a los peligrosos cuidados del imperio. Respondio a los enviados que agra-

decia la buena voluntad y amor del pueblo de Cordoba a su persona y familia: pero que ya no estaba para tomar sobre sus hombros la grave carga del gobierno. En fin despues de algunos dias de modesta repugnancia, aceptó la corona, mas bien a instancias de sus parciales, que por su deseo de reinar: pero receloso siempre del inconstante y desconocido pueblo, dilató mucho tiempo su entrada en Cordoba, y se detubo en las fronteras acaudillando la caballeria que las amparaba, unico pretesto que pudo justificar su ausencia de la capital. Peleaba con varia fortuna contra los Cristianos, que aprovechando el tiempo de las discordias civiles de los Muslimes, ensancharon los limites de sus estados, asi en España oriental, como en Galicia y Castilla.

Escribióle sin embargo el gobernador de Cordoba que convenia que acudiese pronto a aquella ciudad; que el pueblo estaba inquieto y descontento; que deseaba ver a su rei; que de sus quejas y hablillas tomaban ocasion los sediciosos para fomentar discordias y conmociones graves; que los gefes de las provincias interiores manifestaban descubiertamente sus intentos de independendencia, ganando con aparente blandura y equidad los animos de los pueblos que tenian en su jurisdiccion, obrando como

reyes absolutos, sin permitir que las contribuciones y rentas de las provincias viniesen a la capital. Con este aviso el rei partio con mucha diligencia, y fue recibido por los Cordobeses con gran pompa y aplauso. Su afabilidad, y apacible y generosa condicion, y al mismo tiempo su atencion a la administracion de la justicia ganaron el afecto del pueblo, calmaron las inquietudes, y pusieron freno a los animos revoltosos. Visitaba los hospicios, las escuelas y colegios, y hasta las casas de los pobres, para averiguar sus necesidades y sócorrerlas: cuidaba con celo especial de los enfermos, y los medicos de su camara tenian la obligacion de asistir diariamente a los hospitales. Procuraba al mismo tiempo traer a su obediencia a los gefes de las provincias, persuadiendolos con cartas amistosas y razones claras la conveniencia de la concordia, y union de las fuerzas y recursos de los dominios Muslimicos de España, para oponerse a los infieles, y recobrar lo que la discordia civil habia hecho perder en las fronteras. Mas ellos, sin desconocer la autoridad legitima del califa de Cordoba, desatendieron sus razones, y con falsos pretextos le negaron las contribuciones y servicios que le debian.

Conociendo el rei que ya el mal era mui

grave y pedia remedios fuertes y violentos, se propuso la reduccion de algunos de los gobernadores desobedientes, y envió al caudillo Obeidala ben Abdelaziz a la de la provincia de Algarbe. Desempeñó este su comision con acierto y prontitud; pero entretanto las otras provincias no se sometian. En la de Malaga dominaba Edris, hijo de Yahie, y sus pueblos lo amaban y bendecian, por su liberalidad y prudencia. Granada, Sevilla, Carmona, Medina, y otras muchas ciudades principales obedecian a sus gobernadores, y no reconocian la autoridad de Higem. Este, conociendo que la suerte de las armas le era contraria, por evitar los males de la guerra civil, entró en negociaciones con los rebeldes.

Tanta moderacion llenó de descontento a los de Cordoba, y culpaban al rei de los sucesos poco venturosos de su egercito, y de todas las calamidades de sus pueblos. Mas el mal habia ya echado profundas raices: el estado, con la desunion de las provincias, era mui debil para resistir a los que por todas partes lo acometian; las buenas costumbres de los tiempos pasados se habian viciado y corrompido con espantosa prontitud. Los malos se entregaban a su

inquieta ambicion e insaciable codicia; los buenos callaban y se escondian, abandonandose a la indolencia y al miedo que les inspiraba el desorden de la cosa publica; de modo que el mismo rei Higem decia; esta generacion no puede gobernar ni ser gobernada. Uno de sus secretarios le aconsejó que se retirase a Zahra, para asegurar su persona de los riesgos e insultos de alguna conmocion subita, como en aquel estado de cosas podia temerse. El rei estaba tan confiado en el amor y respeto del pueblo de Cordoba, que no recelaba tan injusto y desagradecido intento: pero los sediciosos no tardaron en exitar a la inconstante e inconsiderada plebe. Valieronse para esto de la oscuridad de la noche; corrieron las calles con gran voceria y tumulto, y pidieron a gritos que el rei Higem fuese depuesto, y saliese de Cordoba.

Anunciaron al rei estas novedades, y exclamó alzando los ojos al cielo, y sin la menor alteracion en su semblante: “gracias a Alah que asi lo quiere.” A la venida del dia salio de su alcazar con su familia, y una buena comitiva de caballeria de su guardia. Retirose a una casa de campo, y de ella pasó a una fortaleza, que

en los años de su retiro habia mandado construir a su costa. Quisieron participar de su destierro muchos personajes de Cordoba, no solo por huir de los males que se aparejaban, sino tambien por afecto a su persona, y por adhesion a su noble familia. En aquella morada pasó el resto de su inocente vida, y con él terminó el reino de la dinastia de les Ommiyahs en España.

Pocas familias reales pueden rivalizar con aquella en virtudes hereditarias. Aunque hubo mucha desigualdad en el merito de sus principes, ninguno de ellos profanó el trono con la sangrienta tirania que egercian al mismo tiempo en naciones que se llamaban cultas, monarcas divinizados por la adulacion de los historiadores. Todos los reyes Ommiyahs de España fueron exelentes capitanes y hombres de valor; todos amaron y cultivaron las letras; todos se aplicaron a aumentar la ventura de sus pueblos. La vasta y poderosa monarquia que fundaron hubiera presentado al mundo una larga serie de prosperidades, si el estado social de la nacion Arabe lo hubiese permitido: pero aquel pueblo inquieto, fanatico y belicoso no conocia medio entre la anarquia y la sumision absoluta. En lugar del yugo saludable de la lei, su regulador

era la ciega voluntad del monarca, o la ambicion de un audaz conspirador. Las virtudes privadas fueron los unicos apoyos del edificio politico que los Ommiyahs erigieron en las orillas del Guadalquivir: cuando aquellas cedieron a la corrupcion que trageron consigo la guerra y la conquista, el cuerpo politico se sumergio en un abismo de males y desordenes.

CAPITULO XXIV.

Estado de las Ciencias y de la Literatura entre los Arabes. Influjo de las Guerras de España en sus Costumbres.

BAJO el reinado de los primeros califas, los estudios de los Muslimes se reducian a la interpretacion del Koran, a una retorica pueril y afectada, y a la poesia, cuyo artificio no era mui complicado, y cuyas imagenes y cuadros se aprecian entre los modernos, no tanto por su merito real, como por ofrecer un genero extraño, tan diferente del clasico y del Europeo. Una nacion continuamente espuesta a los peligros de la guerra, debe tener en alto aprecio el arte de curar ; y en efecto, aun en aquellos tiempos remotos los cirujanos Arabes gozaban de gran reputacion : pero los medicos se quejaban de la escasez de enfermedades, y decian que la sobriedad y el continuo egercicio de sus compatriotas hacian casi inutil el estudio de su facultad. Sin embargo, la medicina era altamente estimada entre ellos. Mahoma la egercio, y dejó un

libro de aforismos, de los cuales aun se conservan algunos.

Despues de las primeras guerras civiles y domesticas, la nacion empezó a salir lentamente de su letargo mental, y el reposo y la holgura le inspiraron algunos deseos de saber. El califa Almansor fue el primero que fomentó estas disposiciones, y dio el egeemplo del estudio, aplicandose no solo al conocimiento de la lei Mahometana, si no tambien a la astronomia. Pero Almamon, uno de sus sucesores, consumó la obra empezada, y protegio la ilustracion con ahinco y magnificencia. Sus embajadores en Constantinopla, y sus agentes en Armenia, Egipto y Siria recogieron cuantos escritos pudieron hallar de los buenos tiempos de Grecia. Los hombres mas doctos de oriente se emplearon por orden del califa en traducir aquellas obras inmortales en lengua Arabiga, y el monarca exortó repetidas veces a sus subditos de todas clases a consagrarse a su estudio. Formaronse escuelas y academias en que los aplicados y los eruditos las comentaban y discutian en presencia del gefe de los creyentes. “ El califa, dice un escritor Arabe, sabia que los que se consagran a perfeccionar las facultades mentales de sus hermanos, son los elegidos de Alah, y los mas

utiles y benemeritos de todos sus servidores. Los Chinos limitan su ambicion a sobresalir en los trabajos que solo requieren la destreza de los dedos; los Turcos, a satisfacer sus brutales y desordenados apetitos. Pero aquellos primorosos artistas admiran, sin poderla imitar, la portentosa fabrica del panal labrado por la abeja, y estos guerreros voluptuosos ceden el campo al leon, y en las luchas de amor a los mas torpes cuadrupedos. Lo que sobresale a todas las cosas en la creacion es la luz de la ciencia: los que revelan sus secretos a la humanidad, son luminares y legisladores del mundo, y este, sin su ayuda, volveria a caer en su primitiva infancia, en la barbarie, y en el error."

Los sucesores de Almamon imitaron su celo; sus rivales, los Fatimitas de Africa, y los Ommyahs de España siguieron el mismo sistema; los emires independientes de las provincias creian degradarse si se apartaban del mismo camino, y esta emulacion general de cuantos tenian alguna parte de la autoridad en sus manos, difundio la aficion a la cultura del entendimiento desde Samarcand y Bochara, hasta Fez y Cordoba. Los gefes de las naciones Muslimes, y los personajes de las ciudades mas opulentas hicieron inmensos sacrificios pecuniarios para propagar la

educacion científica, y estimular los progresos de la literatura. Multiplicaronse los copistas, y las bibliotecas publicas y privadas, y hubo un doctor en Bagdad que reusó las proposiciones que le hizo el gobernador de una provincia remota, por que el transporte de sus libros hubiera exigido mas de cien camellos. La coleccion de los califas Fatimitas constaba de cien mil volumenés, escritos con sumo primor y suntuosamente encuadernados. Seiscientos mil se contaban en la de los Ommyahs de España, y solo el catalogo ocupaba mas de cuarenta y cinco. Cordoba, capital de aquellos principes, fue patria de mas de trescientos escritores, y la provincia de Andalucia contenia mas de setenta bibliotecas publicas.

Es cierto que el merito de la mayor parte de estos escritos era puramente local, y a veces imaginario. Abundaban las obras de elocuencia y poesia adaptadas a las costumbres y al gusto de la nacion; historias generales y particulares, llenas de pormenores inútiles; comentarios de jurisprudencia, fundados en la parte legislativa del Koran; interpretaciones y glosas innumerables de aquel código, y sobre todo una muchedumbre inagotable de escritos teologicos, misticos, escolasticos, polemicos, y morales.

Pero tambien habia producciones realmente científicas, las cuales pueden dividirse en los cuatro ramos principales a qué pertenecian, y son filosofia, matemáticas, astronomia y fisica. Las obras de los siete sabios de Grecia fueron traducidas en Arabigo, y algunas de ellas, cuyos originales han desaparecido, han llegado hasta nosotros en aquellas versiones. Los Arabes se aficionaron a la filosofia de Aristoteles, y de ellos pasó a esclavizar el entendimiento humano en las universidades de España. Los enemigos del Cristianismo fueron los que suministraron a los doctores Cristianos las armas con que pelearon por espacio de tantos siglos, sobre cuestiones que no entendian, y que no les hubieran acarreado la menor ventaja, dado caso de entenderlas.

La ciencia matematica fue para ellos un deposito que guardaron escrupulosamente, aunque no consta que lo hubiesen mejorado. Los Italianos del siglo decimo quinto hallaron la geometria en el mismo estado en que la habian dejado los Griegos, y sea o no Arabe la etimologia de la palabra *algebra*, los escritores de aquella nacion atribuyen su invento al Griego Diafanto.

Con mejor exito cultivaron la ciencia sublime

de la astronomia, que eleva el espiritu del hombre a los espacios insondables del firmamento, y lo hace desdeñar la estrecha morada en que recorre la breve carrera de su vida. Almamon gastó grandes sumas en instrumentos astronomicos, y los sabios de su corte midieron dos veces por orden suya un grado del gran circulo de la tierra, y dieron veinte y cuatro mil millas a su circunferencia. Mas los errores de la astrologia se mezclaron con la observacion de los planetas, y el hombre mas profundo en el conocimiento de los signos, no se avergonzaba de vaticinar el exito de una batalla, ni de alzar el horoscopo de un principe.

Tubieron igualmente los Arabes, en sus ultimas epocas, exelentes medicos, aunque destituidos de los socorros de la anatomia, de que los privaba su repugnancia a los cadaveres humanos. Aun se citan con respeto los nombres de Mesna, Geber, Razis, y Avicena, y los monarcas Cristianos se veian obligados a confiar el cuidado de su salud a facultativos Sarracenos.

Fueron los padres de la quimica; los que inventaron el alambique, y lo aplicaron a la destilacion; los primeros que analisaron sustancias de los tres reinos, conocieron las distinciones y

afinidades de los acidos y de los alcalis, y convirtieron los venenos minerales en medicinas salutaras. Pero estraviaron esta utilisima ciencia de su verdadero obgeto, aplicandola a la transmutacion de los metales, y creando la alquimia, que retardó sus progresos, aunque a veces le proporcionó datos preciosos, y combinaciones nuevas.

En las adquisiciones que hicieron de los tesoros cientificos de Grecia, despreciaron con barbaro orgullo la poesia, la elocuencia y la historia de aquella nacion admirable, a que se deben los progresos que ha hecho el saber en los siglos posteriores. Asi es que desconocieron absolutamente las nociones de buen gusto sancionadas por el consentimiento unanime de los pueblos civilizados, y no tubieron la menor idea de la dignidad y templanza del estilo, de las proporciones graciosas del arte, de las formas de la belleza visible e intelectual, de las justas delineaciones de la pasion y del caracter, de la retorica de la narracion y del argumento.

Mas su empeño en propagar y perfeccionar la agricultura, el estudio profundo que hicieron de todas sus partes, las practicas ingeniosas que introdugeron en su ejercicio los hacen acreedores a la admiracion y al reconocimiento de todos los hombres ilustrados. Los Arabes no

solo entendieron el cultivo util, sino el de adorno y recreo, y si en este tubieron un gusto mezquino y pueril, en aquel introdugeron grandes reformas, y llevaron a cabo magnificas empresas: tales son los grandes depositos de agua, y los bellos sistemas de regadio que dejaron en España, para confusion de los monarcas Cristianos que les sucedieron, y que no se dignaron rivalizar con ellos en intentos tan utiles y generosos.

Al barbaro fanatismo de sus vencedores, se debe la imperfeccion de nuestras ideas sobre muchos puntos importantes de la dominacion de los Arabes. Durante las guerras que con ellos sostubieron los Españoles, y por un largo espacio de tiempo despues de la reconquista, los libros Arabes eran mirados con horror por sus enemigos. Estos no quisieron jamas reconocer la superioridad mental de los Sarracenos: superioridad incontestable, aunque solo le sirviera de prueba la tolerancia religiosa que egercieron los Mahometanos, aun en los principios de la invasion, y a pesar de las doctrinas exclusivas y de los anatemas de su codigo religioso y legal. La actividad intelectual que reinaba en la corte de los califas de Cordoba presenta un singular contraste con la ignorancia de los principes Cristia-

nos de la misma epoca, y quizas no sera exageracion añadir que en aquella era brillante, Cordoba ofrecia una reunion de sabios, y una emulacion de aplicacion y de estudio, cual no se vio jamas en la corte de los Alfonsos y de los Carlos. A lo menos los califas no llevaron haces de leña a las hogueras de la inquisicion, y en sus reuniones y tertulias un orador, un poeta era mas apreciado que un cortesano estúpido y un magnate vicioso.

Es cierto que las guerras de España ejercieron un extraordinario influjo en las costumbres y en las relaciones sociales de los Arabes, como si la suavidad del clima, y la variedad del aspecto montañoso de la Peninsula hubieran moderado las impresiones del ardor Africano, y despertado un nuevo orden de sensaciones en las fantasias acostumbradas a la uniforme aridez del desierto. Esta mudanza fue sobre todo patente durante el reinado de la dinastia de Abderahman, epoca en que el pueblo Muslim de España conocia y saboreaba los goces de la vida civilizada, y practicaba aquellas modales suaves y benignas, que solo pueden resultar del cultivo de la razon. Entonces dejaron de mirar a las mugeres como esclavas, y las consideraban como la parte mas noble de la sociedad; abandona-

ron el temor supersticioso que inspiraban los conocimientos humanos a los primeros sucesores de Mahoma; respetaban el saber, y acataban con veneracion a sus adeptos; purificaron el lujo barbaro de sus antepasados, sometiendo a las leyes de la elegancia y del gusto; adoptaron muchas mejoras y usos de sus enemigos; se mostraron en fin capaces de ir mucho mas lejos en el camino de la perfeccion, y abrazaban con ardor cuanto podia ayudarlos en toda clase de adelantos.

CRONOLOGIA

DE

LOS PRINCIPALES SUCECOS

REFERIDOS

En el primer tomo de los Cuadros de la Historia de los Arabes, y su correspondencia con los de la Historia General de la misma epoca.

Años despues
de Jesu Cristo.

Nacimiento de Mahoma	569
Conquista de Italia por los Lombardos	569
Conquista de Yemen por Nushirvan	570
Albuino, rei de los Lombardos, conquistador de Italia, asesinado por su esposa Rosa- munda	573
Asociacion de Tiberio al imperio de Oriente con Justino II sucesor de Justiniano.....	574
Muerte de Justino II, Tiberio II emperador de Oriente	578
Muerte de Nushirvan Emperador de Persia ...	579

Años despues
de Jesu Cristo.

Mauricio Emperador de Oriente.....	582
Ereccion del Exarcado de Ravena. Autaris, rei de los Lombardos	584
Pontificado de Gregorio I, el Grande.....	590
Guerra de Mauricio con los Avaros	591
Focas, Emperador de Oriente. Revolucion en Constantinopla. Muerte de Mauricio y de sus hijos	602
Mahoma predica la nueva fe en Meca. Prin- cipios del Mahometismo	609
Muerte de Focas. Reinado de Heraclio	610
Cosroës, rei de Persia, conquista la Siria	611
Los Koreischitas se oponen a Mahoma... ..	613, 622
Cosroes conquista la Palestina	614
El Egipto y el Asia Menor.....	615
Primera espedicion de Heraclio contra los Persas	622
Instalacion de Mahoma en la dignidad real ...	622
Batalla de Beder	623
Sumision de los Judios de Arabia	623
Sumision de Meca	629
Controversia de los Monotelitas	629
Primera guerra de los Mahometanos contra el imperio de Oriente	629
Muerte de Mahoma.....	632
Invasion de Siria por los Arabes.....	632
Reinado de Abubeker	632

Años despues
de Jesu Cristo.

Reinado de Omar	634
Batalla de Cadesia. Fundacion de Basora ...	636
Saqueo de Madain. Fundacion de Cufa. Con- quista de Persia	637
Conquista de Jerusalem	637
Heracio huye de Siria	638
Fin de la guerra de Siria.....	638
Invasion de Egipto. Sitio y toma de Alejan- dria	638
Constantino III, Emperador de Oriente. Cons- tante II	641
Tulga, rei Visigodo de España, destronado por Chindasuinto	641
Reinado de Othman.....	644
Invasion de Abdala en Africa.....	647
Muerte de Gregorio, prefecto de Africa.....	647
Muerte de Othman. Reinado de Ali	655
Reinado de Moawiyah.....	661
Constantino IV, Emperador de Oriente.....	668
Fundacion de Cairvan.....	670
Wamba, rei Visigodo de España.....	672
Childerico II, rei de Austrasia y de toda la monarquia de los Francos	672
Conquista de Cartago por los Arabes.....	692
Fin de la conquista de Africa	698
Witiza, rei de los Visigodos en España	700
Cuniberto, rei de los Lombardos en Italia.....	700

Años despues
de Jesu Cristo.

Justiniano II, Emperador de Oriente	705
Primera entrada de Taric en España... ..	710
Segunda entrada de Taric en España.....	711
Batalla del Guadalete	711
Conquista de España por Muza	712
Anastasio II, Emperador de Oriente	713
Entrada de Muza en Siria	713
Muerte de Abdelaziz	715
Muerte de Muza	716
Muerte de Suleiman	717
Muerte de Omar	719
Reinado de Jezid.....	719
Disturbios entre Carlos Martel y Childerico II	719
Leon III, Emperador de Oriente	719
Deposicion de Alhaur y su salida de España...	721
Alsama gobernador de España. Batalla de Tolosa	721
Muerte de Jezid	723
Higem, califa en Oriente	723
Muerte de Ambisa en España	724
Ereccion de la republica de Roma bajo la auto- ridad de los Papas	730
Los Lombardos atacan a Roma	730
Abderahman ben Abdala gobernador de España	731
Espedicion de Abderahman a las Galias	731
Batalla de Poitiers	733
Espedicion de Abdelmelic a la Galias.....	736

Años despues
de Jesu Cristo.

Gobierno de Ocba	736
Constantino V, Emperador de Oriente	741
Carlomano, principe de los Francos, se apo- dera de Australasia	741
Rebelion de los Bereberes	742
Muerte de Abdemelic en Cordoba	742
Batalla de Calatraba entre los egercitos de Baleg, y Abderahman	742
Muerte del califa Walid	743
Jezid ben Walid, califa	743
Guerra civil entre Samail, Thueba y Husam...	744
Reinado de Hildebrando en Italia	744
Muerte de Husam	745
Gobierno de Thueba. Eleccion de Jusuf.....	746
Fin de los califas Ommiyahs en Oriente	748
Muerte de Meruan en Egipto.....	749
Rebelion de Amer en España.....	749
Ratchis, rei de los Lombardos en Italia.....	749
Fundacion del reino de Leon por Alfonso I ...	750
Entrada de Alabdari en Zaragoza	753
Guerra civil en España inmediatamente antes de la fundacion del trono de Cordoba.....	753
Pepino el Breve coronado en Soissons por San Bonifacio, primer arzobispo de Maguncia...	753
Origen del poder temporal de los Papas. Do- nacion del Exarcado	754
Entrada de Abderahman en España	755

Años despues
de Jesu Cristo.

Guerra contra Jusuf y Samail	755
Carlomano, principe de los Francos, se retira a Monte Casino	755
Fundacion del trono de Cordoba.....	756
Avenencia entre Abderahman y Jusuf	756
Nacimiento de Higem.....	756
Batalla de Lorca: muerte de Jusuf	756
Concierto entre Abderahman y los Cristianos de Castilla	759
Prision y muerte de Samail	760
Entrada de Abderahman en Cordoba despues de la sumision de Toledo.....	761
Victoria de Abderahman contra Mogueith.....	763
Muerte de Higem el rebelde	765
Guerra contra Meknesi y Sekelebi.....	765
Desembarco de los Africanos en España en socorro de Sekelebi.....	768
Carlo Magno, hijo de Pepino, rei de los Fran- cos y de los Lombardos	768
Derrota del Mekenesi	772
Levantamiento de Husein en Zaragoza	774
Fin del reino de los Lombardos. Los Francos dueños de Italia y de Roma. Patriciado de Carlo Magno	774
Conquista de España entre los Pirineos y el Ebro por los Francos	778
Guerra de Abderahman y Muhamad	784

Años despues
de Jesu Cristo.

Ereccion de la mezquita de Cordoba	786
Muerte de Abderahman	786
Higem, aclamado Rei	786
Guerra entre Higem y sus hermanos. Alla- namiento de estos	790
Higem publica la guerra sagrada	791
Toma de Gerona por las tropas de Higem.....	793
Muerte de Higem. Reinado de Alhakem	795
Rebelion de Obeida.....	797
Carlo Magno coronado Emperador de Roma. Restablecimiento de la dignidad imperial en Occidente. Origen del imperio de los Francos	800
Niceforo I, Emperador de Oriente.....	802
Amrou degüella en Toledo cuatrocientos ca- balleros	805
Conjuracion de trecientos Cordobeses contra Alhakem	806
Victorias de Abderahman, hijo de Alhakem, contra los Cristianos en Cataluña.....	807
Conmocion de los Cordobeses contra Alhakem. Batalla del arrabal de Cordoba	815
Muerte de Alhakem. Abderahman II su su- cesor	820
Miguel II, emperador de oriente	820
Espedicion de Abderahman II, a Barcelona...	822
Espedicion de Obeidala contra los rebeldes....	824

Años despues
de Jesu Cristo.

Conmocion del pueblo de Merida.....	827
Fin de la heptarquia Inglesa. Egberto el Grande, rei de toda Inglaterra	827
Toledo se rebela contra Abderahman II	828
Teofilo, emperador de oriente.....	829
Victoria del principe Omeya contra los rebeldes de Toledo.....	832
Entrada de los rebeldes en Merida.....	835
Entrada de los Normandos en España	843
Miguel III, emperador de Oriente.....	843
Division del imperio de los Francos.....	843
Origen del reino de Francia.....	843
Origen del reino de Alemania.....	843
Invasion de Roma por los Sarracenos.....	846
Leon IV en Oriente	849
Muhamad declarado sucesor a la corona.....	850
Muerte de Abderahman II. Muhamad, rei...	852
Fin de la primera guerra de Muhamad contra Cristianos.....	854
Fundacion del reino de Lorena por Lotario II.	855
Fundacion del reino de Navarra por D. Garcia.	858
Toledo se entrega a Muhamad.	859
Espedicion del principe Almondhir contra Cristianos	860
Rebeldia del bandido Hafsun	864
Traicion y falsa rendicion de Hafsun	866
Entrada de Almondhir en Zaragoza.....	870

Años despues
de Jesu Cristo.

Progresos del Cristianismo en Rusia.....	870
Entrada de Muhamad en Toledo.....	871
Espedicion de Almondhir a Galicia.....	872
Fundacion de la republica de Islandia por los Normandos	874
Origen del sistema feudal hereditario en Fran- cia, en el reinado de Carlos el Calvo.....	877
Los Arabes conquistan a Sicilia.....	878
Origen del reino de Borgoña	879
Cisma entre Griegos y Latinos.....	880
Batalla de Aiber. Muerte de Garcia Iñiguez, rei de Navarra.....	882
Carlos el Grueso reune el imperio de Carlo Magno	884
Muerte de Muhamad. Almondhir, rei... ..	886
Reinado de Leon VI, el filosofo, en Oriente....	886
Almondhir manda dar muerte al caudillo Hagem.....	887
Deposicion de Carlos el Grueso por los Ale- manes. Introduccion del reino electivo en Alemania	887
Division final del imperio de los Francos. Ita- lia constituida en reino independiente	888
Agregacion de la Suiza al reino de Borgoña ...	888
Invasion de los Ungaros.....	888
Muerte del rei Almondhir. Sucedele Abdala, hijo de Muhamad	888

Los rebeldes se apoderan de una parte de Es-	
paña oriental	889
Muhamad entra en Jaen.....	890
Conversion de los Bohemios al Cristianismo...	894
Muerte del principe Muhamad	895
Arnoul, emperador y rei de Italia.....	896
Batalla de Zamora, en que muere Ahmed	900
Division del reino de Moravia por los Ungaros.	
Origen de la Ungria moderna	900
Abdicacion de Fortun, rei de Navarra	905
Reinado de Sancho el restaurador en Navarra.	905
Educacion de Abderahman, hijo de Muhamad.	911
Muerte del rei Abdala.....	911
Abderahman III, rei.....	911
Carlos el Simple, rei de Francia, se apodera de	
Lorena.....	911
Rollo, gefe de los Normandos, creado duque de	
Normandia, bajo el nombre de Roberto I....	912
Victoria de Abderahman III, contra los parti-	
darios de Hafsum	914
Piraterias de los Africanos en las costas de	
España.....	917
Abderahman III derrota a los rebeldes de	
Jaen, y ocupa aquella ciudad	918
Peste en España y en Africa	918
Dinastia Sajona en el trono de Alemania	919
Romano I, Lecapeno, Cristoval, Estevan,	

Años despues
de Jesu Cristo.

Constantino VIII, emperadores de Occidente	919
Rebelion de Asomor en Elbira	923
Interrupcion de la dignidad imperial en occidente, por muerte de Berengario I, rei de Italia	924
D. Garcia II, rei de Navarra	926
Abderahman III, se apodera de Toledo.....	927
Guerras de Abderahman III en Africa	930
Reunion de los dos reinos de Borgoña por Rodolfo II.	930
Las tropas de Abderahman III conquistan a Tanger y Ceuta	931
Abderahman III proclamado rei en Fez.....	932
Enrique I, rei de Alemania, derrota a los Ungaros.....	933
Marozia se apodera de la soberania de Roma, y da el pontificado a su hijo Juan II.....	933
El principe Almudafar vence a los Cristianos en Galicia	935
Fundacion de la ciudad a Azahra, cerca de Cordoba.....	936
Batalla de Alhandic o de la fosa de Zamora....	938
Batalla de Gormaz.....	940
Conspiracion de Abdala contra su padre Abderahman III.....	949
Trastornos en Italia. Toma de Pavia por los Ungaros. Oton se declara rei de Italia.....	951

	Años despues de Jesu Cristo.
Espedicion de Ahmed contra los Cristianos....	952
Dieta de Augsburgo en que los reyes de Italia se reconocen vasallos de Oton	952
Muerte de Abderahman III	961
Alhakem II, rei.	961
Oton restablece la dignidad imperial. Origen del imperio de Alemania	962
Espedicion de Alhakem II al Duero.....	963
Paz entre Alhakem II, y los Cristianos.....	965
Sancho II Abarca rei de Navarra.....	970
Muerte de Alhakem II.....	976
Higem II rei. Gobierno de Almanzor.....	976
Primeras expediciones de Almanzor	977
Toma de Zamora por Almanzor.....	981
Los Cristianos evacuan a Astorga y Leon.....	983
Fin de las revueltas de Africa.....	985
Hugo Capeto, rei de Francia ; principio de la dinastia de los Capetos	987
Toma de Fez por los rebeldes.....	992
Batalla de Almanzor contra los Cristianos, en que el conde D. Garcia es hecho pri- sionero	995
Muerte de Hugo Capeto.....	996
Muerte de Garcia III, el Temblon, rei de Na- varra. Sancho III, el Grande, sube al trono	1000
Esteban, primer rei de Ungria	1000
Batalla de Calat Anosor	1000

Años despues
de Jesu Cristo.

Muerte de Almanzor.....	1001
Abdelmelic, hijo de Almanzor, gobierna en España.....	1001
Olof, primer rei de Suecia, abraza el Cristianismo	1001
Abdelmelic entra en Portugal.....	1007
Muerte de Abdelmelic.....	1008
Gobierno de Abderahman hijo de Almanzor ...	1008
Muerte de Abderahman	1008
Reinado de Muhamad el Mohdi Bila.....	1009
Batalla de Quintos.....	1010
Batalla de Guadiaro.....	1011
Entrada de Wadha en Toledo.....	1012
Canuto el Grande, rei de Dinamarca	1014
Reinado de Suleiman	1015
Reinado de Ali ben Hamud.....	1017
Conquista de Inglaterra por Canuto el Grande.	1017
Reinado de Abderahman IV.....	1017
Reinado de Alcasim	1018
Reinado de Yahie	1019
Reinado de Abderahman V.....	1020
Dinastia de los Emperadores de la casa Salica.	1020
Reinado de Muhamad Moctafi Bila	1021
Segundo reinado de Yahie.....	1022
Batalla de Sevilla en que muere Yahie.....	1026
Sancho el Grande reúne las Castillas a su corona	1028
Romano III, emperador de Oriente	1028

Años despues
de Jesu Cristo.

Reinado de Higem III.....	1028
Entrada de Higem III en Cordoba	1029
Espulsion de Higem III de Cordoba. Fin del reinado de los Ommiyahs en Cordoba....	1031
Muerte de Roberto II, rei de Francia.....	1031
Muerte de Sancho el Grande, rei de Navarra ...	1035
Fernando I, rei de Castilla.....	1035

FIN DEL TOMO PRIMERO.

LONDRES:

IMPRESO POR CARLOS WOOD,
Poppin's Court, Fleet Street.

